

A movie poster for 'Bombay Sin Salida'. The background shows a busy city street in Bombay with a large explosion in the distance. In the foreground, a man in a black t-shirt is holding a silver handgun. The title 'BOMBAY SIN SALIDA' is written in large, white, bold letters across the top.

BOMBAY SIN SALIDA

UN THRILLER DE
**DAVID
RIBAS**

ALFREDO DE BRAGANZA

BOMBAY SIN SALIDA



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Bombay Sin Salida*
© 2020, Alfredo de Braganza

Del diseño de la portada y edición: Alfredodebraganza.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Redes sociales del autor:

[Amazon](#)
[Instagram](#)
[Facebook](#)
[Twitter](#)
[Goodreads](#)

Contenido

Prefacio

Primera Parte: Vivir o Morir

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Segunda Parte: Víctima o Verdugo

11
12
13
14
15
16
17
18

Tercera Parte: Verdades o Mentiras

19
20
21
22
23
24
25
26
27

Cuarta Parte: La Redención de David Ribas

28
29
30
31
32
33

34

Nota del autor

Para Ariam y Dino
A Michael Mark

«Si tuviese que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a una amiga, espero tener el valor de traicionar a mi país».

E.M. Forster

«Encontraremos un camino, y si no, lo crearemos».

Aníbal

Prefacio

Nada igual le había sucedido en el pasado. El corazón le palpitaba dolorosamente. Sintió un agudo pinchazo en el pecho.

Laura García sabía que iba a morir.

—Mierda, me muero —masculló con el sudor provocado por el pánico, víctima del proceso conocido como «heurístico de disponibilidad».

—Te pondrás bien —le dijo David apretando con fuerza la herida del costado. Tenía las manos manchadas de sangre.

La garganta de Laura emitió un ruido al tragar saliva.

La tapicería del asiento estaba llena de cristales rotos. David había tenido que romper la ventana para amedrentar al tembloroso conductor de que o los llevaba al hospital o se quedaba sin vehículo.

Laura asintió al tiempo que se puso a temblar, pero empalideció todavía más. Tragó otra vez saliva con dificultad.

—Lo siento. —Había un deje quejumbroso en su voz. Tenía los ojos anegados en lágrimas, los latidos del corazón le resonaban con fuerza en la cabeza y en el pecho—. No debí haberte llamado.

—No es un tema para tratar ahora. Te pondrás bien.

David Ribas conocía la ciudad de Bombay como la palma de su mano. Con aspavientos, iba dirigiendo desde el asiento trasero al asustado conductor del taxi qué camino tomar por las callejuelas intrincadas formadas a base de improvisación en una ciudad superpoblada.

Se encontraron de frente con una inesperada fila de vehículos obstaculizando el tráfico. Niños, bicicletas y un vendedor de cacahuetes tostados pasaban junto a ellos bajo el calor húmedo. David frunció el ceño en gesto reflexivo. Miró por las ventanas laterales, buscando una salida. No la había.

—¡Vamos! —ordenó a gritos antes de quedar taponados—. ¡Atrás, atrás!

El conductor dio marcha atrás, se oyó un sonoro ruido en la caja de cambios y la rodadura del neumático quedó marcada en el asfalto. Dos motocicletas se apartaron para dejarle paso. El coche dio la vuelta por completo y, cuando lo tuvo enderezado hacia la dirección contraria, pisó el acelerador a fondo. A punto estuvieron de que un camión colisionara brutalmente con ellos. Si no sucedió fue gracias a la pericia del conductor del camión, que consiguió esquivarlos en el último momento.

Cuando giró bruscamente de nuevo saltándose la mediana, metió tercera y se saltó un semáforo el rojo. El coche apestaba a líquido de embrague chamuscado.

—¡A la derecha! —le gritó David indicando la dirección con el brazo extendido hacia un lado.

Cruzaron la intersección Chapekar Chowk para adentrarse en una serie de calles estrechas, haciendo caso omiso de indignados bocinazos.

Del Consulado de España, situado en la zona de Nariman Point, al hospital más cercano la distancia no era mucha, pero aquel mediodía Marine Drive, el paseo marítimo también conocido como «el Collar de la Reina» (cuando se ve por la noche desde un punto elevado en cualquier lugar a lo largo del malecón, las luces de la calle se asemejan a un collar de perlas) estaba

bloqueado por el tráfico.

Hacia pocos minutos que la explosión por el atentado había sumido en un auténtico caos las inmediaciones y los accesos por carretera de Bombay, capital financiera de la India, ya de por sí sujeta a las molestias del crecimiento, así como a la alterada visión de la incómoda convivencia de la riqueza con la inmensa pobreza, de lo moderno con lo viejo.

Tras las rápidas indicaciones del español, el conductor entró en una amplia avenida. De repente, dio un volantazo para esquivar a un vendedor ambulante de fruta que pretendía cruzar la carretera empujando su carro lleno de mercancías. Después, enfiló en dirección recta con un rugido.

A David le vino a la memoria algo curioso que había aprendido en los inicios de su estancia en la India: por reacción automática e inconsciente una persona, en caso de emergencia, siempre tiende a desviarse hacia la izquierda. Por este motivo conducir en la India es más seguro que en otros países, ya que el conductor con prisas y pánico que se sale de la carretera va al arcén; de lo contrario, ocasionaría una colisión frontal.

Tras indicarle a voz en grito qué dirección tomar, el conductor hindú, empapado en sudor y empujado por el nerviosismo, obedeció virando a la derecha, saltando de nuevo otra mediana, internándose en dirección contraria y haciendo posteriormente un giro hacia una calle perpendicular a velocidad supersónica. Intimidados por esta agresiva forma de conducir, los vehículos que venían de frente se apartaban.

Los ojos del conductor pasaban continuamente del frente al retrovisor interior y al lateral. Al entrar en una calle de un solo sentido se toparon con la comitiva de una boda. Frente a ellos, a escasos metros, el novio iba a lomos de un caballo enjaezado. Había música y bailes al ritmo estridente de una canción popular de Bollywood. La gente tiraba petardos, cantaba y bailaba al son de la música. El aire caliente y húmedo que se colaba por las ventanillas del coche olía a humo de pólvora a causa de los petardos.

Sin tiempo para pensárselo dos veces, la decisión fue instintiva. David gritó al conductor:

—¡Atrás, atrás! ¡Rápido!

A velocidad vertiginosa, el vehículo retrocedió hasta dar la vuelta por completo y, tras un derrape en el que perdió el tapacubos de una rueda, se impulsó hacia delante y tomó una calle paralela de dos direcciones, donde les recibieron bocinas atronando y conductores que agitaban violentamente los puños y les insultaban desde las ventanillas.

El nervioso conductor del taxi recitaba en voz alta un rezo en sánscrito al tiempo que tocaba con una mano las coloridas figuras de las deidades hindúes pegadas en el salpicadero para llevarse rápidamente los dedos a la altura del corazón y a los labios.

Laura García estaba tumbada sobre el regazo de David. Le miró asustada y soltó un gruñido.

—Aguanta... —La besó en la coronilla.

—Perdóname —respondió sosteniendo un sollozo ahogado.

—Hiciste lo que debías hacer —repuso él acariciándole el pelo. Tenía la frente perlada de sudor.

Desde la distancia se escuchaba el ulular de las sirenas. Dos ambulancias cruzaron en sentido contrario.

—¿Cómo supiste que había venido a Bombay a matarte? —preguntó Laura. En su boca tenía un extraño regusto metálico y por experiencia propia sabía que era el sabor del miedo.

David la observaba detenidamente y aguardó un instante.

—La experiencia...

Siguiendo las indicaciones de su pasajero, el conductor atravesó una mediana entre chirridos de neumáticos y más estruendo de bocinas del tráfico que circulaba en sentido contrario. Luego hizo girar en redondo el coche haciendo un torpe cambio de sentido, saliendo a una carretera más estrecha y de un solo sentido.

Gotas de sudor en las sienes, ojos inquietos, aspecto de niña indefensa. Asustada.

—Y aun sabiendo que ibas a morir viniste a verme. —Cada palabra caía lentamente como pesadas piedras.

David la escuchaba, pero mantenía la vista al frente, controlando las direcciones que el conductor indio iba tomando.

—Sí.

—Lo único que deseaba era que sucediera algo que pudiera impedírmelo.

—Pues mira qué suerte la tuya, yo me muero —masculló angustiada y temblorosa.

—No, no te vas a morir. No lo voy a permitir. —La voz de David tembló por la intensidad de las emociones que lo abrumaban.

Antes de cruzar la intersección con Queen's Road estuvieron a punto de golpear a un vendedor ambulante que empujaba su carro lleno de verduras.

—Estamos ya en el hospital —dijo David alzando la voz—. Vamos a conseguirlo. Te pondrás bien. ¡Aguanta!

Con el grito, Laura abrió los ojos de par en par.

—Escúchame... Escúchame... —dijo tan despacio y tan débil que David se vio obligado a inclinarse hasta que sus narices casi se rozaron—. Eres encantador.

Él se dio cuenta de que su rostro empalidecía. Tenía los ojos hundidos y los labios de color violeta.

Entraron a gran velocidad en el parking del Bombay Hospital & Medical Research Centre. Los viandantes saltaban a los lados al tiempo que el conductor golpeaba insistentemente el claxon y soltaba improperios por la ventanilla.

El vehículo paró frente al porche, en un lugar exclusivo para ambulancias. Un enfurecido guardia de seguridad salió corriendo, apresurándose a llamar la atención al conductor, pero al ver al pasajero bañado en sangre sacando el cuerpo de una mujer, a toda vista extranjera y blanca, corrió de vuelta al interior del edificio pidiendo ayuda a gritos.

—¡Aguanta! —le gritó David al tiempo que subía los escalones con rapidez, sujetando en brazos su cuerpo.

Laura esbozó una leve sonrisa y alzó la mano para tocarle la mejilla.

David miró alrededor mientras seguía caminando y pedía ayuda en maratí y en inglés. Un grupo de enfermeros llegó empujando una camilla. Le quitaron de los brazos a Laura y la tumbaron. Mientras uno de ellos empujaba, otra persona pinchaba una bolsa de suero y la conectaba a la vía del brazo para aumentar el fluido en su sistema circulatorio y reponer la sangre perdida.

David los siguió sujetando la mano de Laura. Las brillantes luces de los plafones del techo robaban todo el color a su rostro y le daban una apariencia espectral.

Un médico llegó corriendo. Mientras los enfermeros empujaban la camilla por el pasillo, uno de ellos le puso al corriente del estado de la paciente.

—Quiero inmediatamente dos vías intravenosas de alto flujo y dos litros de suero salino. ¡Ya! —gritó antes de acercar su rostro a Laura—. Aguante, que ya estamos. —Dirigiéndose a David, añadió con seriedad—: Vamos a llevarla de inmediato a la planta superior.

Frente a ellos apareció el rótulo luminoso rojo de «Urgencias».

Un enfermero detuvo a David, que intentó entrar en el ascensor con ellos.

—Usted quédese en la sala de espera de la segunda planta —dijo poniéndole la mano en el pecho—. Allí tendrá que rellenar los formularios pertinentes.

David sentía las piernas temblorosas, flojas. Quería aferrarse a ella como un clavo ardiendo, pero se quedó de pie, parado en medio del pasillo, con la ropa bañada en sangre y sudor. La rabia le subió por la garganta, pero tragó saliva para controlarla. Frente a él, la puerta del ascensor se cerró.

Primera Parte
Vivir o Morir

1

David Ribas estaba encaramado en lo alto de un andamio hecho con palos de bambú y cuerdas. Sentado a horcajadas, divisaba el parque público situado a escasos metros, donde unos niños jugaban alegremente al críquet.

Hacía un calor y una humedad poco habituales para aquel mes del año, y se alcanzaban los niveles de una sauna a vapor. Treinta y siete y subiendo, y todavía no eran ni las doce del mediodía. Se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano y, dando martillazos a los tablones de madera, se dispuso a reanudar la tarea de reconstruir el techo del colegio.

El propietario, llamado Manjit, que ejercía a la vez de director, no pudo contratar a un equipo de expertos. El colegio no pertenecía al gobierno, ya que, de hacerlo, y debido a las trabas administrativas, acabaría corrompiéndose, y llegaría a tener que pagar sobornos hasta para conseguir permisos de luz a ciertas horas o incluso por la distribución del agua.

David llamó a sus hombres y bajó del precario andamio para tomar un vaso de lassi^[1] que les ofrecía Manjit en una gran jarra de barro. Entre sorbos, el español le dijo a Manjit que estaba convencido de que conseguirían terminar antes de que los jóvenes estudiantes comenzaran el nuevo curso escolar. Faltaba un mes hasta que se reanudasen las clases. Ya se imaginaba el tejado restaurado y a prueba de goteras para cuando llegara el monzón.

Para terminar el trabajo de remodelación del techo, David se había traído a cuatro albañiles que eran unos manitas, pues sabían de fontanería, carpintería y pintura. Era todo cuanto necesitaba para ayudar al director a reconstruir su colegio para los niños de primaria y secundaria que vivían en el cercano barrio de chabolas. No había hecho falta comprar nada, ya que había obtenido todo el material gracias a los contactos de Hassena, jefa del crimen organizado en Bombay y protectora del español.

David Ribas había llegado a la India hacía años. Su mujer murió asesinada por terroristas islamistas que asediaron el hotel Taj Mahal Palace, donde se hospedaban. Él fue rescatado y devuelto a la vida por Hassena, y desde entonces se había convertido en su esbirro.

Hassena le había dicho que emplease su tiempo libre en otros menesteres, que ya se encargaría ella de mandar a un equipo de profesionales, pero el español quería hacerlo por sí mismo. Le caía muy bien el propietario del colegio. Manjit era un hombre de unos sesenta años que aparentaba ochenta, conocido por su labor altruista, sobre todo en su completa dedicación a la educación gratuita para niños.

Uno de los niños que jugaban al críquet, llamado Sameer, siempre estaba ojo avizor. Era un pequeño desgarbado de unos doce años, —ni él mismo sabía con exactitud su edad—, con pantalón corto roído y camiseta gris de tirantes. Dejó lo que estaba haciendo y salió discretamente corriendo hacia el colegio. A fuerza de ir andando todo el día descalzo, tenía las plantas de los pies tan duras como las suelas de unas sandalias. Con sonidos guturales, se acercó llamando la atención del español sentado en lo alto del andamio. Desde abajo, realizó signos con sus manos al aire en dirección al tejado.

Con movimientos rápidos de sus dedos, el niño mudo le advirtió de que un hombre permanecía escondido dentro de un vehículo y tomando fotos en su dirección. David le respondió con signos, dándole las gracias, y le pidió que volviese a reanudar el juego con sus amigos. Antes de salir

corriendo, Sameer se volvió y soltó un gemido hacia el español, moviendo con frenesí de nuevo los dedos. Desde el andamio, David le sonrió y respondió que tendría cuidado, que nada malo le iba a pasar.

David lanzó una fugaz mirada más allá, a la sombra de un gran árbol. Allí, en el interior de un vehículo, vio a un hombre agazapado. Sabía que debía extremar la precaución desde ese momento.

Por la noche, cuando hubo terminado de trabajar, después de despedir a sus ayudantes y quedar con Manjit para el día siguiente, decidió irse a cenar a su puesto de comida preferido, un restaurante de comida típica india a pie de calle. Tras una rápida aunque concienzuda inspección de su motocicleta Royal Enfield, concluyó que nadie la había manipulado. Metió las llaves en el contacto y salió disparado con su inconfundible motor ronroneando, sumergiéndose en el atolondrado tráfico.

Encorvado sobre la moto, zigzagueaba entre el tráfico modificando la velocidad. Aparcó a cierta distancia y caminó hasta el puesto de comida callejera, uno de los muchos que solía frecuentar. Conocía al detalle lo mejor de cada uno y sus horarios. Incluso en horas tan intempestivas como la madrugada, sabía qué establecimiento estaría abierto y cuál era la especialidad. Caminaba hacia el local aparentemente sin mirar a nadie, pero en realidad no dejaba de observar a cualquier transeúnte que estuviera dirigiendo indebidamente la atención hacia él.

El Coromandel presentaba sus clientes habituales sentados en butacas de colores y sillas de plástico. Eran jóvenes estudiantes, empleados mal pagados y explotados en centros de llamadas internacionales, popularmente conocidos como *call centers*. También había un grupo familiar con sus ruidosos niños correteando por el local. El camarero iba sirviendo las mesas con agilidad al tiempo que tomaba nota.

David tomó asiento en una mesa apartada y, mientras esperaba su pedido, se quedó escuchando las noticias nacionales en lengua maratí que proyectaba un raído televisor de pantalla plana colgado de la pared.

A pocos metros de distancia, en el interior de una furgoneta Omni, tres hombres contemplaban varias fotografías de David Ribas ampliadas a veinte por veinticinco. Eran instantáneas poco recientes, de su vida anterior en España. Las compararon con las imágenes digitales que acababan de captar al sospechoso entrando en el local y las tomadas previamente, mientras trabajaba en la construcción del tejado del colegio. Había perdido peso, tenía el pelo más canoso y desaliñado, ahora llevaba barba poblada y antes estaba completamente rasurado; sin embargo, la frente y nariz eran las mismas. ¿Podía ser el hombre que realmente buscaban?

Desde un pequeño ordenador portátil enviaron las fotografías a través de archivos jpg a un destinatario. No tardaron mucho en recibir respuesta. Las imágenes habían sido sometidas al máximo escrutinio tecnológico y confirmaban que aquel hombre era el español David Ribas, dado por muerto hacía años en el atentado terrorista contra el hotel Taj Mahal Palace de Bombay.

2

Al salir del local después de cenar, no se fijó en nada en concreto. Sin embargo, seguía asimilándolo todo: transeúntes, coches aparcados y vehículos que pasaban por la calzada.

Un conductor de *autorickshaw* se aproximó.

—¿Quiere que le lleve? —le preguntó en inglés con un marcado acento típico indio. —Donde quiera que me diga, le llevo. Cobro muy barato.

El español sabía que le había tomado por un *gora*^[2], un extranjero mochilero de aspecto hippy. Iba a alzar la mano para indicarle su negativa cuando observó un movimiento por un lateral.

—Si quiere fijamos un precio —insistió el conductor al tiempo que manejaba su vehículo de forma paralela.

Sin dejar de caminar, David le dijo que se marchara en un perfecto dialecto local y el conductor, sorprendido, aceleró y se perdió en el tráfico.

Se percató de que el extraño que caminaba a su encuentro tenía algo en la mano. Su sentido del peligro inminente le alertó de la trampa: el delgado conductor distrayéndole para que un hombre se aproximara pretendiendo que llevaba algo escondido. Tenía entre treinta y cuarenta años, era atlético, de origen indio, posiblemente conocedor de artes marciales por su forma de caminar. Pero faltaba un tercer hombre para formar el triángulo. David echó una ojeada rápida a sus flancos. «Exacto. Aquí está», se dijo a sí mismo. El tercer hombre se acercaba por el lado contrario: caucásico, musculoso, de unos cuarenta años, profesional. Este era el peligroso.

«Pensar, observar, prever. Recuerda que el pánico siempre es mal consejero», le había dicho una vez su instructor de lucha, al que sus discípulos llamaban Gurú. David se giró para enfrentarse en primer lugar al caucásico, que se aproximaba con sigilo. Este le sonrió de forma depredadora. El español comprendió que se enfrentaba a algo más que a un asesino a sueldo del montón. Tomó aire y lo soltó lentamente, sintiendo cómo pasaba suave y silencioso a través de la boca, en contraste con los violentos latidos de su corazón. Había empleado sus últimos años en la India en aprender artes marciales, desde *jeet kune do* hasta el *kushti*, la milenaria y ascética lucha india que le había conferido una fuerza extraordinaria en las manos.

Cuando su atacante estaba próximo, David lo embistió con un contundente golpe en la nariz. El caucásico cayó hacia atrás sobre una motocicleta aparcada. El otro hombre de aspecto indio se apresuró a atacarle con algo punzante en la mano. David le agarró por la muñeca, se la dobló hacia atrás mientras colocaba la otra mano sobre la nuca del atacante y súbitamente le agachaba la cabeza, al tiempo que le golpeaba con contundencia el rostro con la rodilla derecha. Lo empujó semiinconsciente contra la carrocería de un vehículo aparcado y cayó al suelo, sujetando una jeringuilla adherida a la palma de la mano derecha. Se reclinó frente al hombre, le quitó la jeringuilla y la observó. Era muy pequeña. Le rasgó la camisa al desconocido y con el trozo de tela envolvió bien la aguja y el resto y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

A su espalda, el caucásico aún estaba consciente. Un chorro de sangre le brotaba de los orificios de la nariz; tenía partido el tabique nasal. Sin darle tiempo a prevenirlo, el hombre sacó del interior de su chaqueta una pistola Glock con un silenciador cilíndrico y disparó a David, que se lanzó hacia un lado, rodando por el asfalto. Las balas alcanzaron al sicario de aspecto indio, perforándole el estómago. El hombre siguió disparando pero errando, su motricidad había sido

afectada por la brusca subida de adrenalina. Se dio la vuelta y salió corriendo, pero David, poniéndose en pie, comenzó a perseguirlo. Con el tabique nasal roto, no tardaría en darle alcance.

Así fue. Cuando estuvo a su altura lo empujó y lo hizo caer contra el suelo. El arma se desprendió de sus manos. David la recogió, agarró al caucásico por los hombros y se lo llevó dos calles más abajo.

Entre dos furgonetas, lo soltó bruscamente contra el suelo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó en inglés. Le agarró por la cara y le obligó a mirarle, poniéndole el cañón del silenciador en la mejilla—. Puedo ponértelo fácil o difícil. Tú decides.

El hombre desvió la mirada, trataba de concentrarse en algo. David sabía qué tramaba, así que lo cogió de la camisa y lo zarandeó. Aquel hombre estaba entrenado y pretendía utilizar un método para soportar un interrogatorio: transportarse lejos de allí, aceptar que no es posible escapar con vida y evadirse de lo que pueda ocurrir con el propio cuerpo, haciendo que la mente huya y sea menos accesible.

No era un sicario ruso, a los que David estaba acostumbrado. Desde hacía mucho tiempo, un grupo criminal ruso enviaba asesinos a la India para matarle. Hasta el momento, había evitado la muerte. Pero aquel desconocido no era uno de ellos, de lo contrario se habría tragado una pastilla de cianuro escondida en alguna cavidad de sus dientes.

—No me mates —dijo en perfecto español.

David dio un respingo, adoptando una expresión pétrea. El corazón le latía con fuerza y las ideas se agolpaban en su cabeza. Aquella persona no aparentaba en absoluto ser un compatriota.

—No lo haré si respondes a mis preguntas.

El hombre no contestó, pero hizo un gesto que denotaba que se estaba ahogando. David cedió y lo soltó. La respiración del tipo se hizo más laboriosa.

—¿Eres español?

El hombre asintió.

Aquella inesperada situación le causó, por un instante, la pérdida de sus facultades de alerta. Nunca se hubiera imaginado ser víctima de un verdugo español.

—¿Quién te ha ordenado matarme?

—Me dijeron... —respondió jadeando.

David le permitió ponerse de pie.

—¿Quién? ¿Quién te envió a por mí?

Pillándole desprevenido, el hombre empujó a David y salió corriendo. Al cruzar la calzada, un autobús de línea con exceso de velocidad le golpeó. Se escuchó un desgarrador grito que fue amortiguado por los chirridos de los frenos del pesado vehículo, que no pudo evitar pasarle por encima.

Los curiosos comenzaron a rodear la zona del accidente.

La policía no tardaría en presentarse. Era hora de desaparecer.

3

En Madrid, Goyo Lebreo caminaba con el paso acelerado por un pasillo enmoquetado e iluminado por luces indirectas de los interiores del Cervantes, una organización secreta ubicada en Madrid. Las puertas acristaladas que cruzaba no mostraban ninguna identificación ni señalización. Él era el subdirector de la organización. Entre otras labores, era el encargado de gestionar el departamento de recopilación de datos, donde se analizaban y se escribían estudios de inteligencia sobre la información obtenida en bruto.

Un recién llegado hubiera invertido veinte minutos en recorrer departamentos, plantas y demás pasillos indistinguibles y podría asegurar que caminaba en círculos.

Aunque había rumores sobre su existencia, nadie sabía que una organización de inteligencia secreta estuviese ubicada dentro de un edificio cuya imagen exterior daba a entender que era un centro cultural. Era una organización sin vínculo mediático ni público. Su financiación procedía directamente de discretas aportaciones provenientes de cuentas extranjeras, en su mayoría con origen en paraísos fiscales. El Cervantes poseía un presupuesto ilimitado y era imposible de rastrear.

Eran tiempos difíciles para España. El país estaba sometido a una de las crisis más terribles de los últimos tiempos y una violencia política que se agravaba mes a mes. Esta debilidad era aprovechada por grupos islamistas para sembrar el terror.

En el Reino Unido ya se concentraban más radicales islamistas que en Oriente Medio. Se había convertido en un país donde los jóvenes podían llegar a vivir sin hablar inglés y sin relacionarse con otras personas que no fueran musulmanas. Gracias a la permisividad de un gobierno débil, acabó siendo el caldo de cultivo perfecto para los radicales. Con los años se habían expandido por todo el país grupos con intolerancia extrema hacia los no musulmanes, mujeres, homosexuales y judíos. En cada condado imponían con dinero del contribuyente la ley Sharía en mezquitas, colegios y hasta en los tribunales. El centro de ideología salafista y yihadista más importante del mundo se encontraba concentrado en el Reino Unido.

El gobierno de Arabia Saudí había contribuido directa e indirectamente a esta situación. Ahora el interés estaba puesto en España. Las organizaciones extremistas tenían un solo objetivo: imponer un califato en Europa.

El interior del edificio estaba organizado bajo diversas divisiones de apoyo técnico y agentes especiales. La planta baja había sido recientemente reformada y fortificada, porque aunque la moderna tecnología del espionaje hace milagros, no queda exenta del engaño, tanto a sus controladores como a sus máquinas. Nada puede ser impenetrable, nunca, como nada era considerado imposible.

En la última planta del enorme edificio se encontraba el despacho del director, Julián Fernández. Al lado había un departamento de contrainteligencia, donde trabajaba el director de Seguridad Integral encargado de que no se filtrara ninguna información por parte de los empleados ni hubiera traidores en sus filas. También realizaban la labor de vigilancia del edificio, en el interior y el exterior, detectando movimientos inusuales o sospechosos por los alrededores. Además, se ocupaban de mantener intacta la tapadera del Cervantes como organización cultural sin ánimo de lucro dedicada al estudio y la divulgación de la literatura clásica española,

especialmente la de Miguel de Cervantes, incluso realizando simposios y conferencias. Para ello, imprimían mensualmente catálogos y folletos divulgativos sobre literatura e incluso editaban ensayos de catedráticos e historiadores en asociación con una conocida casa editorial a nivel mundial en lengua española.

Pero la actividad real del Cervantes iba por otros derroteros: lo oían todo, lo descifraban todo y se analizaba todo. Estaba llena de tecnología de última generación. Para controlar lo máximo posible a sospechosos de credo ultra agresivo islamista, vigilaban a aquellos que habían colaborado en alguna ocasión con radicales islámicos de diferentes maneras: transportes, pisos francos, financiación o apoyo logístico. En el Cervantes incluso existía un departamento dedicado exclusivamente al descifrado de códigos y asuntos relacionados con los delitos informáticos.

Al igual que en otras agencias de inteligencia, ya fuese la británica Cuartel General de Comunicaciones (GCHQ), situada en Cheltenham, una población en el centro de las montañas Cotswold, o incluso la americana Agencia de Seguridad Nacional (NSA), situada en Maryland, en el Cervantes no existían el día ni la noche. Entre sus muros, las palabras emitidas en territorio español en distintos idiomas y dialectos se recibían, seleccionaban, desechaban o se clasificaban e incluso se les seguía la pista, se investigaban y se les espiaba.

Conforme subía en el ascensor y cruzaba más pasillos, Goyo Lebrede tuvo que exponerse a más inspecciones, reconocimiento de iris, otro maratón de pasillos, pulgares posados en teclados y admisión final en su destino. Ni en la puerta ni cerca de ella había identificación, a excepción de dos bombillas; una brillaba en rojo intenso. Goyo tocó con los nudillos, alzó la cabeza hacia una pequeña cámara situada en un lado superior de la pared y la otra bombilla se iluminó en verde.

En el despacho del director, Julián Fernández, las pantallas gigantes de la pared emitían imágenes de las noticias más significativas a nivel nacional e internacional. En una de ellas se podían leer notificaciones a tiempo real sobre incidentes o noticias importantes que reportaban agentes infiltrados en organizaciones terroristas.

Goyo, era un profesional extremadamente competente pero arisco, seco y vehemente.

—Malas noticias —anunció. No pudo evitar que su tono sugiriera prepotencia.

Ambos intercambiaron una mirada.

—Soy todo oídos, adelante —respondió Julián sin inmutarse.

Goyo se aflojó la corbata y se sentó en una silla frente al escritorio.

—Trataron de secuestrar a David Ribas en Bombay —apuntó.

Julián percibió que la mirada de Goyo comenzaba a denotar nerviosismo.

—¿Y? Como habíamos dado la orden —contestó. Esperando a que le arrojase una bomba paralizante, permaneció sentado, sin moverse, manteniéndole la mirada—. Dime, ¿qué pasó?

—Se salió con la suya —contestó con sequedad—. Uno de los indios consiguió escapar, pero nuestro operativo, no.

Incrédulo y boquiabierto, Julián se inclinó levemente hacia atrás en su asiento. Con el dedo índice se subió las gafas sobre el puente de la nariz, carraspeó y levantó la vista hacia el techo. Respiró muy hondo e hizo un esfuerzo por morderse la lengua y controlar su genio. Con el puño cerrado de la mano derecha dio un leve golpecito en el apoyabrazos de su sillón, aunque quisiera desfogarse tirando contra la pared todo lo que estuviera a su alcance, sacar una pistola y pegar tiros al aire, cualquier cosa con el fin de soltar su rabia. Al cabo de unos segundos, pareció recobrar la compostura.

—Es un verdadero genio —dijo al fin—. Una audacia absoluta.

—Julián, ese hombre es de carne y hueso, como el resto de nosotros.

—Menuda papeleta. —Quería añadir algo más, pero no se le ocurrió nada—. Menuda papeleta. Tenemos un agente descontrolado.

—No hay nada que pueda comprometernos en su intento de secuestro.

—¿Eso crees? —Después de reflexionar un instante, Julián le preguntó levantando un poco la voz pero sin accionar un solo músculo—: Pensaban besar el santo nada más llegar. Seguro que pecaron de ingenuos. ¿Cómo sucedió?

—Al parecer, David se dio cuenta de la trampa. Era por la noche. Entró en un restaurante a pie de calle. Me imagino que pensaron que iría a tomarse una cerveza y, algo bebido, sería carnaza fácil...

—Maldita sea, pero si no bebe alcohol —dijo Julián sulfurado—. Lo menciona su fichero, es abstemio.

—Pues creo que los hindúes que prestaban apoyo local a nuestro operativo se confiaron, quizá por su apariencia desaliñada. Ya sabes, tienden a juzgar que son adictos a las drogas.

—Dios mío, ¿y...?

—Pues... que reaccionó a tiempo.

—Cómo no. No me sorprende. David Ribas es un experto. Conoce los mejores métodos, como un profesional de élite. ¿Y qué hay de esos indios? ¿Pueden asociarlos a nuestro operativo?

—Son locales de los americanos, me los recomendó un contacto de la Embajada de Estados Unidos.

—Menuda chapuza, Goyo. Esto se nos ha ido de las manos. Y la policía india ¿qué ha sacado de todo esto?

—Que ha sido un asunto de drogas. No sé cómo, pero en el bolsillo del español apareció una bolsita de hachís.

—¿Cómo? —exclamó asombrado. Había algo que no le encajaba.

—Unos cien gramos —indicó.

Julián apoyó los codos en la mesa y descansó la frente en las yemas de los dedos para reflexionar sobre lo que acababa de oír.

Julián Fernández había sido quien había reclutado a David Ribas en varias ocasiones para eliminar a ciertos objetivos peligrosos para los intereses de España. No había sido fácil dar su aprobación para la eliminación de David Ribas, pero no tenía elección. Ahora tendría que vivir con ese peso en su conciencia.

—Esto me huele a la mujer esa —claudicó Julián, hablando para sí. Las piezas encajaban—. Las autoridades indias aceptan sobornos como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Hassena?

—Sí, esa misma —convino—. Ha sido la protectora de David Ribas desde el principio. Ha dado a entender deliberadamente a la policía india que se trata de un asunto de drogas. Carpetazo y fin de la historia. No habrá investigación ni nadie metiendo las narices en el asunto. Esa mujer no se arredra ante nadie. No sería de extrañar que hubiera sobornado a la policía para que el incidente se olvide.

—¿Crees que ella puede sospechar que nosotros estamos implicados?

—No lo sé, pero después de esto... —Abrió las manos como si todo lo que hubiera acontecido hubiera tenido lugar en aquella habitación—. Es aconsejable que tomemos una decisión drástica de inmediato, porque ella es muy astuta y ten por seguro que estará ideando algo para proteger a su pupilo, como una madre tigresa.

—Mandar un equipo operativo para su secuestro es exponerse a una guerra urbana de la que

saldremos perdiendo. No tenemos los contactos ni medios suficientes como para llevarlo a cabo.

—Desde el principio ha sido una locura nuestra operación. Los niveles de seguridad, vigilancia y control sobre las entradas y salidas de Bombay hacen que sea imposible secuestrar a David y traerlo en secreto a España. Habría que matarlo en la calle.

—Podemos volver a intentarlo —dijo Goyo con aire taciturno—. Con más medios...

Julián le observó con severidad. Hubo una pausa cargada de tensión.

—No somos el Mossad, no estamos en la Argentina de los años sesenta y él no es el maldito Eichmann. Hay que eliminarlo en Bombay.

—¿Qué propones? —preguntó Goyo alzando los brazos.

Julián carraspeó para aclararse la garganta.

—Laura viajará a la India con la excusa de conocer las medidas de seguridad del Consulado de España para un próximo viaje del presidente del gobierno. Contactará con David Ribas y este no dudará en reunirse con ella. —Ambos se miraron de hito en hito durante un largo instante—. Este asunto debe liquidarse con rapidez y discreción.

Julián pensó que asesinar a David Ribas con un tiro en la cabeza no estaba justificado ni moral ni éticamente, pero al menos contribuiría a que durmiera mejor.

—Ella será el cebo perfecto —claudicó un sonriente Goyo—. Pero ¿dónde?

—En territorio español, dentro del Consulado de Bombay.

Goyo le miró atónito.

—Muy buena idea. Avisaré a nuestro operativo Alfa para que le dé cobertura.

—No. Un experimentado profesional como David delataría a Alfa de un vistazo. Sobrepasa una altura media, ancho de espalda, rostro curtido... No. Quiero que mandes a la actual seguridad del Consulado de vacaciones y los suplantes por un equipo bien preparado. Se harán pasar por policías nacionales. Ellos viajarán primero para aclimatarse y conocer el terreno, entradas, salidas, el perímetro del edificio... Una vez que David Ribas entre, no debe salir con vida. Si se complican las cosas con Laura, serán ellos los encargados de abrir fuego.

Goyo imaginó la satisfacción que experimentaría cuando le confirmaran que David Ribas había muerto. Desde un principio había opinado que mantenerlo con vida era un peligro para la organización, porque conocía al detalle las actividades clandestinas del Cervantes. Con el tiempo, David se había convertido en un imponderable que no podían permitirse por más tiempo. Sin embargo, Julián Fernández siempre se había mostrado escéptico ante esa idea y en varias ocasiones, a lo largo de los años, había argumentado motivos por los cuales no se debía dar luz verde a la operación.

Ya había llegado la hora.

4

Al amanecer se despertó con un respingo, con la sangre golpeándole con fuerza en las venas y el corazón martilleándole aceleradamente.

El silencio del crepúsculo era roto por el graznido de los cuervos y la llamada a la oración desde la mezquita vecina.

La noche anterior, tan pronto se tumbó en la cama, se sumió en un profundo sueño, desde el cual cayó como una piedra en el mundo inferior de su recurrente pesadilla: una noche tras otra, oía la voz de su esposa Cristina, sonidos de explosiones y de ametralladoras. «Creía que tenías todo bajo control», le dijo ella. «Lo tenía. Lo siento. Perdóname», contestó él hundiendo su cabeza sobre el pecho de Cristina, derramando amargas lágrimas de rabia.

Aquellos sonidos y voces, acompañados de las visiones de sus recuerdos, eran como cuchilladas en sus entrañas. Casi todos los días empezaban así tras una noche de pesadillas desgarradoras.

Desde el exterior se oían voces, alguien rezaba en voz alta a un Dios lejano. Llegaba un leve aroma de comida frita y el ruido del tráfico comenzaba a incrementar su inherente presencia en la mañana de aquel nuevo día.

Se sentó en el suelo con las piernas entrecruzadas, la postura de flor de loto.

Poseía una musculatura compacta, la resistencia y la rapidez eran dos de los aspectos que más se había centrado en desarrollar y mantener a lo largo de los años.

Durante el tiempo que llevaba en la India había recibido lecciones de expresividad, de cómo comer y sentarse, de lenguaje corporal e incluso de cómo andar. Aparte de esto, un profesor especial le enseñaba vocalización para saber hablar coloquialmente como un indio, principalmente la lengua hindi y el maratí.

Para librar su mente de los malos pensamientos que le habían surgido durante el sueño, cerró los ojos e hizo diversos ejercicios de meditación, concentrándose en respirar profunda y rítmicamente. Después de cinco minutos, quedó inerte y pensó en lo sucedido la noche pasada. David notó el latido de su corazón como el tic de la manecilla de un reloj. ¿Quién había mandado a un español a la India para asesinarle?

Los años que había estado viviendo en la India le habían otorgado un extraño don: la capacidad de permanecer inmóvil durante periodos excepcionalmente largos. Lo hacía sin distracción alguna, mentalizándose en su meta. Para ello se evadía de la realidad a través de la vida contemplativa. Cualquier otra persona se hubiera vuelto loca. Permaneció inmóvil durante varios largos minutos.

Muchas personas andaban detrás de él. Por el momento había salido airoso. A lo largo de los años se había enfrentado con estoicismo a sicarios que llegaban a la India con la intención de matarle, aquella era una realidad insoslayable para él. A veces, después de tener que matar para defenderse, se preguntaba por qué una muerte violenta ya no le conmocionaba.

El actual director de la Policía Nacional española había contratado a una organización criminal rusa que enviaba sicarios a Bombay para acabar con él. David Ribas llevaba dos años enfrentándose a ellos, aunque hacía ya tiempo que no veía a ningún asesino profesional ruso o de Europa del Este. Esto no quería decir que hubieran cejado en el empeño de verle muerto; quizá

esperaban que se confiara, bajase la guardia y así atacarle en el momento más adecuado. Pero lo del sicario español era todo un precedente.

David Ribas vivía bajo la protección de una señora de origen musulmán, llamada por los indios como Hassena *madame*, con este apelativo al final de su nombre por respeto.

Conforme pasaron los años, David realizó diversos trabajos como asesino profesional para Hassena, cuyo odio contra los islamistas radicales era igual o mayor que el que profesaba el español. Fue ella quien lo convirtió en un asesino profesional. Fue ella quien lo enseñó a matar, a convertir el odio y el deseo de venganza por su esposa muerta en cólera hacia los demás. Ella se convirtió en su explotador, en su madre, su confidente y la cómplice de sus asesinatos.

Pero David Ribas también fue reclutado en ocasiones diversas por la organización secreta de inteligencia española el Cervantes. A lo largo de los años fue para ellos un asesino profesional internacional cuando se trataba de dar caza a ciertos terroristas escurridizos.

Realizó ejercicios isométricos de cuello. Giró el torso hacia la derecha y la izquierda, movió los brazos en sentido circular y comenzó a respirar hondo. Todo estaba bajo control.

Un hombre llamó a la puerta y, sin mediar palabra alguna, le entregó una bandeja para volver a salir en silencio de la habitación. El mismo criado le traía todos los días el primer té de la mañana junto con los periódicos. Leer las noticias en papel le reportaba un placer mañanero, ya habría tiempo durante el día de informarse de los sucesos en tiempo real a través de su teléfono móvil o el iPad. Salió a la terraza con el grueso paquete de periódicos debajo del brazo y una taza de té en la mano. Puso los diarios sobre una mesa de cristal, se sentó en una silla de mimbre y, entre sorbo y sorbo, con delectación, fue pasando las páginas.

El sonido de una melodía de música hindi de una conocida película de los sesenta flotaba en el amanecer. De vez en cuando, penetraba el ruido del tráfico. Unos perros ladraron y se apaciguaron. Un lejano *om* se escuchaba como el eco de una cueva.

Todos los días leía un periódico en hindi, otro regional en maratí, uno de tirada nacional en inglés y dos de economía. Esa mañana, la prensa informaba de la próxima cumbre del G-7, el grupo conformado por Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido y Japón, países con las economías más industrializadas del planeta. La peculiaridad de esta nueva reunión era que la India participaba no solo como anfitrión, sino como país observador, sumándose así a la Unión Europea, Mancomunidad de Naciones, Comunidad de Estados Independientes, Liga Árabe y la República Popular China.

No dejaban de nombrar a la Rusia de Vladimir Putin, que había pertenecido al grupo antes de ser expulsada debido a la crisis de Crimea. Secretarios, taquígrafos, traductores, asesores y analistas especializados, diplomáticos..., todo un enjambre de delegados extranjeros representando a las grandes potencias del mundo serían capaces de discutir durante cinco días cómo coordinar sus políticas hacia la consecución de objetivos comunes y la voluntad para establecer algunos medios técnicos de cooperación.

Las delegaciones extranjeras volarían desde capitales distintas hasta el Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay. Los representantes del gobierno y sus consejeros asistentes a la cumbre se hospedarían en los más afamados hoteles de cinco estrellas de la capital financiera y del entretenimiento de la India. Quedarían aislados del mundo, rodeados de lujo y comodidad.

David apartó los periódicos y encendió su iPad, desde donde escuchó las noticias de la cadena BBC News India. Los servicios de seguridad mantendrían un dispositivo sin precedentes, situando a los dignatarios a kilómetro y medio de los manifestantes. Saboreando el té, prestó

especial atención al resumen de la conferencia de prensa del presidente de la India, acaecida el día anterior, mostrándose firme en sus declaraciones de no permitir que los alborotadores acosaran a los invitados de todos los indios, mucho menos que los insultaran enarbolando consignas y eslóganes incendiarios de ideología extrema.

A continuación, el jefe superior de Policía se mostró firme y contundente.

—Tenemos prioridad absoluta en el uso de nuestros recursos para garantizar la seguridad y el orden —zanjó, muy orgulloso de su poder.

El gentío incesante de Bombay comenzaba a despertarse y transitar las calles. El comienzo del bullicio de la multitud en el exterior le avisó de que se estaba haciendo tarde.

Una vez que se hubo duchado y vestido, bajó a la planta de abajo. Caminó por el edificio cruzándose con gente, sirvientes y hombres de confianza de la temida jefa del crimen organizado. Fuera la hora que fuese, los empleados de servicio, por respeto, no le dirigían la palabra, ni siquiera lo miraban a los ojos. Evitaban interactuar con el extranjero protegido por Hassena *madame*.

Entró en el despacho de Hassena tras un leve toque en la puerta. Cerró la puerta tras de sí. Ella, sentada en una silla giratoria de malla de alta tecnología, se quitó las gafas y le conminó a sentarse frente a su escritorio de madera sólida sheesam. Si no fuera porque dirigía un entramado multimillonario de contrabando y una red de extorsión, cualquiera diría que aquella era la imagen de una dirigente política de la talla de Sonia Gandhi. En aquella mesa no solo había varias tazas llenas de bolígrafos, gomas elásticas, grapadora, clips, chinchetas y muchos lápices, sino tres móviles Blackberry, un ordenador portátil y una tableta, todos aparatos electrónicos de última gama, no disponibles todavía en el mercado. Habían sido minuciosamente manipulados por los expertos en informática que tenía bajo sueldo, un enjambre de expertos hackeando cuentas que sobrepasarían en conocimiento informático al mejor técnico de Silicon Valley.

—La operación estaba bien planeada. —Hassena tenía una voz grave pero cálida a la vez. Para el español, aquella mujer temible para sus compatriotas indios inspiraba confianza sin necesidad de esforzarse, cualidades que ya quisieran tener los más importantes CEO de las mayores multinacionales—. Querían matarte.

David asintió.

—El conductor me distrae y un segundo hombre se acerca para llamar mi atención con una jeringuilla en la mano mientras el español me mata de un disparo por detrás.

—No pretendían matarte en la calle.

—¿Y eso?

—Pretendían hacerlo después. ¿Sabes lo que contenía esa jeringuilla?

—Un anestésico, supongo.

Ella cruzó las manos sobre el estómago y le miró fijamente a los ojos.

—Fentanilo mezclado con algo más, cuyo resultado, según me han dicho, es tan potente como la mordedura de una serpiente. —Se expresaba de forma muy pausada, tranquilizadora, segura. Tras unos instantes, continuó—: Hemos registrado una furgoneta Marutti Omni aparcada a pocos metros del suceso. Debajo del asiento del copiloto había naloxone y atropina, para contrarrestar cualquier síntoma cardíaco que pudieras sufrir y no matarte. Querían hacerlo en otro lugar, quizá en España o en alguna fábrica de Bombay abandonada, quién sabe. Eso sí, tras torturarte y sacarte toda información valiosa que pudieras tener. Porque además hemos encontrado tiopentato de sodio, el llamado «suero de la verdad», una sustancia que obliga a que una persona le diga todo lo que sabe al interrogador.

David se encogió de hombros, la miró y soltó una carcajada disimulando su perplejidad.

—Esto es muy cinematográfico —replicó negando con la cabeza, sin dejar de reírse. El tono de su voz era despreocupado, aunque no así su interés—. Parece todo lo bastante elaborado para simular una trampa. ¿Por qué? ¿Por qué los españoles?

Hassena cruzó los brazos sobre el tablero de su escritorio.

—Porque ya les resultas prescindible. Porque, por algún motivo, David Ribas les causa un incordio —respondió con calma.

—¿Cómo dices?—inquirió desconcertado.

Hassena se inclinó hacia delante. Su modo de hablar ahora fue intencionadamente muy pausado, para que le calara cada palabra que pronunciaba.

—Porque consideran que tu tiempo se ha acabado.

Los labios de David Ribas se curvaron en una mueca de desprecio. Ya no se reía.

5

En Valencia, cuatro hombres de mediana edad veían un partido de fútbol en una televisión plana de cincuenta y cinco pulgadas. Dos llevaban una barba muy poblada, otro tenía el rostro afeitado y un corte de pelo distinto, hasta tal punto de que cualquiera que lo viera pensaría que estaba fuera de lugar, y el cuarto llevaba bigote.

La habitación estaba iluminada por la luz del televisor y por una única bombilla pelada que colgaba del techo. Habían estado toda la mañana desde muy temprano haciendo la mudanza. Era día de traslado. Como norma imperativa de su célula, no estaban más de cinco meses en un mismo apartamento. La primera semana del sexto mes ya estaban realizando el cambio. Un nuevo apartamento, con contrato y la debida fianza pagada con antelación, se debía finiquitar al término del segundo mes de estancia en una nueva vivienda. De este modo no había demora y los traslados se efectuaban rápidamente. Los contratos, por lo general, los firmaban por un año aunque no los cumplieren, y lo dejaban todo pagado para no levantar sospechas.

Semejantes medidas de seguridad exigían que cada persona tuviera un rol específico: uno encargado de embalar los productos electrónicos, otro de limpiar los suelos, otro de los artículos textiles, como ropa, sábanas, cortinas, utensilios de cocina..., y por último, el experto en borrar huellas dactilares y dejar los cuartos de baño impecables, sin cualquier minúsculo cabello que pudiera haber.

Hacía calor en Valencia. Uno de ellos iba desnudo de cintura para arriba, otro con camisa interior de tirantes y el resto soportaban las inclemencias del tiempo veraniego con *salwar kamiz*, un pantalón amplio y una blusa que caía hasta las rodillas. Estaban cansados tras limpiar el apartamento de arriba abajo. Habían comido copiosamente unos menús para llevar del vecino Kentucky Fried Chicken, los abundantes cubos de pollo crujiente picante eran sus preferidos. De hecho, eran adictos a esta comida. Habían estado hablando sobre las siguientes instrucciones que había que seguir y habían rezado antes de sentarse frente al televisor para ver el fútbol.

A uno le gustaba mencionar a sus conocidos en el gimnasio y en su puesto de trabajo que se dejaba la barba larga por la serie *Juegos de tronos*; el otro seguía la imagen de *hipster* que anunciaban los modelos pegados en las paredes de la peluquería del barrio. La barba estaba de moda en España, decían. Mejor para ellos, que se mezclaban con más facilidad en la sociedad occidental.

Tenían pensado empaquetar el televisor y comenzar a bajar todas las cajas y bolsas a la furgoneta aparcada en el parking subterráneo del edificio una vez finalizada la primera parte del partido. Era un encuentro crucial en la liga española conocido como «el Clásico», en el que se enfrentaban los dos principales equipos, Real Madrid y Fútbol Club Barcelona, un acontecimiento que ningún forofó y entusiasta del deporte podía perderse.

A Laura García y a su equipo les era absolutamente indiferente: era la franja horaria perfecta, la más pertinente. Estaban sentados dentro de una furgoneta Mercedes gris sin ventanillas. En el asiento delantero, el conductor, con un palillo entre los labios, oteaba las ventanas y balcones para detectar cualquier mínimo movimiento sospechoso.

Tras revisar el armamento, se miraron unos a otros y fijaron la mirada en Laura, pendientes de su confirmación. Estaban decididos a cumplir con su misión.

—Esperad, uno está mirando por la ventana —dijo el conductor observando con sus pequeños pero modernos prismáticos a través de la luna tintada del vehículo.

Uno de los terroristas echó la cortina a un lado y escudriñó la calle, realizando una inspección perimetral del exterior: un señor paseando a un perro pequeño, una joven cruzando la acera, llevando de la mano a un niño mientras que con la otra empujaba un carrito de bebé. Sin perder de vista lo que acontecía fuera, bostezó vulgarmente y dobló el cuerpo de un lado a otro. No había tráfico en la calle. En general, el vecindario siempre había sido un tranquilo. El día del ‘Clásico’ lo acentuaba aún más. Todo parecía en orden. Cerró la cortina.

—Ya no está —dijo el conductor sacándose el palillo de la boca, girando el cuello hacia atrás y haciendo un guiño a Laura.

—Arreando, chicos —ordenó ella.

Todos salieron con la agilidad, la precaución y la decisión que les caracterizaba. Cruzaron la acera y se internaron en el interior del edificio. Cuando los dos forzudos agentes echaron la puerta principal abajo con ayuda de un ariete, uno de los barbudos reaccionó mirando la pistola que estaba en un lateral de la mesa de centro. Laura se dio cuenta y sacudió la cabeza. Ese gesto bastó para disuadirlo de cualquier acto de resistencia: recibió un tiro en la pierna, fue desarmado y acabó reducido.

Otro barbudo tuvo peor suerte: desde la cocina, escuchó el estrépito procedente de la entrada y reaccionó metiéndose las manos debajo de las ropas. El agente Alfa le metió dos tiros, uno en el pecho y otro en la cabeza.

El hombre del bigote hizo amago de saltar sobre un agente alzando un cuchillo. Laura levantó su pistola, apuntó y le disparó en plena cabeza, penetrando la bala en la pared junto con parte del cráneo y de su cerebro.

El rasurado, presa del pánico, fue corriendo hacia la ventana.

—¡Cogedlo! —gritó el agente Alfa.

El balcón ni siquiera pudo ser obstáculo para detenerlo: saltó. Se precipitó al vacío, cayó ocho pisos más abajo, sobre el asfalto de la calzada y el bordillo de la acera.

—¡Joder! —dijo el conductor de la furgoneta quitándose el palillo de los labios. El terrorista había caído a escasos metros de distancia—. Un pájaro se ha caído.

Un grupo de transeúntes se apiñó alrededor del cadáver, dando gritos ahogados.

Un hombre, al mirar hacia arriba, llamó la atención hacia los demás sobre la presencia de figuras encapuchadas asomadas al balcón. El vecindario se despertó. Apareció gente por los balcones del edificio de enfrente. Se oyeron voces lejanas pidiendo que alguien llamase a una ambulancia y a la policía.

—Están llamando con móviles —dijo el conductor a través del pinganillo, moviendo el palillo entre sus dientes.

—Ponte frente al portal —le ordenó Laura.

El conductor arrancó y se subió a la acera con absoluta rapidez, situando la puerta corredera del vehículo frente al portal del edificio.

—Coged todo lo que veáis de interés —dijo Laura tras asomarse al balcón y ver la furgoneta subida en la acera—. Nos vamos. ¡Ya!

—¡Rápido chicos! —añadió Alfa—. Tenemos un minuto.

Un grupo absolutamente dispuesto vaciaba los bolsillos de los terroristas e iba metiendo todo lo que veían importante en bolsas negras. Otros se encargaban de escudriñar todos los rincones del apartamento en busca de facturas, recibos, libretas con anotaciones, documentaciones... Otro

se dedicaba con diligencia de los aparatos electrónicos: móviles, ordenadores, discos duros, *pendrives*, tarjetas prepago...

Bajaron con premura las escaleras, pues el ascensor podría ser un inconveniente en una fuga si, por casualidad o por mala intención, se quedase parado o averiado. Entraron de sopetón en la furgoneta y la cerraron de golpe estando ya en marcha.

6

En Madrid, al día siguiente, Laura García cruzaba el pasillo central de la sala de operaciones del Cervantes, donde los técnicos tecleaban en sus ordenadores y las palabras fluían obedientemente a lo largo y ancho de las pantallas planas apiladas sobre las mesas. Llegó a la sala de operaciones donde Varun Grover, el único empleado de origen indio, tenía el fichero de la célula terrorista que habían desmantelado en Valencia. En distintas pantallas planas se veía la foto de perfil de cada integrante junto con sus datos personales.

Laura era la encargada de contraterrorismo. Aunque tenía un pequeño despacho con paredes acristaladas, casi siempre estaba en la Sala de Operaciones involucrándose con los especialistas en informática en los últimos acontecimientos, como seguimientos urbanos o contacto con agentes operativos que realizaban labores de vigilancia a sospechosos.

Tras colgar el aparato, un empleado le informó de que el director la requería de inmediato. Dio unas instrucciones a unos técnicos informáticos y a Varun, y acudió a la llamada de Julián Fernández.

Cuando entró en el despacho, supo enseguida que algo iba mal. Julián era un gran director pero un mal espía; no sabía mentir, el movimiento corporal le delataba.

—¿Todo va bien? —preguntó Laura, tomando asiento con el firme carácter que tenía, sin esperar a que la invitasen, y cruzando las piernas.

—¿Qué quieres decir?

—Me has mandado un mensaje porque querías hablar conmigo a esta hora del día, tan inusual en ti. Me encontraba ultimando mi informe sobre la misión de ayer.

—Por cierto, enhorabuena.

—Gracias a mi equipo, que llevaba detrás de ellos desde hacía semanas.

Parecía que Julián no le prestaba atención. Se levantó y se sentó en el borde de la mesa.

—Te lo vuelvo a preguntar —dijo Laura, más escéptica que antes—. ¿Todo va bien?

—De momento, todo va muy bien.

—*De momento* —repitió Laura con una sonrisa y girando la cabeza hacia un lado de la habitación—. Eso quiere decir que me vas a pedir que solucione un problema que actualmente te incomoda. Y si este problema lo denominas *personal*, es tu deseo que lo realice yo sola, al margen del resto de los operativos de esta casa. Y si mis cualidades te han llevado a seleccionarme para llevar a cabo este propósito, significa que quieres que elimine a una persona altamente competitiva.

—Ciertas cosas escapan al control de uno... y hay que subsanar una herida que dejamos abierta hace ya un tiempo.

—¿Quién es?

A Laura se le heló la sangre en las venas: el nuevo objetivo que debía eliminar era David Ribas.

* * *

La cola para pasar el control de inmigración parecía no tener fin. Durante ese tiempo, Laura

García miró con parsimonia sus correos a través de su teléfono móvil.

Finalmente, tras pasar los trámites de inmigración como Elisa Mondragón, consiguió recoger su maleta. El Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay era una casa de locos, una multitud de gente por doquier yendo y viniendo de un lugar a otro, abarrotado de turistas con sus grandes mochilas de camping y esterillas de yoga, grupos religiosos y sectas con sus distintivas ropas, jóvenes enamorados de visita por primera vez en la India y hombres de negocios con sus ordenadores portátiles y maletas rodantes.

Frente a la puerta de salida, la zona estaba llena de gente que esperaba a alguien: chóferes con uniforme blanco de botones dorados, familias, taxistas, conductores de empresas independientes buscando turistas, extranjeros que esperaban para recoger a sus amigos mochileros con los que aventurarse a recorrer la India y muchos niños alborotados corriendo de aquí para allá.

Nadie hizo que se activara el radar de Laura García. De tener problemas sería con los hombres de Hassena, la protectora de David Ribas, pero había llegado con pasaporte falso y dudaba que los indios realizaran un control de rostro pormenorizado a través de sus cámaras de seguridad en el aeropuerto. Era su primera visita a la India desde hacía un par de años y con solo un vistazo alrededor se pudo percatar de las arcaicas instalaciones de seguridad que aún imperaban.

Todo saldría según lo planeado, o en su fuero interno eso quería creer ella, y lo único que deseaba era no ver los ojos de David Ribas cuando llegase el momento; de lo contrario, sabía que la mirada acusatoria de su ex compañero le perseguiría por el resto de sus días.

Enzarzado en una pelea en la arena, David Ribas estaba lo bastante cerca como para oler el fuerte sudor que desprendía su contrincante, un hombre grande, con doble papada y demasiada grasa alrededor de la cintura, que lo asemejaba a un *sumo* japonés, con unas gruesas piernas enormemente carnosas que se movían como gelatina.

Ambos luchaban casi desnudos, con tan solo un calzón blanco de algodón. Tenían los músculos en tensión y los rostros dominados por el esfuerzo. La respiración entrecortada salía de sus bocas entreabiertas.

Tirado en la arena, David hizo esfuerzos por levantarse. El último golpe había sido muy duro. Los fibrosos músculos de sus tríceps se tensaron por el efecto del peso al ponerse de pie. Con una goma de color negra que llevaba en una muñeca, se ajustó el largo cabello rizado en una trenza.

Las verdes palmeras proporcionaban sombra, aunque las paredes limítrofes de la academia de lucha, llamada Akhara, impedían que la brisa procedente de la costa les aliviara. Por ese motivo, ambos hombres estaban empapados en sudor. Aún faltaba un mes para la temporada de lluvias y que la brisa marina aliviara Bombay, en esos momentos era imposible escapar del calor húmedo. En la India, en época de verano, el efecto del calor llegaba a producir estados de completa inercia y agotamiento; el cerebro incluso podía acabar embotado, dominando el sistema nervioso.

Parecían estar igualados, a pesar de la clara desventaja física: el indio superaba en dos cabezas al español y pesaba unos treinta kilos más. Su adversario levantó su gigantesca mano cerrada en un puño, pero David consiguió evitar el ataque propinándole un puñetazo en el costado. Nada. El enorme indio no dio síntomas de que el golpe le hubiera afectado. Le lanzó a David otro puño y luego otro y otro, y él los iba esquivando con agilidad. De modo inteligente, el español lo iba desplazando a su gusto. Alguien del público hizo un comentario jocoso al respecto y todos se echaron a reír, lo que enfureció más al gigante.

Dada la disparidad de envergadura, David tenía que concentrarse en atacar los centros nerviosos de su adversario, como garganta, nariz y orejas. De este modo podría hacerle perder el equilibrio y conseguir tumbarlo en la arena. Eso es lo que hizo. Haciendo un amago hacia un lado, se lanzó a un costado del gigante, propinándole un fortísimo golpe en una oreja con la palma de la mano. Por un instante pareció perder el control, pero enseguida volvió a reanimarse como un robot. El público se volvió a reír y otro comentario jocoso hizo que el indio soltase una palabrota y se enfureciera más.

La mente y los ojos de David siguieron buscando la más mínima oportunidad para tirarlo de espaldas al suelo. Su adversario, en cambio, atacaba fríamente. David repelía los golpes y contraatacaba como si conociera muy bien los movimientos del otro.

Las manos de ambos se movían con velocidad. Por un instante, David tuvo que protegerse la cabeza juntando los antebrazos por la andanada de golpes que recibía. A pesar de ello, consiguió salir del radio de acción del musculoso contrincante lanzándole una serie de puños, que no tuvieron gran efecto pero sí al menos lo desplazaron y alejaron de él.

Gurú, observando la pelea a escasos metros junto a una veintena de personas situadas en círculo en la arena, sonreía para sí ante el nivel de astucia y destreza del español en el combate. Gurú, maestro y director de la academia de lucha, era un hombre que creía en el rigor, en la

disciplina y en el poder de dominio mental sobre las emociones.

El gigante, lanzándose hacia delante, extendió el brazo para golpearle en el rostro. David se agachó a tiempo y soltó un codazo hacia atrás, pero fue recompensado de inmediato por un rodillazo en pleno riñón que le hizo doblarse instintivamente de dolor. La sensación que le produjo era como un cuchillo clavado en las entrañas que se extendía por todo su cuerpo. Aquel hombre era demasiado fuerte, capaz de triturarle los huesos tan solo a base de golpes con la mano abierta. Tenía que esforzarse por encontrar el momento y el punto débil.

Su contrincante fue a golpearle de nuevo con la rodilla, cuando David se giró inesperadamente y, en ese instante, con el pulpejo de su mano, le asestó un rápido golpe debajo de la oreja. El gigante cayó fulminado sobre la arena. David aprovechó para saltar sobre él e inmovilizarlo con una llave. El indio inhaló el aire que pudo, pensando que conseguiría soltarse. Pero no era posible. Entre chillidos desgarradores, el gigante tendido dio unas fuertes palmadas sobre la arena para que le soltase. El español había ganado.

David se puso de pie con profundas inspiraciones para despejarse la cabeza. No podía más. Aspiraba y suspiraba, moviendo con frenesí su delgado pero fibroso torso. El público le aplaudió y vitoreó.

David alargó la mano y su adversario derrotado le estrechó desde el suelo la suya, seca y llena de callos. Al español le gustó esa enorme mano, de un auténtico luchador. Le ayudó a levantarse y ambos, resollando, rieron con afabilidad felicitándose por la entretenida pelea.

—Muy bien hecho, David —le felicitó Gurú restregando su embarullado cabello con la mano. Sentía una fugaz punzada de admiración por su discípulo—. Por hoy es suficiente, a la ducha.

—Si la gente supiera lo que se puede conseguir haciendo ejercicio constante en el suelo, utilizando el propio peso corporal, la industria de las cadenas de gimnasios se arruinaría.

—No lo digas muy alto, sobrado vas de enemigos —le dijo Gurú yéndose a instruir en la lucha a varios jóvenes discípulos.

A pocos metros, otros hacían abdominales, se levantaban desde su posición en cuclillas, hacían el pino y diferentes ejercicios de musculación y estiramientos utilizando el peso corporal.

David permaneció debajo del agua de la ducha durante un buen rato mientras se quitaba la suciedad y el sudor de la piel.

Cubierto por una minúscula toalla, se tumbó sobre una camilla. En una repisa había una palangana con una esponja, unas toallas y un frasco de antiséptico. Un hombre robusto, vestido con camisa gris de tirantes, buscó metódicamente distintos recipientes y cremas. Hizo una mezcla en un tarro, giró una lámpara articulada y se puso manos a la obra. David comenzó a ser víctima de los musculosos brazos de un masajista que con fuerza y fruición le frotaba la piel, le movía las articulaciones y le golpeaba en lugares puntuales, unas veces con los nudillos, otras con el canto de la mano y otras apretando con los pulgares.

Tenía el costado derecho magullado.

—Necesitas un baño de hielo —le recomendó al tiempo que le frotaba el cuerpo con un aceite de un hedor indescriptible—. Al menos no hay nada roto.

Gurú entró con una bolsa de hielo que le entregó al masajista.

—Se le está empezando a hinchar la mejilla —le dijo el musculoso hombre haciendo un inventario de los daños—. Tiene un corte en la ceja, nada serio, no requiere puntos. Las magulladuras en el costado son muy llamativas, pero nada roto, por suerte. Lo más grave es la molestia en la articulación del hombro derecho.

Gurú se sentó en un taburete y guardó silencio mientras el masajista apretaba con sus anchas

manos el cuerpo del español como si fuera plastilina, concentrándose en los puntos dolorosos. David Ribas exhalaba sonoramente con cada presión que ejercía sobre su cuerpo, como si lo estuvieran pasando por debajo de un rodillo.

David se giró y, con el cuerpo agarrotado después de aquella sesión, se sentó con rigidez en el borde de la camilla. Se puso la bolsa de hielo que le tendió el masajista contra la cara, sintiendo cómo el dolor remitía lentamente. El hombre le aplicó una crema que le ayudó a calmar el malestar.

Gurú se puso de pie frente a él.

—El cuerpo humano, por fuerte que sea, no puede vencer a una bala en los pulmones. Debes evitar el carácter temerario. Las imprudencias se pagan.

Una radio estaba encendida en algún rincón de la amplia habitación. Un informativo hablaba sobre la cumbre del G-7, continuó con un breve resumen de las noticias nacionales y locales y pasó a hablar alegremente de críquet.

—El contrincante que me ha tocado hoy era un hábil y experto adversario.

De vez en cuando, Gurú invitaba a la Akhara a luchadores de otras partes de la India para pelear con David y otros discípulos suyos. Gracias a esto conocían la preparación y las técnicas de otros profesionales.

—Olvídate de él ahora. Recuerda: precaución, observación y analizar los riesgos. No debe haber espacio para arrepentimientos —añadió Gurú cambiando del hindi a un inglés desdibujado por el marcado acento indio.

Tras ducharse de nuevo para quitarse el aceite con el que el masajista le había embadurnado, se quedó contemplando su cuerpo frente al espejo. Se tocó el moratón en la mejilla. Luego observó que tenía también las piernas y los antebrazos cubiertos de moratones. Cogió un bote de cerámica sobre una repisa, lo abrió y comenzó a aplicarse el ungüento con fruición en todas las heridas.

Al salir del gimnasio subió a la moto y quitó el caballete con el pie. Estaba a punto de arrancar cuando su móvil sonó. Sacó el aparato del bolsillo y vio el número. Antes de contestar, miró a los alrededores: no vio ninguna presencia peligrosa, echó el caballete a la motocicleta de nuevo y contestó.

—¿Sí?

—Hola David. Cuánto tiempo...

Él dejó pasar unos segundos. Todo tipo de información iba almacenándose en su cabeza, esquemas mentales y sesgos cognitivos se hacían un hueco para no cometer errores mentales sobre el motivo de aquella llamada de Laura García desde un lugar de Bombay.

—Así es. ¿Qué te trae por la India, Laura?

Ella rio.

—Me alegro de que me hayas reconocido. La última vez...

—La última vez que nos vimos fue en Inglaterra.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —dijo ella. Dejó pasar unos segundos antes de proseguir—. Me encuentro en Bombay porque estoy trabajando en las medidas de seguridad para el próximo viaje del presidente del Gobierno. Será su primera visita a la India y eso requiere unas series de medidas previas, ya sabes. —Dejó pasar otro silencio—. Me preguntaba si podíamos vernos. Me vuelvo mañana por la noche a Madrid y no quisiera perder la ocasión de saludarte.

David frunció el ceño.

—Conozco muy buenos restaurantes —dijo, aunque sabía que la propuesta no sería de su interés.

—Te lo agradezco, pero la comida india no me sienta muy bien en el estómago.

—Sí, sí, lo entiendo. Sin problema. ¿Dónde sugieres que nos veamos?, ¿en tu hotel?

—¿Por qué no te acercas mañana por la mañana al Consulado y nos tomamos un café?

—No tengo documentación española para enseñar a los guardias de seguridad.

—Eso no es problema. Menciona que Elisa Mondragón te está esperando. Ya les habré informado sobre tu llegada.

—De acuerdo. Nueve y media estoy allí.

—Estupendo, David. Me alegrará mucho volver a verte.

Él no parecía estar muy convencido.

8

—No creo en las casualidades —dijo Hassena—. Existir, existen, pero conviene comportarse como si no existieran.

David tenía la mente enrevesada.

—La verdad es que quiero ir.

Ella soltó un bufido. Alzó la mano llamando la atención de un criado. El sumiso y obediente hombre puso una bandeja sobre la mesa y con un termo relleno las tazas de té masala.

—Has aprendido a desenvolverte, sobre todo en los distintos estratos sociales de la India. Puedes pasar como uno de nosotros —agitó en el aire la palma de la mano y el hombre, que había permanecido como una estatua pendiente de nueva orden, desapareció de la estancia—. Asumir esa actitud y quitártela cuando te conviene. Como extranjero posees la habilidad de mimetizarte con tu entorno, algo que ningún extranjero, puede conseguir en su vida. Eres único. Te quiero como a un hijo y no voy a dejar que te asesinen o te secuestren.

—¿Secuestrarme, Laura García? ¡Pero qué cosas dices!

Ella asintió con la cabeza.

—Para tus amigos españoles la distancia entre quién eras y en quién te has convertido se ha hecho insalvable. Y la posibilidad de que tú puedas volver a España el día de mañana...

—No tengo pensado volver —le interrumpió. Dio un sorbo al té.

—No importa eso ahora, pero tú eres un recordatorio permanente de lo mal que gestionaron tu presencia en Bombay y la muerte de tu mujer. Y no te olvides de lo mucho que conoces las actividades criminales del Cervantes. Al lado de ellos yo soy la Madre Teresa.

David mostró su malestar. Jadeó y se mordió el labio inferior mientras dirigía la mirada hacia un punto perdido de la habitación. Tragó saliva.

—No creo que Julián Fernández...

—¿Cómo que no? —repuso ella con un tono mesurado—. Piensa, hombre.

El comentario había surgido como un cristal roto.

—No me puedo creer que ellos...

Hassena levantó la mano, interrumpiéndole.

—A veces eres tozudo. A ver si lo entiendes. Hasta ahora les has sido útil para utilizarte en ciertas operaciones encubiertas, pero lo que ansían actualmente es eliminarte, que desaparezcas, que mueras, que te conviertas en pasado.

David se quedó extrañado.

—¿En el Consulado? —preguntó con una mueca en el rostro que denotaba incredulidad.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—¿Y qué mejor sitio que en suelo español? De puertas para dentro lo que pueda suceder ahí se queda. No hace falta derramamiento de sangre ni ser cruel. Con un veneno ya estás frito.

David miró el líquido que tenía entre manos, apuró su té y dejó la taza sobre la bandeja.

—Hay personal. Hay cámaras. No podrían hacer desaparecer mi cuerpo. ¿Me van a trocear y mandarme en pedacitos a España a través de la valija diplomática?

—Tú vives en la inopia —dijo Hassena cansinamente—. Ella ha venido a matarte, secuestrarte e incluso, si es necesario, perder ella misma la vida porque forma parte de la misión

que le encomiendan. Estoy convencida de que está empeñada en conseguirlo.

David asintió lentamente con la cabeza, como si reflexionara. Después de unos segundos, dijo:

—Puedo eludir su radar por un tiempo.

—¿Desaparecer de Bombay?

—Sí, así ella no me podrá encontrar y volverá a España.

—Sabes que la puedo matar hoy mismo —reconoció con sinceridad.

—No.

—Deja que me encargue yo —dijo con aire fatigoso—. Será limpio y rápido.

—No.

Ella sonrió con resignación.

—Pues no me lo estás poniendo fácil. Aunque te marcharas de la ciudad y ella se cansara de buscarte, volvería a Bombay el día menos pensado, argumentando de nuevo algún motivo para justificar su presencia en la India. Entonces, como buen profesional, traerá a un equipo más especializado, contratará a locales por mediación de terceros y entonces la trampa estará mejor preparada.

—Por el momento la evitaré.

—Tengo buen ojo para la gente —dijo sacando de una carpeta una foto de media cuartilla en la que aparecía Laura García saliendo del aeropuerto—. Te aseguro que esta mujer debe de tener un salario mensual que no se corresponde ni por asomo con su capacidad o inteligencia.

Hassena fue dejando otra serie de fotos de Laura sobre la mesa para que él la observase: en el parking privado para vips entraba en un vehículo oficial de la embajada, en otra se la veía apeándose en el pórtico del hotel... Él se dio cuenta de que seguía siendo esa mujer de porte atlético y andar decidido.

—Me iré durante una temporada de Bombay.

—Esto lo empeorará. Rehuir una obligación...

—¿Obligación? Ahora no te entiendo. Me estás diciendo que ha venido a matarme, te digo que bien, que me voy de la ciudad un tiempo y así la evito, y ahora me dices que no me vaya. Vale, pues voy. Pero no me digas que me enfrente con ella. Hasta ahora no he tenido nada en su contra. No puedo ponerle la mano encima siquiera.

—Yo te propongo eviscerarla como a un cordero, y tú y tu caballerosidad queréis ir de la mano tan contentos al matadero. No quieres quitarte la venda de los ojos, porque no quieres ver que a esa mujer le empuja el deber sobre la amistad.

David daba bandazos mentalmente entre los verdaderos motivos que pudieran tener contra él Laura García, la organización el Cervantes y su director. Todo le parecía demasiado surrealista.

—Decidido está. Dejémonos de rodeos. Iré a reunirme con ella.

—Si a ella se lo han ordenado, que no te quepa duda de que no dejará escapar la oportunidad de meterte una bala entre ceja y ceja.

—Seguro que resulta que estamos equivocados y que el motivo de querer verme no es otro que mantener una reunión de viejos conocidos.

Hassena soltó una forzada risotada.

—Hay un dicho en la India que dice que a los cazadores de tigres no les gusta que les interrumpen cuando se disponen a cazar a su presa.

David Ribas echó un vistazo a la cantidad de libros que descansaban en las estanterías que cubrían toda la pared de la derecha.

— ¿Has sacado la frase de algún *thriller* internacional de esos que tanto te gusta leer?

Hassena meneó la cabeza con resignación en un gesto tan característico en la India y sonrió.

—Eres terco como un niño, pero me gusta que seas así. De acuerdo, vete, pues. Tienes que seguir adelante hasta que todo esto acabe. Ándate con mucho cuidado.

David asintió y se levantó.

—Lo tendré.

Cuando el español se hubo ido de la estancia, Hassena levantó el dedo índice llamando la atención de su criado. Con un murmullo, le dijo que hiciese entrar a su guardaespaldas personal.

9

David empezaba a olvidar quién era o cómo había sido antes. Temía que los motivos que le habían inducido a elegir su estancia en la India acabaran convirtiendo su pasado en algo abstracto e incluso fuese perdiendo los recuerdos. Por ese motivo, de vez en cuando se aventuraba a visitar los alrededores del hotel Taj Mahal Palace, donde los terroristas islamistas provenientes de Pakistán mataron a cientos de personas, entre ellas a su esposa embarazada.

Eso hizo esa misma mañana antes de acudir a su cita con Laura García.

Aparcó en una calle perpendicular. Cruzó la carretera. Con el majestuoso hotel enfrente se sentó en un lugar apartado en la calle. A pocos metros, los turistas hablaban a gritos en distintos idiomas, sacaban fotos unos a otros o ponían morritos para sacarse *selfies* con las vetustas edificaciones atrás. A cualquiera de ellos aquel edificio le parecería inviolable, eterno, sólido. Pero David Ribas había sido testigo del asedio terrorista contra el hotel y sabía que no era así.

Rememorando la imagen de su esposa, quedó mentalmente aislado del tumulto de vendedores, guías locales y turistas que deambulaban por el lugar, cercano a otra imponente estructura arquitectónica, la Puerta de la India. Cerró los ojos e hizo el esfuerzo de recordar un pasado que jamás volvería. Al igual que una fiebre recurrente, aquel comportamiento no le abandonaba nunca. El rostro de Cristina llenaba toda su visión. Los rayos del sol la iluminaban por detrás. Ella se reía.

—Toma, David —dijo, invitándole a dar maíz a las palomas de un cucurucho de papel de periódico que acaba de comprar a un vendedor ambulante.

Una horda de aves bajaron en picado y se arremolinaron a su alrededor, gorjeando y zureando de placer mientras se atiborraban. Él se rio mientras le sacaba una foto con su cámara digital. Ella le ofreció su preciosa sonrisa, la que le había conquistado.

David se sintió embargado por un sentimiento que hizo que le escocieran los ojos.

—¿Cómo no voy a quedar cautivado por esas letales miradas tuyas? —le dijo ella sonriendo y dándole un beso en los labios.

De repente, unos sonidos de ametralladora se oyeron al fondo. Fragmentos de su vida pasada volvieron a toda velocidad. Siguió esforzándose en recordar el pasado y un revoltijo de imágenes se sucedieron: la muerte, la ira, la impotencia, la culpabilidad, el remordimiento, la insaciable sed de venganza... Se vio entrando tambaleante, lleno de sangre. Los comensales del restaurante del hotel donde hacía pocos minutos compartía mesa junto a su mujer estaban todos muertos.

—¿Por qué te fuiste? —escuchó sus palabras de súplica hasta que se convirtió en un mantra de rabia que hervía en su interior.

David cayó de rodillas bajo aquel «clac, clac» intermitente y sonidos de explosiones en el interior del hotel.

El embalse emocional estalló. Le caían lágrimas, temblaba. La cabeza comenzó a darle vueltas. No era consciente de que sangraba profusamente de un costado. La imagen de Cristina con un balazo en la cabeza le causaba auténtico horror. Su mundo se tambaleó hasta lo más profundo.

A pocos metros, un autobús frenó y su chirriante sonido le devolvió a la realidad. Pegó un respingo al tiempo que abría los ojos como platos y regresaba al presente. Respiró lenta y profundamente, esforzándose por concentrarse en las técnicas de relajación que Gurú le había

estado enseñando sobre el dominio de uno mismo. Hasta entonces, la ansiedad y la depresión no habían podido con él y estaba determinado a seguir luchando. Tras unos minutos, se levantó y se puso de nuevo en marcha.

El hecho de ir por la ciudad en su moto Royal Enfield permitía una mayor agilidad que yendo en coche o en autorickshaw. Se encontró con el tráfico de hora punta, pero consiguió ir avanzando. Cruzó una fila de chabolas cuyos ocupantes, sentados en cuclillas delante de sus miserables viviendas, rodeados de perros callejeros y cabras, observaban sin rechistar los vehículos que transitaban lentamente frente a ellos por la calzada en aquel tráfico matutino.

Aquella sucia barriada se extendía como un cáncer por todo el centro de la caótica y deprimente Bombay. Las viviendas estaban construidas con chapas metálicas, cartón y trozos de madera. La falta de las adecuadas condiciones de salubridad hacía que fuera un foco de enfermedad e infecciones, como el perpetuo fantasma del cólera. A poca altura flotaba en el aire una bruma tóxica, una mezcla de polución y polvo descontrolado, acentuando más la fealdad de aquella miseria absoluta.

Aparcó dos calles más abajo. Con el paso más acelerado, cruzó una ancha avenida y fue caminando frente a varios cibercafés y locutorios ubicados en espacios de edificios pequeños y extraños.

Tras la invención del internet y la consiguiente posibilidad de poder sacar provecho de esos espacios, en la India se construyeron locutorios con unas terminales, una docena de sillas y unos tableros como mesas. En Bombay, como en las grandes metrópolis indias, abundaban en cada esquina. Pero tras la aparición de los móviles, *smartphones* y tabletas, los cibercafés fueron perdiendo su afluencia. Siguen en pie gracias a la privacidad que ofrecen a sus usuarios, sobre todo a los adictos al sexo en busca de páginas de contactos y para surfear por la red de manera anónima durante un rato.

Llegó al edificio donde estaba situado el Consulado de España; databa de los años sesenta pero lo habían rehabilitado. Al mencionar que la señora Elisa Mondragón le estaba esperando, un policía nacional le abrió la puerta colocando una tarjeta de acceso contra el receptor electrónico empotrado al lado de la entrada. Eso era inusual, ya que solía ser un guardia de seguridad de una empresa privada india quien daba acceso a los visitantes. Para David Ribas aquello no presagiaba nada bueno: tenía que estar prevenido para cualquier acto de terribles consecuencias.

10

La puerta se cerró detrás de él con un clic y el oficial, tras pronunciar un osco «Buenos días», le indicó con el brazo levantado la dirección a la recepción.

Mientras caminaba por delante sintió los ojos escrutadores del oficial y de otros policías nacionales situados de pie a escasos metros, como si fueran manos que le rodearan el cuello.

No tuvo que escribir su nombre ni firmar en el libro de entrada. Tampoco le cachearon. Ni tuvo que pasar por el arco detector de metales. Aquello sí que era inusual en un consulado de un país extranjero.

Le dejaron solo a la espera en la sala de recepción.

«¿Y si estuviera Julián Fernández dentro y todo esto solo tuviera por objeto reclutarme de nuevo de manera extraoficial?», se quedó pensando.

Permaneció de pie hojeando las revistas de viajes al tiempo que veía la pantalla plana colgada en la pared junto a la bandera de España; proyectaban las noticias en el canal internacional de TVE. Hacía muchos años que no veía la televisión en español y por unos segundos se quedó en Babia escuchando las noticias.

Comentaban la próxima reunión de los G-7 en la India, donde se preveía que se hiciera especial hincapié en las fuentes de energía renovables. «Nos estamos quedando sin combustible debido al perjuicio que causa el cambio climático», argumentaba un analista en el plató de televisión.

Oyó unos pasos lejanos desde el fondo del pasillo y dejó la revista que tenía entre manos de vuelta sobre la mesita de centro.

Laura García atravesó el vestíbulo. Vestía un fino pantalón de algodón crema y una blusa blanca. Verdaderamente, por su cuidado aspecto parecía un miembro del cuerpo diplomático. Aunque su estilo era más bien conservador, tenía un ojo clínico para el estilo y la calidad, sabía qué comprar. Nadie podría dudar de su nombre de tapadera, Elisa Mondragón, y del papel que representaba.

Ella podía hacerse pasar por un directivo empresarial expatriado o una inteligente ejecutiva de marketing y publicidad. David, en cambio, iba más informal: lucía una camiseta de manga corta, un pantalón vaquero gastado y unos zapatos marrones de suela de goma.

Había pasado más de un año desde que se habían visto por última vez.

Percibió que ella seguía emanando la misma seguridad en sí misma, prestancia y solidez.

Al aproximarse, ella notó que David miraba detrás y a ambos lados para cerciorarse de que nadie más salía por una de las muchas puertas que había en el largo pasillo. Se dieron la mano con afecto.

—Me alegro mucho de verte —dijo él.

Laura le sonrió afablemente y respondió:

—Yo también me alegro de verte.

Ella alzó el brazo indicándole el pasillo y ambos comenzaron a caminar hacia el fondo. A David le llegaba un levísimo vestigio de su perfume.

—¿Y esa barba? Te queda muy bien, aunque afeitado estás mucho mejor.

Mentía: la barba era totalmente desaliñada, con muchos pelos blancos rizados entremezclados

con los negros.

—Entre pragmática y hormonal. Falta de tiempo para afeitarme.

Laura volvió a sonreír, pero esta vez con expresión divertida y afable. Él, en cambio, no mostraba ningún signo que exteriorizase sus emociones.

—¿Te pongo nerviosa?

—Al contrario, como te he dicho, me alegro mucho de volver a verte.

Llegaron a la última puerta.

Laura le miró fijamente a los ojos y su sonrisa se ensanchó.

—Y yo a ti, David. Entra y hablamos.

La habitación era muy austera: el retrato del rey de España Felipe VI, la bandera española, una mesa despejada sin papeles, un ordenador de mesa marca DELL, el suelo de mármol blanco... David supo que esa habitación acababa de ser amueblada para la ocasión. Tuvo la sensación de que tal vez Hassena pudiera tener razón. Sus sentidos se pusieron en alerta.

—Te sirvo un café —dijo vertiendo el líquido sobre una taza sin esperar respuesta.

—Gracias.

—Aún sufro los efectos del desfase horario.

—¿Qué tal tu hotel? Te sentirás toda una reina en el Oberoi.

—Muy bien. Nada más llegar me dijo el recepcionista que me ponían en una suite presidencial sin coste añadido. —Miró a David fijamente a los ojos y sonrió como si supiera la razón—. ¿Cómo sabías que había llegado a Bombay y me iba a alojar en el Oberoi? Hasta mi llegada en el Cervantes no tomaron la decisión por motivos de seguridad.

David bebió un sorbo de café. Ella enfrió el suyo con un soplido antes de tomar el primer sorbo.

—Se acaban sabiendo las cosas, Laura. —Sorbió despacio—. ¿Qué café es este?

—Es café soluble, ya sabes, es lo más fácil y rápido... La leche es en polvo. De lo más práctico y saludable estando en la India, claro está.

—Ya.

Ella se rio por su imperturbabilidad.

—Tu actitud de hombre enigmático internacional y lobo solitario te hace justicia.

David dejó la taza sobre la mesa, echó un poco hacia atrás su silla, se repantingó y enlazó los dedos sobre su vientre.

—La última vez que viniste a Bombay fue en aquella pasada operación que montamos contra la financiación del Estado Islámico.

—Sí, y la primera vez fue siendo muy joven. Entonces viajé con un grupo de amigos, en plan mochilero. La ciudad es ahora más densa. Veo mucha más gente, más tráfico, muchas más motos. No había tantos centros comerciales. Los enormes anuncios que hay por todas partes con imágenes de películas de Bollywood y productos de gama alta siempre han contrastado con las eternas chabolas que los rodean. Y esos edificios tan altos... ¡qué barbaridad!

—Muchos de esos edificios los construyen los promotores por las vistas, por la sensación de hallarse en la cima del mundo, para que los inquilinos con poder adquisitivo se sientan intocables, todopoderosos.

—Los corruptos amigos en el gobierno de las empresas constructoras sin duda les habrán beneficiado en la ejecución de esos proyectos.

—La codicia y la vergüenza engendran la complicidad, aquí y en todas partes.

Laura dio un largo sorbo a su café. Un aparato de aire acondicionado zumbaba en la pared.

—Pero sí, desde luego, Bombay ha cambiado mucho desde mi primer viaje. Sí que hay más edificios altos y tiendas, pero el humo a gasoil y a curri todavía se percibe.

—Puedes venir dentro de veinte años y habrá algunas cosas que hayan cambiado, como las infraestructuras; sin embargo, seguirá oliendo igual.

—Una falta de armonía verdaderamente desconcertante.

David sonrió, ladeando la cabeza. Sin más, fue al grano.

—¿A qué has venido Laura?

Ella enarcó las cejas, y se apresuró a decir:

—Ya te lo dije. Estoy trabajando en las medidas de seguridad para el próximo viaje del presidente del gobierno.

—La mentira es necesaria para la supervivencia —dijo él suspirando, manteniendo la mirada en su rostro. Le costaba trabajo no burlarse de ella. Le estaba resultando cansina la conversación. Si no fuera Laura García quien tenía delante, ya se habría puesto de pie y largado del consulado aunque fuera con violencia. El control de sus emociones le hacía conservar la paciencia.

Laura recelaba. David era consciente de que ella se encontraba sopesando los pros y los contras del verdadero motivo de haberle llamado.

Él quería pensar que le iría a encomendar una nueva misión. Que por orden de su antiguo mentor Julián Fernández le hablaría sobre una nueva misión. Ya no le cabía duda alguna de que Julián no se encontraba en el edificio. Una idea que nada bueno presagiaba se arrastraba hacia la superficie, pero él, en su fuero interno, aún se mostraba reticente a creer que pudieran intentar infligirle daño alguno.

Por su parte, Laura se daba cuenta de cómo David manejaba la situación, no exteriorizaba ni un ápice sus emociones, se movía como pez en el agua, como si llevase todos los días asistiendo a reuniones en una oficina. «Habría sido por la influencia de esa mujer, Hassena», pensó.

—Salgamos a la terraza —dijo Laura levantándose del asiento—. Necesito tomar aire.

Abrió la puerta corredera y el bullicioso ruido del tráfico les envolvió. Bombay se presentaba atestada, bullía actividad y era ruidosa. Los graznidos de los cuervos oteando el edificio sobre los frondosos árboles y volando por los alrededores eran insoportables para una persona recién llegada a la ciudad.

En la acera de enfrente había mucha actividad, ya que el edificio era conocido por sus productos de contrabando. Vendían todo tipo de artículos: bolsos de imitación de firmas de gama alta, teléfonos móviles y artículos electrónicos. Además, camisetas estampadas y otros artículos y baratijas con los que engatusar y convencer al ingenuo e inocente extranjero.

David se dio cuenta de que ella caminaba atenta a cualquier movimiento que pudiera producirse a su alrededor. Cualquier miembro de una organización de inteligencia debía de mantener una fachada imperturbable, evitando así cualquier atisbo de sentimiento.

—Toda una auténtica vista desde aquí ¿verdad? —comentó Laura.

—Sin duda.

Le indicó que tomara asiento frente a ella en un sofá de mimbre. Antes miró a derecha e izquierda como si temiera que hubiese alguien escuchando.

—Bombay es una ciudad vieja y sucia. No hay más que gente por doquier, ruido en las calles y socavones.

—A mí me parece una ciudad muy animada. Mucha gente, sí, y algo sucia también, pero no está mal.

—Como toda la India, esta ciudad es un caos, un lugar rabiosamente humano e indescriptible.

—Hay dolores y también alegrías, desgracias pero abundante felicidad. Es un mundo heterogéneo lleno de sorpresas donde no hay espacio para el aburrimiento.

—Tú y yo tenemos un interés mutuo —dijo ella sin haber prestado atención a su último comentario.

David guardó silencio. Por su forma de comportarse se pudo dar cuenta de sus elucubraciones, y supo que ella había empezado a bajar la guardia: craso error de una agente operativa que no debía, bajo ninguna circunstancia, dejar traslucir nada de lo que pensaba. Por fin respondió:

—¿Qué es?

—Acabar con el terrorismo islámico.

David recelaba, de nuevo ella comenzaba a entablar conversación con circunloquios. Eso no le gustaba a él, y ella lo sabía porque había estudiado muy minuciosamente su expediente. Psicológicamente era una manera de ir manteniendo desviados sus sesgos cognitivos, alejados del verdadero motivo del encuentro.

—Querrás decir prevenir, porque el terrorismo continuará.

—Tú puedes detectar más fácilmente la profunda vinculación con la violencia de un extraño —dijo sin tener en cuenta su último comentario.

— ¿Cómo es eso?

—Porque eres un superviviente del terror. Porque has conocido el lado oscuro de la vida. Tienes la capacidad de leer a sospechosos lo que les delata como criminales.

—Creo que tienes una valoración de mí demasiado excesiva.

—No. Te he visto antes de entrar. Solo una persona como yo puede conocer tu aire depredador.

—Querrás decir que he podido ser fácilmente reconocible para un operativo de inteligencia como tú. Eso no es halagador. Me hace ser vulnerable.

—Yo soy una profesional, por eso lo sé. Tu presencia no delata vibraciones de violencia sino al contrario, pasas desapercibido por esa ausencia.

—Ya.

—Te conozco bien como para decir que durante el tiempo que llevas aquí, en la India, has desarrollado esa cualidad que a un operativo occidental en toda su carrera no podría conseguir ni con los mejores instructores.

—¿Que es...?

—Suprimir ese aire depredador, ocultarlo como un camaleón. Ahora mismo actúas como un artista. Suprimes las vibraciones de asesino y estás tan tranquilo conversando conmigo y tomando café como cualquier persona normal, como si tuvieras una personalidad distinta, proyectando el holograma del cliente más inocente que entra a un lugar público.

Laura iba sintiendo que sus intenciones hacia él le iban generando una fuerte tensión. No sabía cómo ni cuándo sería el momento propicio para sacar el arma que llevaba escondida y sin mediar palabra meterle un tiro en la cabeza. Los ajustados pantalones y la blusa moldeaban su soberbia figura; el arma se hubiera notado. Por eso había escondido una Glock 26 debajo del tablero de la mesa, prácticamente inapreciable. Un arma conveniente, ya que era considerada como la pistola más pequeña de esta empresa fabricante de armas.

Él era consciente de la situación y pretendía transformar la tensión de ella en una grieta que se fuera ensanchando.

—La verdad, Laura, creo que te excedes. Yo no pretendo mostrarme de distinta forma de la que soy.

—Eso es lo que te hace ser aún más peligroso. Que esas cualidades son inherentes en ti.

—Matar no es lo más complicado. Es fácil. Empuñas una pistola y aprietas el gatillo. Lo difícil en mi profesión es acercarte al objetivo. Ahí se requiere talento. El trauma que unos llevan consigo es el remordimiento. Pero yo a los terroristas los deshumanizo. No tengo la más mínima empatía hacia ellos como seres humanos. En cambio, a una persona como tú, me sentiría incapaz incluso de apuntarla con un arma.

—¿Y eso?

—Caramba, Laura. Ni que acabásemos de conocernos. Porque eres empática, solidaria, afectiva, comunicativa, amorosa, social, racional y relacionable. Calificativos positivos hacia ti me sobran.

—Para ti las cosas son más fáciles, ¿verdad? Tú operas solo. No tienes a un equipo de trabajo con el que compartir la responsabilidad de tus acciones.

—Tienes una mente muy intuitiva, Laura.

—Sí, quizá demasiado sutil. Letalidad y fiabilidad son otras de mis principales cualidades. Apúntalas en tu lista.

David sabía que cuando Laura empuñaba una pistola su apariencia de mujer atractiva desaparecía y se producía una transformación impresionante. La buena chica se convertía en una de las personas más peligrosas y frías que había conocido.

—También tu organización te concede un amplio margen de autonomía —apostilló David con mirada inexpresiva.

Laura lo miró fijamente y él supo de inmediato que algo en su expresión indicaba que el comentario le había incomodado. Saber que se estaba arriesgando le produjo a David una sensación angustiada, que no exteriorizaba sentado frente a ella. Pensó que era el momento de actuar de forma más directa.

—Deja de fingir.

El tono acusatorio de su voz hizo que Laura se sintiera noqueada.

—No sé qué estás diciendo.

—Quiero saber la verdad —dijo en un tono cortante—. No mientas. Lo noto.

Laura meneó la cabeza. Intentó mostrarse perpleja, pero sin conseguirlo. Se produjo una breve pausa, un pesado silencio, entonces ella dijo:

—¿Qué estás diciendo?

—Esa no es una respuesta.

Laura se rio, suspiró profundamente. De soslayo ella se pudo percatar en la resolución que anidaba en sus ojos, algo que le decía que solo se podría adquirir después de muchos años de experiencia. Estaba convencida de que David Ribas poseía un fuerte control absoluto sobre sí mismo y actuaba con la seguridad y soltura de un bailarín profesional. Ella no podría ganar este envite. «Mierda».

—No sé de qué hablas.

David la miró fijamente y ladeó la cabeza asintiendo levemente.

—No me pongas en un aprieto.

—¿Un aprieto?

—Está bien. Tú lo has querido. Has venido a matarme. Pues aquí me tienes —dijo alzando los brazos.

Laura le miró fijamente. No tenía que perder más tiempo. Estaba racionalizando la situación y esto le llevaría a entender que lo que iba a hacer era una equivocación.

— ¿Qué estás diciendo? —dijo con un exabrupto.

Pasaron varios segundos, diez, quince. Ambos se escrutaban con la mirada. David observó que ella respiraba trabajosamente.

—Mientes.

Laura miró alrededor de la terraza, dio un empujón a la mesa, se levantó de golpe y volvió a pasearse de un lado a otro.

—Voy a acabar enloquecida.

David se dio cuenta de las dudas de Laura. Por experiencia propia era consciente de que la duda socaba la determinación, pero sobre todo, consigue reprimir la acción.

—Te admiro, Laura. Sé que es difícil para ti esta situación.

Se ensombreció su mirada. Luego lo miró unos instantes, meneó la cabeza, soltó un largo suspiro. «Si le dejo escapar, los agentes de fuera no tendrán reparos en abatirlo. No hay escapatoria para él. Mejor que sea yo su verdugo a que lo maten ahí fuera como un criminal». Empezó a caminar deprisa de un lado a otro de la terraza, asintiendo con la cabeza, tratando de aceptarlo.

—Tengo que realizar un trabajo, y yo siempre me tomo muy en serio lo que me encomiendan —le dijo en tono amenazador, señalándole con el dedo. Su nerviosismo ahora era acuciante—. No espero que lo entiendas.

La angustia extrema del momento y la tensión que Laura exteriorizaba le estaban poniendo en una situación de debilidad, minando la iniciativa.

David extendió las palmas de la mano al aire, llamándola a guardar la calma.

—No te preocupes. Buscaremos una solución.

Laura levantó la cabeza, soltó al aire un grito de rabia y de desesperación.

—Si eso fuera tan fácil... —dijo tras bajar la mirada del cielo al rostro de David, esbozando una efímera y vacilante sonrisa.

David se levantó. Desde donde estaban situados podían ver a los policías nacionales dando vueltas por el parking. David sabía que eran demasiado numerosos para el consulado; además de que la altura y la musculatura les delataba; sin duda eran profesionales.

—Hasta ahora has tenido mucha suerte sobreviviendo durante tanto tiempo —dijo con expresión dubitativa.

—¿Qué me quieres decir?

Laura se giró y le miró a los ojos.

—Que nadie es inmune a una bala en la cabeza.

David pasó por alto el comentario.

—No quisiera complicarte la vida.

Ella rio, llamando la atención a los operativos que se quedaron observándoles desde abajo.

—¿A mí?

—Doy por supuesto que has venido a matarme.

Laura negó con la cabeza y soltó el aire que llevaba rato conteniendo.

—Estás subestimando la situación. Este es el peligro de estar tanto tiempo aislado de tu mundo, de tu país, de España. Analizas las situaciones de forma errónea. Deberías haberlo aprendido en su día de Julián Fernández cuando te reclutó. —Le golpeó con el índice en el pecho—. Eso es una debilidad en las personas que tienden a querer comprender datos, tratando de identificar suposiciones, cayendo en galimatías estúpidos...

—Sé perfectamente que esos de ahí abajo son agentes encubiertos —le interrumpió David—.

Llegaron hace cuatro días en un vuelo procedente de Ámsterdam. Los enviaron con el propósito de verme muerto, al igual que te enviaron a ti.

Laura se acercó a él, levantando el índice para llevárselo a los labios, como signo de precaución.

—¡David! —se oyó desde abajo.

David se acercó con premura al borde de la terraza. Se asomó y vio a Chotu, uno de los guardaespaldas personales de Hassena, moviendo los brazos al aire. Los policías nacionales no podían verlo, ya que la tapia era muy alta. David observó en la dirección que Chotu le señalaba: una motocicleta a gran velocidad se dirigía hacia la puerta principal del consulado.

David se giró para salvaguardar a Laura, pero fue ya demasiado tarde.

Se produjo una fuerte explosión.

Todo se volvió negro

Segunda Parte
Víctima o Verdugo

11

David fue el primero en recobrar el conocimiento. No oyó gritos ni sirenas. Supo que no había permanecido inconsciente mucho tiempo.

Se levantó magullado y buscó a Laura con apremio. Lanzó una mirada hacia abajo. El armazón de metal de la entrada del consulado estaba destrozado. Varios cuerpos yacían tirados en distintos lugares. Incluso la fachada del edificio de enfrente estaba destruida: formaba una hilera de bocas desdentadas; todos los ventanales están rotos, con los trozos de cristal esparcidos por la acera, donde había muertos tendidos, así como en el asfalto de la carretera. Ahí abajo era imposible que hubiera supervivientes.

Miró a su alrededor a ver si veía a Laura. La encontró. La detonación la había despedido al interior del edificio. Su cuerpo yacía en el suelo del despacho.

Comenzaron a oírse desde la calle gritos de dolor y otros pidiendo ayuda.

Se acercó a ella con premura. Se temía lo peor. Agarró su brazo izquierdo. Apoyó tres dedos de su mano derecha en su muñeca y sintió el pulso de la arteria radial bajo la piel. En la carótida el pulso lo tenía disparado. Observó una herida en la pierna derecha y otra en el costado; además, se dio cuenta de que había recibido un contundente golpe en la cabeza. Se intentó incorporar, pero él la retuvo por los hombros.

Cuando salió de una oscura sensación de aturdimiento, un torrente de emociones cruzó el rostro de Laura: primero, aceptación de la importancia de lo ocurrido; luego, valentía, y finalmente, fuerza.

—Sácame de aquí —dijo hablando atropelladamente.

David rasgó su fina blusa, rompió el cristal de un cuadro y con el marco de madera realizó un torniquete. Era una herida profunda. Su rostro había perdido color hasta tomar un tono beis.

—Vamos —dijo él con apremio.

La cogió en volandas y cruzaron el pasillo camino a la salida.

El techo falso estaba caído, trozos de cables colgaban y las luces de emergencia parpadeaban, grandes bloques de escayola cubrían el suelo.

Mientras Laura García era tratada con urgencia por los médicos en el quirófano del Bombay Hospital & Medical Research Centre, David Ribas en la sala de espera no dejaba de dar vueltas de un lado a otro.

Se sentía inquieto por el sentimiento de impotencia, de no poder hacer nada en aquellos momentos. Salió al pasillo. Observó a dos enfermeros en el rincón de máquinas de bebidas y *snacks*. Hablaban entre ellos sobre el cambio de horarios que se había producido en sus turnos debido a un compañero de trabajo que se había puesto enfermo. Un enfermero no dejaba de despotricar, comentando que tenían que solicitar un puesto en un conocido hospital privado, donde la paga era mejor y los horarios más flexibles.

David se acercó a ellos pretendiendo que iba a coger un vaso de agua de la botella del dispensador. Por el aspecto que presentaba, sucio y lleno de sangre, los enfermeros se hicieron a un lado.

Sin que ninguno de los dos se percatase, sustrajo el teléfono móvil que uno de ellos había

dejado sobre una pila de documentos encima de la máquina dispensadora de agua.

Una vez de vuelta a la sala de espera, le insertó una tarjeta SIM que sacó del interior de su monedero de cuero, confiriendo al teléfono una nueva identidad. Siempre utilizaba tarjetas SIM de prepago, que rompía y sustituía regularmente. Toda precaución era poca.

Marcó un número, dejó que sonara dos veces, colgó y volvió a llamar. Tras otros dos tonos volvió a colgar. Las llamadas a ese número en particular, que solo debía usar en caso de emergencia, se digitalizaban y se enviaban por internet mediante un túnel cifrado. No habría forma de rastrearlas. La tercera vez dejó que sonara otras dos veces, tras lo cual se oyó la voz de Hassena.

—Me preguntaba cuándo llamarías. ¿Dónde estás? —En su despacho tenía la televisión encendida: los miembros de las fuerzas policiales indias hacían señales para que los medios de comunicación se alejaran de la zona acordonada. La explosión había sido devastadora.

—En el Medical Research Centre.

—¿Todo bien?

—Como de costumbre.

—Vaya, lamento escucharlo.

David sonrió. Se la imaginó con su cuaderno de notas sobre la mesa, dibujando líneas y cuadrados mientras analizaba los últimos acontecimientos desde todos los ángulos posibles.

—Es ella quien ha resultado herida de gravedad.

—Lo sé. —Suspiró profusamente— Y Chotu ha muerto.

SumitKumar, al que todos llamaban Chotu, había trabajado como miembro de la seguridad de Hassena durante los últimos ocho años.

—Me intentó prevenir.

—Hizo lo que le mandé. Siento mucho su pérdida. Era una gran persona. —Guardó un breve silencio—. Ahora mismo mandaré a un equipo a sacaros de ahí y trasladaros a otro lugar más seguro.

—No sé si dadas las circunstancias...

—Esa gente no es en absoluto estúpida —le interrumpió Hassena con voz imperativa—. El dominio de la alta tecnología y especialmente de la informática es espectacular. Esa mujer puede portar un transmisor localizador del tamaño de la cabeza de un alfiler, inyectado bajo la piel sin cortar la epidermis. Con ese localizador, emisor de señales a Madrid, tú no estás seguro estando con ella.

David se paseaba de un lado a otro en la sala de espera del hospital.

—Voy a quedarme aquí hasta que termine la intervención.

Se escuchó a Hassena resoplar.

—Corres peligro quedándote ahí —aseguró a David—. No seas terco.

—¿No eras tú quien me decía que la vida es demasiado corta para perderla en lamentos?

—Déjate de bromas en estos momentos. Tarde o temprano mandarán a alguien, y ese alguien estará armado. —Volvió a resoplar, y al cabo de un instante continuó— Vale. Quédate ahí hasta que salga del quirófano. Mientras tanto mandaré a alguien para que vigile la entrada del hospital. De momento voy a hacer las gestiones para trasladarla a otro centro, donde la atenderán debidamente y le extraerán cualquier transmisor que pueda tener.

—De acuerdo —claudicó David.

Entonces Hassena le contó quién había activado la bomba.

A David Ribas, experto en terrorismo, no le sorprendió nada esa información: los suicidas

islámicos actuaban siempre motivados por unos parámetros similares.

El joven terrorista se llamaba Mohammed Ismail. Había conocido la pobreza extrema embaucado por el imán de su madrasa, que no dejaba de mostrar su odio a los arrogantes extranjeros de tez blanca. Desde una edad muy temprana le inculcaron tanto odio que en su adolescencia ya había decidido qué quería ser. El camino que escogió fue el de convertirse en un mártir.

Un día antes del atentado un adulto miembro de la célula terrorista le compró ropa nueva. Haciéndose pasar como padre e hijo, visitaron el hotel Hyatt de Nueva Delhi.

Con barba postiza y gafas falsas, bajo la apariencia de acaudalado empresario, le mostró al joven la piscina.

Una chica con figura de modelo se tiraba de cabeza al agua y nadaba lentamente. Un grupo de mujeres blancas descansaban en unas tumbonas cubiertas con gruesas toallas blancas de algodón. Camareros ataviados con relucientes uniformes hacían guardia para servir diligente y solícitamente a la exclusiva clientela internacional como si fueran los últimos supervivientes de un naufragio. Otras dos mujeres se lanzaron al agua en perfecta coordinación.

Ambos miraron en derredor. «Demencial», masculló el hombre a oídos del joven, evidentemente impresionado.

Avergonzado, el menor desvió la mirada. Su instructor quiso que comprendiese que su misión como mártir era luchar contra aquella herejía y degeneración.

Aturdido por lo que acaba de presenciar, Mohammed escuchó con gravedad al hombre adulto, mientras asentía y le miraba de soslayo. «Esos son los que mandan encargar a niños como tú a tejer alfombras para pisarlas en sus lujosas mansiones».

Aquellos impíos holgazanes con rostros porcinos tostándose al sol y aquellas mujeres con biquinis tan diminutos debían morir.

El día del atentado Mohammed, incapaz de dormir, se levantó de madrugada con un grito inarticulado. El aire olía a pollo cocido con masalas. Se había pegado un gran festín la noche anterior. La cena había terminado con un gran tarro de plástico lleno de dulce halwa hecho con zanahoria, su postre preferido.

Como le sucedía desde los últimos días, no había podido conciliar el sueño profundamente.

Consciente de los latidos de su corazón, se sentó a rezar, intentado en vano conseguir consuelo. «Será el principio de un nuevo amanecer. Alá te concederá fuerza y valor», retumbaron en sus oídos las palabras del adulto.

A la hora indicada, el embaucado menor de edad no dudó en empotrar a gran velocidad la scooter que conducía a gran velocidad contra el portón del edificio que albergaba el consulado de España en Bombay, detonando los explosivos adheridos a su chaleco y al propio vehículo. Sus ojos ya no se cerrarían.

12

Se sentía grogui. Había salido prematuramente del estado REM profundo. Permaneció quieta con los ojos cerrados en silencio para percibir la mayor información posible a través de sus otros sentidos: silencio, aire acondicionado, olor a limpio.

Laura García había progresado muy rápido en el escalafón de la organización de inteligencia el Cervantes. Quería consolidar su carrera en ella. Aún le faltaba muchos años para pensar en un cómodo puesto de administrativa metida todo el día en un despacho con horario de oficina previo a su jubilación.

Ahora solo deseaba no haber perdido una pierna, un brazo u otro miembro de su cuerpo que le incapacitara de por vida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos. Una sensación le advertía de que no se encontraba sola. Fuera se oía el ir y venir de las pisadas de personas. Dentro, el agudo pitido en sus tímpanos afectados por el estruendo de la explosión.

Prestó atención. Oyó el sonido de una persona levantándose, el roce de unos pasos e inclinándose hacia ella. Su respiración. Su olor. Era David Ribas.

Laura abrió los ojos y le sonrió.

Solo habían pasado unas horas, pero en el rostro de Laura se notaba que para ella había transcurrido toda una eternidad.

Él había tratado con la muerte antes, pero esto era diferente. Laura García poseía un magnetismo, un aura, que David no había visto jamás en otra persona dedicada al servicio de inteligencia.

Laura observó el rostro de David lleno de preocupación. Movi6 la cabeza, consciente de los tubos que se introducían en su brazo.

—Dime que no he perdido una pierna.

Él le acarició la frente. Intuyó que estaba siendo agitada por el turbulento océano de los acontecimientos recientes.

—No, no has perdido ninguna pierna. Has tenido mucha suerte.

—Dentro de unos años seré demasiado mayor para seguir haciendo lo que hago y entonces me pondrán en un despacho, uno de esos cubículos donde hay un ordenador de pantalla plana, una silla giratoria, un corcho donde cuelgas tus fotografías o lugares de interés. Me sentiré arrinconada. Y no quiero que llegue ese momento con antelación.

David sabía que ella estaba acostumbrada a tomar decisiones difíciles rápidamente y bajo presión. Era una persona muy inquieta e iba a ser complicado que asumiera que debía permanecer postrada en la cama durante muchos días.

—No es verdad —dijo él mirándola con franqueza y con tono afable—. Y de hecho aún te quedan muchos años por delante como para que se planteen prescindir de ti. Ahora necesitas unas semanas de descanso.

—Necesito salir de aquí.

—Lo harás, a un hospital mejor.

—No. Quiero irme a España.

Él estudió su rostro un momento, le acarició el cabello y luego negó con la cabeza.

—No es lo más prudente. Tienes costillas rotas, tienes una herida en la pierna derecha...

—Deja de tratarme como a una niña. En Madrid estarán ávidos de cualquier señal que les informe de que yo estoy a salvo.

David conocía el proceso. Los controladores de todo agente operativo en el exterior esperaban «señales de vida». El indicador podría ser por palabras en un comentario de una red social, una imagen incluso fotograma de una película clásica, un mensaje en un buzón electrónico o por una llamada telefónica.

David le mostró el teléfono móvil.

—Dame el número directo de Julián y la clave.

Seis de la tarde en Madrid, tres horas y media más en Bombay. Un teléfono Blackberry sonó en la sala de operaciones del Cervantes.

—¡Laura! —exclamó Julián Fernández, ojeroso y desaliñado debido a las noticias del atentado y la desaparición de Laura García.

—Soy David.

—Hombre, qué sorpresa. —David Ribas no dijo nada ante lo absurdo de la declaración—. Dime, ¿Laura está bien?

David notaba cierto nerviosismo en su tono de voz. Conocía muy bien a su mentor como para anticiparse al carácter inocente que pretendía mostrar.

—Si no tienes inconveniente, ¿cambiamos a modo seguro?

A miles de kilómetros, en la sede central de operaciones, todos estaban pendientes de Julián, que miró fijamente a Goyo; este hizo un gesto con la palma de la mano al aire, dando a entender que controlaba la situación.

—Claro que sí. Un momento, por favor.

La conexión se interrumpió. David permaneció a la espera; sonrió a Laura, que no dejaba de observarle con seriedad.

Julián reanudó la llamada desde el interior de su despacho. Goyo lo acompañaba. En la principal pantalla plana que colgaba de la pared una locutora de televisión española hablaba sobre la reciente noticia del atentado, informando de las últimas novedades. ÚLTIMA HORA, anunciaban, adueñándose de los titulares que cruzaban la pantalla. En otro canal: AVANCE INFORMATIVO, seguido por ATAQUE TERRORISTA EN EL CONSULADO DE ESPAÑA EN BOMBAY. Un gran titular rojo chillón atravesaba la parte superior e inferior de otros canales que proyectaban las demás televisiones que decoraban la habitación. La BBC proclamaba SPANISH CONSULATE IN BOMBAY TERRORIST ATTACK.

—¿Laura se encuentra a salvo? —la voz parecía más débil.

—Sí, está a salvo.

—Escucha, estamos haciendo una valoración de los daños y dadas las circunstancias contamos contigo para poder elaborar un informe de inteligencia sobre lo sucedido.

—La verdad, Julián, a mí no me apetece trabajar con vosotros.

Julián lanzó una mirada a Goyo y caviló su respuesta un segundo.

—Vayamos por partes: ¿dónde se encuentra Laura?

—Ahora hablas como un político. Supongo que todo se pega, ¿verdad? Porque para satisfacer los intereses de ciertas personas has decidido... ¿qué eufemismo debería de emplear? ¿Ponerme de lado?

—David, ¿dónde se encuentra Laura?

Varun Grover, el informático de origen indio que trabajaba para el Cervantes, con un lápiz detrás de la oreja derecha llegó en ese instante. Con su característica forma de andar cómica, parecida a la de un pingüino, le mostró la pantalla de un iPad. Ahí se mostraba una señal que indicaba el lugar donde se encontraba Laura, gracias al dispositivo de rastreo que llevaba consigo.

—La llevaré a un sitio más seguro para que se recupere de las heridas. No debes preocuparte por ella. Estará en buenas manos durante un tiempo.

Julián frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene que ser intervenida de nuevo. Pero no corre peligro. Volverá pronto a España. En su momento oportuno el despegue y el aterrizaje de su vuelo lo podrás arreglar de manera confidencial eludiendo las formalidades habituales.

El Cervantes tenía acceso ilimitado del tráfico aéreo. Idas y venidas, aterrizajes y despegues desde cualquier confin del mundo no era problema alguno. Estaba exento de aduanas y de inspecciones y control de inmigración.

—Me alegro de oírlo.

—¿Y te alegras también de oírme a mí?

Hubo un silencio.

—David...

—No hay que centrarse en los de barbas pobladas, sino en esos bien afeitados, el que va con mujeres, fuma y bebe alcohol. El completamente occidentalizado. Ese es el camaleón humano que buscamos, el más peligroso de todos. El que se hace pasar por uno de nosotros. ¿No era eso lo que decías, no hace mucho, sobre las personas que eran un peligro para los intereses de España?

—David...

—¿Ahora me incluyes a mí dentro del cesto de manzanas podridas? ¿Qué peligro represento para España y sus intereses? Ah, vale, no es eso, la razón es que soy ya prescindible, ¿verdad? «En España el cuerpo enterrado en tu tumba está tan chamuscado que no se podrá obtener el ADN. Nadie podrá verificar que sigues con vida. Desde el Cervantes te protegeremos». Son tus palabras textuales.

—Escúchame.

—No, escúchame tú a mí —dijo con rabia—. Sigue así y tendrás que ir pagando horas extras a los pilotos de un Hércules para repatriar los ataúdes de los operativos que mandes para matarme.

Se oyó un clic. La llamada fue cortada. David Ribas se quedó incrédulo, observando el móvil.

—Siento lo sucedido —dijo Laura notando el brusco fin de la llamada.

—Ha colgado.

—Porque se siente avergonzado de lo sucedido y no quería escuchar tus amenazas. Habéis sido como padre e hijo.

—¿Y tú? A ti te ha enviado como verdugo.

Laura hizo un mohín.

—Soy una mujer de muchos talentos.

—Y de muchas lealtades —dijo David asintiendo—. Todo el mundo tiene esqueletos en el armario ¿no es así? —Ella guardó silencio y desvió la mirada—. Si no fuera por el atentado contra el consulado, ¿me habrías asesinado?

Laura lo miró y guardó silencio. Finalmente dijo:

—Esto es todo muy absurdo. Los verdaderos enemigos están ahí fuera y nosotros perdiendo el

tiempo confabulando...

David le cogió suavemente la mano; con la otra le acarició las mejillas.

—Enseguida te trasladarán a otro hospital. Estarás con todas las comodidades. No te faltará de nada.

—Empiezo a sentirme celosa de tu protectora.

—¿Hassena? Es capaz de mover cielo y tierra por mí. Mientras estés en la India, no debes preocuparte por nada.

—Pero, David... —No pudo seguir hablando, sintió un tremendo dolor. Inspiró de manera regular para llevar más oxígeno a su cuerpo. Su desesperación le sobresaltó.

—Intenta calmarte. Te tratarán los mejores médicos y volverás a España cuando ellos lo dictaminen. Punto.

—¡Pero si te has sonrojado!

David pasó por alto el comentario.

—Solo estoy preocupado por ti —dijo él. Se inclinó y la besó con ternura en la frente.

Laura volvió a reírse.

—Después de que supieras la razón de mi presencia en Bombay, me alegro de que hayas empezado a tener ciertos sentimientos anómalos hacia mí.

Un grupo de personas entraron sin previo aviso en la estancia. Ninguno tenía aspecto de enfermero o miembro de un equipo médico.

Por un instante Laura se sobresaltó por la imagen de gánsteres que proyectaban, pero se tranquilizó al ver que hablaban a David de forma distendida en un idioma que ella no entendía.

—Laura —dijo David tras dar su aprobación a uno de ellos—. Estos hombres te van a llevar a un lugar seguro. No debes preocuparte por nada. Quédate tranquila. Te puedo asegurar que ni el primer ministro de la India se encontraría en mejores manos.

Ella asintió. David se acercó y la besó en la frente. Los hombres empujaron la camilla mientras otros sujetaban cables y tubos que entraban y salían de la piel de la convaleciente conectándola a una máquina.

Una vez que se la hubieron llevado, David respiró hondo y soltó el aire. «De acuerdo, centrémonos en el trabajo», se dijo así mismo.

13

—Emplearon clorato de potasio, TNT, gasolina, azufre, aluminio en polvo... —anunció Goyo Lebrede—. La mezcla generó una onda expansiva y un calor abrasador terrorífico.

Mostró una imagen en su iPad, y pasando el dedo siguió hasta que Julián Fernández se giró dándole la espalda y tomó asiento en su sillón.

—La mayoría de las víctimas murieron abrasadas vivas —añadió Goyo suspirando. Apagó despacio el iPad, esperando una reacción de su director.

—Desde luego, David Ribas tiene el talento de salir vivo de todos los atentados que ha sufrido hasta la fecha —dijo apesadumbrado en su sillón.

—Si lo capturásemos vivo, haría lo posible por encerrarlo en una celda asiática cargada de sudores, con un montón de violadores, ratas, cucarachas y dos raciones de bazofia al día. Así hasta que muera por disentería o cualquier otra cosa.

—Goyo —lo urgió molesto Julián—, te recuerdo que estás en mi despacho, no en la cafetería o en un bar.

—Disculpa —replicó, retrocediendo con los brazos abiertos en muestra de magnanimidad.

Julián se levantó para estirar las piernas y ordenar sus ideas. En silencio comenzó a andar por la habitación.

Al llegar frente a la pantalla plana más grande que colgaba de una de las paredes, se quedó parado contemplando las imágenes sin volumen de un noticiario ruso sobre Siria.

—La vida de David Ribas debe de ser igual a la de un fugitivo, o quizá peor, quién sabe—dijo como si pensara para sí mismo en voz alta—. Pérdida de sueño, pesadillas aterradoras sobre el pasado. Sentimiento de angustia y fracaso personal. Una vida llena de sombras aterradoras donde continuamente se proyectan escenas del pasado. Si no se ha dado a las drogas y al alcohol, es que tiene una gran fuerza interior. Pero su vida debe de estar anclada en el pasado. Es un pasado que no tiene fin. Bueno, excepto con la muerte.

Goyo dio unos pasos hacia delante hasta situarse en el centro de la habitación. Creyó que era el momento de explayarse sobre su postura respecto a David Ribas.

—Es un hombre que se ha pasado años viviendo oculto en la India, que conoce el país a fondo, sus gentes, su idiosincrasia, los rincones más inaccesibles...Pero ha sido visto por agencias de inteligencia extranjeras y esto nos pone en una situación delicada.—Con una excitación creciente, continuó—: Siempre existirá la posibilidad de que alguna de ellas sortee el cortafuegos de nuestra inteligencia, acceda a las mohosas actas de defunción, vea que es todo una fachada y que nos quieran chantajear con esa información confidencial.

—No te olvides de que los rusos que contrató el director de la Policía Nacional siguen a su acecho —dijo Julián, observándole fijamente—. Igual teníamos que haber esperado. ¡Quién sabe! La verdad es que hemos hecho un estropicio y ahora él sabe que le hemos traicionado.

—Pero eso no quita para que deje de ser un hombre peligroso para nuestros intereses. Él oye voces que nosotros no oímos y ve cosas que a nosotros se nos escapan. Y nosotros hemos sacado provecho de sus habilidades. Hasta el momento ha sido un agente durmiente que hemos reclutado para nuestra organización. Si se le ha movilizó en el pasado se debía a determinadas circunstancias, a su habilidad de manejarse en la India, pero no a su propia elección. Pero ahora

se ha convertido en una víbora venenosa que debemos aplastar. El Cervantes no puede permitirse estar asociado a un asesino a sueldo de esa jefa del crimen organizado de Bombay.

—No me des lecciones, Goyo. Es el mejor. Un fuera de serie.

—No trato de darte lecciones.

Hubo una larga pausa. Goyo Lebrede deseó no haber abierto la boca. Había sido un comentario irreflexivo.

—Pues lo parece.

—Creo que estás resentido por haber tomado la decisión de matarle.

—Estoy preocupado, asustado por las consecuencias.

—Él no tiene capacidad ni medios para llegar ni a la acera de enfrente sin que nos enteremos.

—Eso es lo que te crees tú. ¿Sabes por qué?

—No —contestó levantando un hombro.

—Porque ha experimentado cosas que ni tú ni yo hemos vivido.

—¿Y eso qué significa?

—Como has dicho antes, que ve cosas que ni tú ni yo podemos conseguir observar. Pero ahora que mencionamos esto, me quedaría más tranquilo si pusieras un dispositivo de alerta especial en los aeropuertos, agencias de alquileres de coches, puertos, estaciones de ferrocarril, es decir, que estén ojo avizor por si aparece David Ribas.

—Dudo que pretenda poner un pie en España, porque le trae unos recuerdos muy dolorosos. Ten en cuenta que es el recuerdo de su esposa lo que lo mantiene con vida, y por lo que ha elegido como residencia el último lugar que compartió con ella. Él quiere seguir sintiendo a su alrededor lo que su esposa experimentó en los últimos días de vida. Volver a España significaría una decisión personal muy dolorosa que le afectaría anímicamente. Él no quiere volver atrás.

—Aun así, redobla la seguridad.

Encima de la mesa el teléfono privado de Julián recibió un mensaje.

Tras ver su remitente y leer el escueto mensaje, Julián respiró hondo y expulsó el aire.

—Es Andrew Houghton. Dice que sabe quién es el cabecilla del atentado contra el consulado español.

—Fuera de los Estados Unidos la CIA todavía sigue siendo la fuente número uno de recogida de información —admitió Goyo.

—Todas las agencias tienen informadores dentro del círculo del fundamentalismo islámico. Nosotros los tenemos. Algunos actúan obedientes bajo coacción, otros por sentimientos patrióticos o como deber personal.

—Sin embargo, debes admitir que Andrew no tiene por ahí a un agente desbocado comportándose como un John Wayne justiciero. Nosotros, sí.

Las últimas palabras de Goyo Lebrede sobre David Ribas resonaban como un molesto eco en su cabeza. Julián tenía que afrontarlo. Lo meditó de camino a su entrevista con su colega americano mientras miraba por la ventana del asiento de atrás en su coche blindado. «Tengo que afrontarlo. David Ribas es un agente renegado».

Se llamaba Nabil Abderrahman, nacido en Marruecos. Era un hombre delgado, alto, con la piel morena, rasgos cincelados, pómulos prominentes y una mirada que traslucía una aguda inteligencia, así como dominio de sí mismo.

Tenía una lujosa y moderna oficina en Quartier Nord, el distrito financiero de Bruselas. Allí pasaba una hora estudiando documentos, dando órdenes a su secretaria, que se ocupaba de contestar al teléfono y responder los correos electrónicos que él consideraba urgentes. El resto del día lo pasaba fuera en reuniones, y sin previo aviso solía desaparecer con asiduidad durante dos o tres semanas por el extranjero.

Había vivido en un estado febril. Solía dormir profundamente, pero no descansaba porque sus sueños estaban plagados de pesadillas.

Su padre, Qasim al-Abadi, de origen iraquí, había sido un líder terrorista. Fue encontrado abatido a las afueras de Bombay junto a un descarrilado tren que transportaba una carga peligrosa.

Proveniente de una familia muy rica, creció en el exilio, recluido en una lujosa residencia en Tánger. Se graduó en Administración de Empresas en la Universidad de Londres, con calificaciones excelentes y un inglés sin acento extranjero.

La noticia sobre el intento fallido de un atentado a gran escala y posterior asesinato de su padre, le originó una profunda ansia de venganza. Ganarse el respeto de los líderes del terrorismo islámico mundial se convirtió en su objetivo.

A los veintitrés años un clérigo activista británico de origen pakistaní lleno de odio hacia Occidente, que había pertenecido a la entonces extinta célula de su padre extremista, le lavó el cerebro por completo y lo convirtió en un fanático defensor del Estado Islámico.

Junto con él viajó a Pakistán. Allí pasó ocho meses en un campo de entrenamiento. Su misión fue muy clara: convertirse en una célula durmiente, pasar inadvertido durante unos años, no llamar la atención de las autoridades. Con el transcurso del tiempo siguió pasando inadvertido y poco a poco fue ascendiendo en la cúpula del Estado Islámico con sede en Marruecos, donde solía viajar a menudo con la excusa de visitar familiares.

Tras un trago de café bien cargado y ojear las noticias por internet, se reunió con su secretaria, quien le leía los correos electrónicos más urgentes, los otros ya los contestaba ella; le daba instrucciones, organizaba su agenda del día y después se reunía en privado con su séquito para tratar cuestiones delicadas.

Salió de su oficina vestido pulcramente con americana. Cuando viajaba al extranjero para conferenciar y se reunía con algún miembro de un gobierno extranjero, se veía obligado a ponerse corbata.

Sabía muy bien cómo causar buena impresión cuando la ocasión lo requería. Tenía unas excelentes dotes de conversador, además de como seductor. En alguna ocasión convenció a un grupo de parlamentarias europeas para reunirse con el ministro exterior marroquí cubriéndose la cabeza con un pañuelo, ganando así una pequeña pero muy importante batalla mediática. Las imágenes de las eurodiputadas reunidas con el político marroquí salieron en las principales portadas de prensa escrita y digital de muchos países. Europa se estaba sometiendo al islam.

En su fuero interno se carcajeaba pensando que en un futuro pondría a todas esas mujeres bajo la sharía. Pero de momento eran un instrumento útil para conseguir los propósitos de la expansión del islamismo radical en Occidente.

Desde la capital belga manejaba un patrimonio de más veinte millones de dólares, un sinfín de empresas, unas legales, otras fantasmas, con muchos accionistas y miles de empleados repartidos en diferentes países.

Pronto supo las ventajas que ofrecían los paraísos fiscales y decidió cuáles eran las inversiones más seguras para ir moviendo el dinero obtenido por el narcotráfico y los secuestros.

Además de una variedad de actividades sin relación entre sí, como agencias de viaje, vendía seguros en la India, fabricaba productos *ayurveda* de medicina tradicional india que exportaba desde Bangalore al Reino Unido y acababan en los escaparates de tiendas caras que promovían los productos bio ecológicos; hasta había invertido en empresas de césped artificial.

Si en algún país asiático las autoridades detectaban el fraude, la empresa cerraba a cal y canto de la noche a la mañana, despedía a los empleados dispensables y abrían otra vez el negocio bajo distinto nombre en otro local.

El conglomerado crecía descontroladamente. Era una forma de evadir impuestos y mover el dinero por todo el planeta a través del conocido método hawala.

Odiaba a todos los extranjeros de piel blanca, todos los documentos y folletos que circulaban durante los días de aquellas conferencias. Odiaba la sala de conferencias, a las cadenas hoteleras europeas con sus cínicos empleados de la recepción, el olor a colonia y perfume que desprendían los extranjeros, los aperitivos, los ideólogos extremistas de la agenda globalista pregonando el buenismo de ciertas ideologías, con profesiones tediosas y llenas de falsas expectativas. Era un hombre cargado de odio contra la humanidad.

En Bruselas le conocían internacionalmente por su dedicada protección de los derechos humanos y la ayuda humanitaria. Así pues, la humildad era fundamental a la hora de pedir aportaciones, como aquel día en el que hablaba en una convención, como invitado de honor, en el lujoso hotel Stanhope.

—Amigos míos... —Sus ojos chispeaban de convicción. Todos quedaron pronto subyugados por su porte.

Mientras soltaba su perorata observaba lentamente a cada uno de los presentes. Estaba explotando uno de sus dones tan característicos, aquel que le permitía, cuando se dirigía a una audiencia, que cada uno de los presentes tuviera la sensación de que le estaba hablando únicamente a él. Hipnotizaba a su público como un actor buscando más aplausos.

Estaba muy entrenado para mutarse como un camaleón. Según él, un auténtico islamista no baila, no bebe alcohol, no fuma, no confraterniza con mujeres occidentales y no baila. Pero él adoptaba todas las costumbres occidentales para pasar desapercibido, totalmente occidentalizado y, por tanto, inofensivo.

Todos los presentes iban vestidos con trajes tradicionalmente impecables con corbatas de vivos colores los hombres, con faldas y chaqueta las mujeres. Eran líderes con energía y visión de cambiar el mundo; miembros de comisiones parlamentarias, eurodiputados y empresarios. Eran la élite a la que edulcoraba Nabil para conseguir donaciones con el fin de situarse en la cúspide de la fama para que, de una manera natural, su tapadera pública se reivindicase como la caja de resonancia y ejemplo para difundir las degradaciones, la perversión, el culto a la vanidad, el ensalzamiento de lo malo y la rebaja de los valores morales de la nación que no eran sino aquella

agenda globalista, pero que en verdad acaban financiando sus proyectos terroristas.

Cuando terminaron de intervenir los ponentes, empezaron a tomar de pie aperitivos servidos por pulcros camareros, hablando de cosas triviales e intrascendentes, como si fuera la atmósfera de una fiesta de aniversario de una comunidad de vecinos.

Nabil charlaba animadamente con varios eurodiputados sobre la necesidad de permitir la llegada de inmigrantes sin papeles a Europa. Apoya su argumento con las palabras del papa Benedicto XVI sobre la apertura de fronteras y la permisividad de entrada a refugiados.

Una vez terminadas las cortesías de rigor, salió de la sala de conferencias de aquel hotel de cinco estrellas.

Se sorprendió sonriendo mientras avanzaba hacia su flamante Bentley Mulsanne, con el paso decidido y rápido, entre los viandantes que circulaban por la acera.

—Pronto, pronto... —dijo Nabil Abderrahman nada más sentarse en el interior del vehículo a su acompañante, que le estaba esperando en el interior—. Les daremos una lección que nunca podrán olvidar. El mundo nos ha ignorado durante demasiado tiempo.

La berlina de lujo se puso en marcha.

—Con sangre y valor —dijo su acompañante. Una vaga, exasperante y enigmática sonrisa jugueteó en sus labios.

Aquel hombre se llama Abdel Metalsi y tenía un aspecto menos pulcro que Nabil. Su cabeza era redonda, completamente calva. Una prominente serie de cerdas negras le brotaban de las orejas. Era el adulto embaucador del adolescente Mohammed Ismail.

—Que Alá nos conceda la gloria —murmuró Nabil. Miró el reflejo del conductor en el espejo retrovisor y, cuando habló, bajó la voz considerablemente—. Buen trabajo el de Bombay. Hoy hablaban de treinta personas muertas y otras tantas hospitalizadas.

—El mayor número fue en el edificio de enfrente, un complejo de tiendas... Los muertos alcanzarán los cincuenta. Hubo muchas amputaciones. Fue bestial.

—Me tiene sin cuidado —le interrumpió Nabil—. ¿Qué sabes de él? ¿Murió?

Abdel le miró a los ojos antes de contestar. Abrió una carpeta y le mostró una serie de fotografías en las que se veía a David Ribas llevando acuestas el cuerpo de una mujer fuera del edificio derruido del consulado de España, parando un taxi, encarándose con el conductor que intentó darse a la fuga, rompiendo el cristal de una ventana del vehículo, metiendo el cuerpo de la mujer herida y yéndose del lugar.

—Les intenté seguir, pero iban a tal velocidad que me fue imposible. Rastreé los hospitales más cercanos, pero no los encontré. Enseguida se llenaron todos, públicos y privados, clínicas y hospitales, de heridos y fallecidos. Ya sabes cómo son estas situaciones, se sucede un descontrol hasta que comienzan a identificar a víctimas y heridos. Pero he puesto a nuestro infiltrado americano al frente de la operación.

Nabil le devolvió las imágenes.

—Lo quería muerto ayer —dijo con tono de amenaza.

—Se cumplirá.

Con resentimiento, odio y ojos inyectados en sangre, Nabil Abderrahman miró hacia los transeúntes occidentales que a aquella hora salían de sus trabajos, sin ningún atisbo de terror en sus rostros ni en su forma de andar por la calle. Los odió a todos. Si por él fuera, se bajaría del vehículo con una metralleta y los acribillaría a todos. A todos. Incluyendo niños, adolescentes, mujeres embarazadas, ancianos: a todos, acabando con esas vidas alegres y libres de preocupaciones. En cambio, los musulmanes como él vivían en un mundo interno de combate por

despojarse del capitalismo imperialista.

Pero en él había un añadido más a su odio interior, un ácido que le corroía el alma que llevaba el nombre de David Ribas. Cuando acabase con él, Alá le bendeciría con un billete asegurado al paraíso.

Frente a la embajada de los Estados Unidos en la calle de Serrano número 25 de Madrid, Julián Fernández se apeó de lo que parecía un coche oficial: sin distintivos y anodino, con las lunas tintadas y chófer trajeado. «Muy bien —se dijo para sí—, vamos allá».

Una mujer pulcramente vestida, acompañada de un agente de seguridad, le estaba esperando en la entrada. Se saludaron de manera cortés y se dirigieron con paso vivo al interior, sorteando los controles de seguridad.

Bajaron por un ascensor privado. Tras cruzar varios pasillos, la funcionaria le indicó la puerta del despacho. Julián agarró el tirador y entró, cerrando la puerta a su espalda.

Sobre la mesa había café y bollos para amenizar la conversación.

—Ahora resulta que a los terroristas islamistas no les gusta que el gobierno saudí permita el acceso a las tropas americanas en sus tierras —dijo Andrew Houghton. Lucía la seriedad y el porte de una vida profesional dedicada al servicio público.

Julián tomó asiento sin más preámbulos.

—Quizá a la propia Arabia Saudí le está aterrando el monstruo que ha creado con su financiación a través de los últimos años —replicó Julián.

—Desde luego es un hecho irrefutable que ha empleado sus petrodólares para expandir su credo nacional.

—Ni tú ni yo, al frente de nuestras respectivas organizaciones, vamos a permitir que consigan el objetivo que se han propuesto, reinstaurar la llamada «edad de oro del islam».

El americano refunfuñó.

—Sí, retroceder más de mil años.

—Lo demás, la agenda globalista, la ideología de género..., son fuegos artificiales para distraer a los medios de comunicación, que nunca se avergüenzan de tergiversar algunas informaciones.

—A mí lo que más me preocupa es tener al enemigo dentro.

—Aparte de las numerosas organizaciones públicas, en mi país existen una decena de agencias privadas dedicadas al almacenamiento de ficheros y recogida de información. Es inevitable que, ante tal panorama, alguien acabe yéndose de la lengua. Lo mismo ocurre con los políticos manejando información confidencial.

Julián sabía que acabar descubriendo un operativo oculto por la imprudencia de un empleado comentando por teléfono a un familiar lo que había hecho durante el día en su organización secreta, era una posibilidad. Por ello en el Cervantes tenía un departamento que se dedicaba a prevenir esa situación.

—Vayamos al motivo de nuestra reunión —dijo Andrew—. La cúpula del Estado Islámico ha quedado descabezada, pero en su lugar están apareciendo actores nuevos.

—¿Qué nombre tiene el que actualmente te preocupa?

—Nabil Abderrahman—dejó caer Andrew de sopetón.

—El que ha salido recientemente en la prensa amarilla como el nuevo amante de esa actriz británica.

—Ese mismo. Aunque dudo que sigan juntos. Habrá sido un simple juego de marketing

publicitario para salir en las noticias.

—Pero si su organización ha proporcionado ayuda humanitaria a los más pobres en África... La cobertura de prensa que ha tenido durante el año pasado hasta ahora así lo atestigua. Esto ha salido en periódicos y revistas internacionales.

—Pues este personaje ayuda a terroristas islamistas a perfeccionar sus herramientas y tácticas a escala mundial. La tecnología que adquiere en la India pasa a Europa, África y Oriente Medio. — Hubo un silencio. Al fin, Andrew añadió—: Podemos salvar muchas vidas que se perderán si esta escoria humana sigue viva.

— ¿Y tú crees que David Ribas es capaz de hacerlo?

— ¿Cómo sabías que iba a proponértelo?

—Cuestión de intuición, amigo mío. Proporcionaste ayuda local a mi operativo enviado a matarle. Qué decirte..., como estarás ya enterado la operación ha sido una chapuza, gracias a la habilidad de David Ribas. Supongo que este es un motivo añadido para que quieras contratarlo.

Andrew caviló durante unos instantes.

—El salir con vida de su intento de asesinato ha sido todo un logro, la verdad. Lo que creo es que él es capaz de hacer como es debido lo que se le encomiende.

Julián reflexionó unos instantes antes de responder.

—Pero conociendo las atrocidades que ha cometido Nabil Abderrahman, lo lógico sería que la CIA u otra organización clandestina bajo tu amparo lo eliminase del mapa como quisiera.

Andrew pareció vacilar.

—Pues porque... es un colaborador.

Julián pegó un respingo y alzó la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Ciertas personas de mi gobierno creen que pueden conseguir más beneficios utilizando a personas como Nabil Abderrahman que eliminándolas. Ellos están convencidos de que esas personas contribuyen a la paz mundial. Cuentan con una reputación pública.

—¿Qué reputación, la de asesino o reclutador de células terroristas?

—Como persona dedicada a labores humanitarias.

Julián Fernández soltó una forzada carcajada.

—No me lo podría imaginar.

—La imaginación es libre, Julián.

—¡Vaya por dios! Se me rompe el corazón. Colaborador de la CIA y encima amante de la humanidad. Viva la libertad.

—No he dicho de la CIA.

—Ya. Si todo lo que hacemos son mentiras y secretos.

—Para servir a un bien mayor.

—Ciertamente. —Julián alzó un poco el tono de voz, amigable pero enérgico.

—Consciente soy de que la agencia no se ha movido con suficiente rapidez. Hay muchas personas bajo vigilancia continua por riesgo terrorista, y a este lo relegaron inconscientemente. Pero lo han ido dejando en paz para ver qué información concreta pudieran ir obteniendo de su entorno. —suspiró y continuó—. Hasta el momento les ha interesado tener a este sujeto vivo para que nos conduzca a otros terroristas e irles siguiendo el rastro.

—Por mi parte opino que no podemos dejar estúpidamente que personas de este calibre anden sueltas por el mundo haciéndolo más peligroso —reconoció Julián—. Al menos yo no estoy dispuesto.

—Yo tampoco.

—Pues ya estamos de acuerdo. Y ¿no has pensado en otra persona que David Ribas?

—La CIA utiliza actualmente a agentes independientes —señaló Andrew—. Son fiables, rápidos y hacen su cometido a un precio, desde luego, pero si la pifian, lo resuelven enseguida para no quedarse detrás de la competencia, quieren seguir recibiendo contratos.

—Actualmente tenéis DynCorp, Blackwater, Crucible, VinnelCorporation, GRS, Academi, más conocido por Blackwater... Te resultaría fácil contratar a un agente norteamericano clandestino.

—Me consta. Sin duda, las agencias independientes son el futuro, aunque mi gobierno procure no pregonarlo—se quejó.

—El capitalismo en acción —concedió Julián abriendo al aire las palmas de las manos.

Andrew se frotó la barbilla como si reflexionara.

—Bueno, visto desde ese punto de vista, queda relegado el principal propósito, que es hacer un mundo más seguro.

—De verdad, somos el futuro. Tu agencia dentro de la CIA y la mía dentro de una organización cultural. Los gobiernos de las naciones dejarán todos los asuntos referentes a la seguridad y defensa a manos de agencias independientes.

—Y ¿con qué propósito?

Julián no se inmutó.

—Para ver más televisión —agregó después de una pausa.

Ambos rieron, compartiendo un momento de complicidad.

—De verdad, Julián, ¿qué crees que son los servicios de inteligencia para los políticos? Un mero producto, y en estos tiempos de globalización e internet, donde la competencia es atroz, ¿qué quieren los consumidores?

—Los precios más bajos.

—Efectivamente. Y no solo eso, los políticos tienden a contratar los servicios de aquellos que saben con antelación que vayan a satisfacer los requerimientos de sus políticas.

—Al grano.

—No puedo echar mano de un mercenario estadounidense porque si fracasa me mancharía.

—El viejo cuento. Prevalecen más los intereses políticos.

—Venga ya, Julián. Tú, con tu organización el Cervantes, has creado un servicio de inteligencia privatizado, y tu producto es bueno, muy bueno. Por eso estoy yo aquí reunido contigo. Quiero a tu mejor hombre. Nabil viajará a la India durante los días de la cumbre del G-7. David Ribas debe matarlo entonces. Pon los ceros que quieras a tu precio. —Julián se quedó ensimismado. Andrew notó su momento de debilidad, y continuó azuzando—: Yo soy un acérrimo defensor de la Primera Enmienda. Haz lo que quieras. Di lo que quieras. Pero en nuestra profesión sabes que eso no es así. Vosotros no enchironáis a nadie ni mucho menos los lleváis ante la justicia. Vosotros liquidáis de la faz de la tierra a bazofia terrorista.

—La verdad es que no sé si estoy dispuesto a correr el riesgo de contratar a David Ribas.

—Si mando a un operativo mío, y Nabil Abderrahman muere, puede que los indios se empeñen en investigar quién ha podido utilizar tales armas de gran potencia dentro de su país. Llegando al fondo, podrían hallar quiénes han estado detrás de esa operación.

—Y no quieres verte implicado.

—Yo no, porque trabajo en la sombra. Mi administración, el gobierno de Estados Unidos, no podría verse implicado en tamaño escándalo. —Andrew se inclinó sobre la mesa en un intento de

causar mejor impresión con sus siguientes argumentos—. David Ribas es un lobo solitario que se siente en su salsa cuando acecha a su presa. No puede vivir sin estar en su elemento, en la violencia.

—Lo que deberías hacer es combatir el método criminal de los islamistas trabajando con dinero en efectivo.

—¿Qué quieres decir? ¿Frenar el tráfico de opio?

—¡Qué sino! Desde Afganistán, en vuestras propias narices, el contrabando a través de Oriente Próximo lo convierten en heroína y de ahí a la ruta que emplean para introducirla en Occidente, con dos fines: destruir vidas y obtener fondos para sus campañas de terrorismo.

—Vale, ¿qué me estás proponiendo?

—Yo activo a David Ribas para que elimine a Nabil Abderrahman y tú destruyes la ruta de contrabando de heroína que entra en Europa.

Andrew Houghton, movió el cuello en semicírculos, meditando aquella proposición, estudiando los pros y los contras. Por un lado, había personas influyentes a los intereses americanos en aquella zona que se beneficiaban del contrabando de opio. Sin embargo, pensó que podría contratar a un grupo de mercenarios y hacer que todo pareciese un ataque procedente de un grupo islamista contrario a las actividades lucrativas del Estado Islámico. Finalmente, dijo:

—Hecho. —Tras un profundo silencio añadió—: Por cierto, existe un motivo principal por el cual tu compatriota se vea predispuesto. Se me ha olvidado decírtelo.

—¿Y es?

—Que David Ribas mató al padre de Nabil Abderrahman.

Los siguientes minutos los pasaron atando cabos sobre la estrategia a seguir. Julián Fernández le tuvo que convencer de que como hacía poco había dado el visto bueno para el asesinato de David Ribas, consideraba que lo más prudente era que fuesen hombres de Andrew quienes propusieran el trabajo a David.

16

David Ribas entró en el despacho de Hassena.

Ella dejó sobre la mesa el ejemplar del periódico *Times of India* que estaba leyendo.

—Siéntate, David.

El español tomó asiento frente a ella. Desde donde estaba sentía el fresco aire acondicionado.

—¿Cuáles son las últimas novedades? —preguntó él sobriamente.

—Tras el atentado, al mediodía fallecieron cinco personas, y a media tarde, unas diez víctimas más en el hospital. Hoy el número de muertos asciende ya a cuarenta y seis y se espera que la cifra aumente. Hubo muchas amputaciones. Fue una explosión brutal.

—¿Y la conferencia del G-7?

—Sigue adelante.

—Vivimos en un tiempo donde un atentado de esta magnitud tan devastadora no provoca ni histeria en un país.

—Así es, los ciudadanos se han vuelto más proclives a querer creer que suceden de manera aislada por personas con problemas psíquicos o por alguna razón social.

—Tengo que confesar que tenías toda la razón —dijo él; con la temible jefa del crimen organizado había que ser franco y directo—. Ella vino para matarme.

—Quizá yo sea la única persona, mientras siga con vida, que nunca conspirará a tus espaldas para causarte mal.

David sonrió.

—Lo sé.

—Bien —dijo señalándole con el índice—. Pero el tiempo pasa y yo quizá tenga a más personas ahí fuera que quieren verme muerta antes que a ti. El día que yo no esté, tendrás que plantearte vivir como un nómada en la India o volver a España. Porque cuando yo muera, mi imperio, sujeto con decenas de alianzas de oportunistas e hipócritas, desaparecerá. Todos querrán sacar partido de mis propiedades tras mi muerte y los que ahora me son fieles no te protegerán; al contrario, te considerarán un rival que querrán ver muerto.

David alzó las palmas de las manos al aire, en signo de guardar la calma.

—Vamos a concentrarnos en el presente, que al futuro ya le haremos frente.

Hassena se quedó observándole con severidad unos segundos que se hicieron eternos antes de volver a hablar. Se levantó.

—El loco islamista es como el enamorado rechazado, el que pasa por una espiral romántica —masculló mientras estiraba las piernas y las vértebras—. Le lavan el cerebro con la presunción de que la sociedad no le quiere, que no le aceptan. Como todo joven había estado enamorado de algo: un equipo de fútbol, de críquet, en fin, un deporte; un videojuego; un actor de cine, una serie de televisión... Pero el cambio gradual que pasa de estar enamorado a estar locamente enamorado y luego, al tener conocimiento de que es rechazado, se convierte en obsesión, y luego en odio a todo lo occidental tras el lavado de cerebro que le infligen.

—La obsesión por el mal desde luego es un ingrediente de manual básico para el islamista radical.

—Dos agentes de la CIA quieren reunirse contigo —dijo volviendo a tomar asiento.

David Ribas se quedó mirándola sin comprender.

—¿Te han dicho qué quieren? —preguntó David pensativo.

—No, pero creo que pude tener relación con el atentado.

—Después de los últimos acontecimientos, creo que iré armado.

—Ya he realizado las diligencias oportunas.

La vida en algunas zonas de Bombay discurre alrededor de un puesto de té, que puede improvisarse con un carrito de dos ruedas con dos soportes, un pequeño gas portátil, dos ennegrecidas cacerolas, unos aperitivos fritos y unos taburetes de plástico.

Sus numerosos puestos ambulantes contribuían a propagar el singular almizcle en cada esquina de la ciudad, que, junto a la contaminación, el olor del aceite de coco en los cabellos, el incienso, el detergente, la basura acumulada en las calles, la quema de hojas secas en pleno día al borde de las aceras, los orines de los baños públicos, el perfume de los condimentos masala en las comidas y un largo etcétera, constituían la peculiaridad de los olores de Bombay.

Tras aparcar la Royal Enfield y cruzar un atestado mercado local, donde había varios puestos de comida al aire libre, David Ribas entró en una concurrida tienda de repostería a pie de calle.

Tartas, pasteles, todo tipo de dulces azucarados se venden a lo largo del año en comercios de este tipo en la India, debido principalmente a los numerosos festivales religiosos en los que por motivos benéficos se entrega en los templos dulces acompañados de frutas como ofrenda de buen augurio, o simplemente como comestibles de uso particular en eventos y ceremonias familiares y como consumo tras realizar *puja*, un rezo frente a las figuras de diversas deidades hindúes.

Cuando llegó al mostrador dijo que venía a recoger una caja de dulces a nombre Pratap Singh. El hombre echó una mirada a la gente que circulaba por el mercado antes de entregarle una caja bien envuelta en papel de aluminio para regalo.

Paró la motocicleta en un lugar cercano al mar, apartado del tráfico. Fue andando a una zona rocosa. Quitó el envoltorio y abrió la caja.

Se quedó contemplando la Glock. Sabía que estaba personalizada según el ancho de su mano. No era una pieza fabricada en serie. Después de utilizarla, cuando hubiese acabado su misión, debía deshacerse de ella, como otras tantas pistolas que había arrojado al mar a lo largo de años pasados.

Lo importante de cada misión era el control de los acontecimientos. Se le daba bien matar, y era eso lo que iba a hacer. Desde hacía años se había dedicado a matar a un terrorista tras otro, y eso iba a seguir haciendo. Los recuerdos personales de su pasado le resultaban demasiado dolorosos. Por eso era consciente de que los subidones de adrenalina funcionaban como un analgésico para saciar su inabarcable sed de venganza. De momento no había encontrado mejor medicina.

Conducía esquivando el tráfico cuando sintió que en su bolsillo el teléfono móvil vibraba.

Dio al botón de manos libres.

La cara de David Ribas se tensó.

Era Manjit, el propietario del colegio.

—*Pranamji*—respondió a la llamada con un saludo hindú de respeto.

—David, estoy preocupado. Tres hombres vinieron esta mañana y echaron a los trabajadores. Les han amenazado. Si vuelven al colegio les romperán las piernas.

David aparcó en el borde de la acera. Se quitó los auriculares. Se llevó el aparato al oído con expresión implacable. Miró al cielo y bajó la mirada lleno de rabia. No había sido buena idea dejar a esas dos personas solas para terminar el tejado.

—¿Dónde están?

—Se han ido y me han dicho que lo sienten, pero que no volverán. Tienen familia.

—No, no los carpinteros. Los tres hombres.

—Aquí, enfrente —dijo mirando por la ventana—. Están fumando y bebiendo té. Montando guardia para que nadie se acerque al colegio. Hasta a los críos les han echado del parque y les han prohibido jugar al críquet.

El defender la vida de Manjit era tan importante como eliminar al terrorista más peligroso del momento.

No tenía elección. Sabía que Manjit no podía llamar a la policía. Lo más posible es que aquellos matones habían sido contratados por la propia policía. ¿Acaso podía arriesgarse a no hacer nada? Lo arriesgaría, todo.

—Estate tranquilo. No salgas. Voy para allá.

Aparcó la motocicleta en una calle paralela. Sameer salió de detrás de un matorral y se aproximó corriendo. Hizo un gesto de angustia. Tenía un moratón en un ojo. Con nerviosismo y aspavientos le explicó que le había pegado uno de los tres hombres que estaba frente al colegio.

—¿Cómo va vestido? —le preguntó David con rápidos movimientos de las manos.

Levantando las manos a los labios, al pecho y agitándolas al aire, le dijo que llevaba una camisa de manga corta a cuadros de color rojo y blanco.

David le advirtió que no se acercara y que permaneciera escondido.

Dobló la esquina y se encaminó hacia el colegio. Allí los vio.

En el camino de acceso aguardaban tres hombres.

La confirmación de sus sospechas le provocó un hormigueo nervioso en la espina dorsal. Uno de ellos tenía un bulto en un costado, un arma.

Respiró hondo. Soltó el aire entre los dientes apretados. «Vamos allá», se dijo así mismo.

Cuando vieron que un desconocido se acercaba hacia ellos, con los brazos cruzados y el ceño fruncido se pusieron en semicírculo, bloqueándole el paso.

—Me han informado de que estáis aquí para crear problemas y debo deciros que esto es lo último que quiero. —Su tono era cordial.

— ¿Dónde te crees que vas? —preguntó uno de ellos. Llevaba camisa de manga corta a

cuadros rojos y blancos

—Tengo entendido que no queréis que ningún niño juegue al críquet en el parque.

—Hay una orden municipal —dijo otro—. Este lugar debe desalojarse.

—Ya, y vosotros sois la autoridad.

El que parecía que era el jefe de los tres, con camisa de cuadros rojos y blancos, frunció los labios.

—Eso a ti no te importa. Lárgate de aquí.

—Sí que me importa, porque trabajo ahí —dijo señalando el colegio. Manjit salía por la puerta.

—Ahí está el viejo —dijo uno.

David levantó el brazo llamando la atención a Manjit para que se quedase quieto en la distancia.

—Para ser sincero, yo no quiero pelearme con vosotros.

Los tres se giraron hacia él.

— ¿Tú? —dijo el jefe clavando la vista en el español—. Será mejor que te marches o lo lamentarás.

David dio un paso hacia delante.

—Mirad, no tenéis la situación dominada. No sabéis quién soy. Me superáis en número y aun así podéis ver como tengo la osadía de retaros. No estoy cometiendo un error porque sé lo que hago.

Los tres movieron la cabeza al mirarse unos a otros.

—Arbaaz, ¿has oído a este imbécil? —dijo uno al jefe.

David se percató de su intención: sacar la pistola que llevaba escondida debajo de la camisa. La vida ajena tenía muy poco valor para esa gente

—Os doy una última oportunidad —advirtió David levantando el brazo ligeramente como método de defensa y ataque apunto de realizar.

Arbaaz sacó la pistola y la alzó, pero David le agarró con absoluta rapidez la muñeca, la giró y torció el codo. La pistola cayó de sus manos.

Sorprendido por lo que había sucedido, uno de ellos alzó el brazo con un directo de derecha, pero David se agachó aproximándose hacia su contrincante, levantó el codo bruscamente y lo lanzó contra él rompiéndole la nariz. Cayó de espaldas al suelo. Uno menos.

El segundo hombre levantó una pierna para meterle una patada alta, pero David le agarró del tobillo, levantó la pierna y le golpeó con su pie en el escroto tan fuerte que se oyó un siseo al dejar escapar el aire entre los dientes antes de que cayera al suelo de rodillas.

Arbaaz, recompuesto por la escena, estaba dando un impulso para atacarle con un puñetazo. David se giró. Agarró el brazo y, utilizando la propia inercia de Arbaaz en su contra, tiró de él al tiempo que le golpeaba en la espinilla, tirándolo al suelo.

Los tres habían quedado tumbados en el suelo sujetando cada uno de ellos diversas partes del cuerpo y respirando entrecortadamente.

David recogió la pistola y la desmontó: cargador, armazón, muelle recuperador, cañón, corredera..., todo fue a parar al suelo.

Se acuclilló frente a Arbaaz.

—No vais a volver aquí jamás o acabaréis bajo tierra.

No hubo respuesta. David chasqueó los dedos frente al rostro de Arbaaz.

— ¿Me oyes?

—Sí —contestó mirándole fijamente, tratando de parecer implacable.

—Volverán otros —dijo uno de ellos.

David levantó las manos.

—Recibirán el mismo trato. Más vale que les alertéis.

Se levantaron por su cuenta a duras penas y se fueron, más sorprendidos que lastimados.

Manjit se aproximó nervioso.

—No van a parar. Vendrás más.

—Eso estará por ver. Tengo asuntos muy urgentes que atender. Tan pronto como pueda volveré a terminar el tejado. Estará listo para cuando se reanuden las clases.

Manjit puso una mano sobre el hombro del español: un gesto afable.

—Quizá sea mejor mudarnos. Hassena *madame* podrá ubicarnos en otra zona.

—Puede que haya gente por encima de esos tipos. Pero esas personas a las que puedan recurrir no alcanzan un nivel que pueda preocuparme. Descuida, todo se solucionará. Han recibido su escarmiento. Estate atento y si ves a cualquier otra persona extraña merodeando por aquí, me llamas.

Cuando volvía al lugar donde había aparcado su motocicleta Sameer, le esperaba.

El niño estaba extasiado y no dejaba de sonreír.

—*Menuda paliza* —le dijo moviendo los dedos en el aire.

—*Esto no ha ocurrido.*

—*¡Cómo que no!* —Se rio e hizo gestos al aire de lucha contra un adversario invisible—. *Eres mejor que Salman Khan o AamirKhan en las películas.*

David no pudo sino sonreír ante la comicidad del pequeño. Le pasó la mano por el liso pelo negro.

—*Me refiero a que no vayas diciendo a tus amigos lo que ha pasado, ¿me entiendes?*—

David hablaba mientras movía su mano derecha, cerrándola y abriéndola arriba y abajo, doblando y estirando los dedos hacia el aire, su boca y su oreja.

—*Tu lenguaje de símbolos cada vez es mejor. Yo te entiendo* —. Sameer se tocó el corazón y se llevó los dedos a los labios, gesto que denotaba que no diría nada.

David se sentó en la moto y la arrancó. Mirándole a la cara para que leyese sus labios mientras realizaba los signos del lenguaje con una mano, dijo:

—*Eres un buen chico, Sameer. Pero no creas que te vas a librar de las clases. Tan pronto termine el tejado y empiece el nuevo curso, te quiero ver en el colegio estudiando.*

—*Te lo prometo si me enseñas artes marciales.*

David se rio.

—*Alguna cosa te enseñaré. Prometido.*

El centro de la ciudad era un caos. Las aglomeraciones de manifestantes enardecidos, contra la celebración del G-7 ocasionaban problemas cada vez más graves para la circulación.

A David le llevó más tiempo del habitual llegar cerca del lugar del encuentro con los americanos. Una estrella decadente del rock británico había llegado a la India tras convocar por las redes sociales una marcha por las calles de Bombay con el lema «Las personas y el planeta por encima de las multinacionales».

Sin embargo, el equipo de protocolo de la organización estaba satisfecho en cuanto a la seguridad. Los efectivos eran los más modernos. Drones y helicópteros con el equipo necesario para captar imágenes sobrevolaban continuamente la zona. Además, donde se celebraría el congreso no solo era un emplazamiento suntuoso para sorprender a mandatarios extranjeros, sino que era un lugar aislado: el cordón de seguridad estaba formado por kilómetros de cadenas a modo de vallas, y cada metro había un policía, y cada veinticinco, un coche patrulla. El lugar donde se reunirían los mandatarios del G-7 era inmune ante cualquier ataque terrorista.

David tuvo que aparcar lejos su motocicleta y abrirse camino entre aquella cohorte antipobreza, brigada antiglobalización y antídoto, exhibiendo pancartas en las que predominaban lemas como «Viva la revolución verde» o «Por un futuro más próspero, más verde, más rico, menos pobre».

La cafetería donde le habían citado era un lugar donde se combinaban la baja visibilidad y la alta categoría. Con sus toques tradicionales de arquitectura y arte indio, ofrecía belleza y discreción. Servían comida gourmet, y los refrescos, como la bollería *delicatesen*, estaban a precios astronómicos en comparación con lo que se podía pagar en un establecimiento de menor caché.

Pero este era el propósito del negocio, el tener una clientela selecta, que se sintiera cómoda en un aire de exclusividad que solo se podían permitir unos pocos. Dos guardias de seguridad a la entrada se encargaban de que los mugrientos, vendedores ambulantes y agitadores anticapitalistas no se atreviesen a entrar.

David Ribas dio una vuelta por los alrededores. Tomó nota de las salidas y entradas, del sentido de tráfico y de la presencia de cámaras. Bombay representaba para él un territorio nativo, pero para los visitantes americanos sería un lugar incómodo y ciertamente desconocido.

Cruzó la calle, atento en busca de cualquiera que pudiera estar vigilándolo. No vio a nadie sospechoso.

Un portero le abrió la puerta. Entró. Un guardia de seguridad con aire aburrido estaba postrado detrás de un mostrador. Le miró con indiferencia.

David Ribas no se alteraba nunca. Había aprendido a dominar sus emociones. No es que no se mostrara nunca nervioso, sino que no lo experimentaba. La imperturbabilidad y la frialdad se habían convertido en sus cualidades para afrontar cualquier tipo de situación.

No vio a nadie que activara sus radares de peligro. Pero notó que dos extranjeros situados en una mesa del fondo habían alzado la vista.

Enseguida se fijó en los dos hombres que le observaban. Aquella mañana había muchos clientes: unas atractivas chicas miraban páginas con anuncios de matrimonios de conveniencia; un

grupo de jóvenes con lo último de telefonía hablaban en voz alta sobre aplicaciones móviles mientras consumían refrescos; un señor mayor leía un libro; también había un grupo numeroso de colegiales de una institución privada, varios extranjeros con su guía indio y unos jóvenes de familia adinerada vestidos como si salieran de una revista de moda, conversando entre ellos.

Pero dado que tenían en mente cierta descripción de hombre español, por su aspecto bronceado y desaliñado, con barba y pelo largo rizado y canoso, los americanos no lo reconocieron y continuaron observando la calle a través del amplio ventanal.

David fue a sentarse en una mesa apartada, frente a ellos.

Los estudió.

Cuando al cabo de varios minutos se cercioró de que no había peligro, se levantó y se acercó a la mesa que ocupaban.

—¿Charlie? ¿Bob? —preguntó. Eran los nombres de pila que le había facilitado Hassena.

Uno de los hombres le hizo un gesto para que se sentara.

Intuyó, observando de soslayo varios pequeños indicios, que eran exmilitares. Quizá de los Navy Seal o una empresa privada de mercenarios. No llevaban relojes ni nada vinculado con su pasado militar. Iban peinados con un aire despreocupado, con una imagen moderna, con el pelo no demasiado corto. Demostraban sentirse seguros de sí mismos.

Uno tenía el aspecto de ser menos letal que su compañero. Pero en el otro, por sus ojos y movimiento corporal, David reconoció a un hombre que se había cobrado vidas ajenas a corta distancia y que estaba dispuesto a volver a hacerlo.

David se giró y en voz alta pidió un café sin leche ni azúcar.

Charlie, el más grande, se complació en ver que David observaba la puerta cada vez que un cliente salía y entraba. Sabía que en un profesional era un acto reflejo, como el respirar, para tener controlada a la gente alrededor de él.

—Me molesta la sensación de que me sigan —le dijo el español.

Ambos hombres se miraron.

—Yo también me lo tomaría de forma personal —dijo Bob, con un tono tan impávido como su mirada.

—Si os parece, vamos al motivo de nuestra reunión.

El más corpulento titubeó unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—¿Te suena el nombre de Nabil Abderrahman?

—No, no me suena, ¿debería?

—Pues sí, fuiste tú quien se cargó a su padre.

El español miró atónito a ambos, con los brazos cruzados por delante del pecho.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Qasim al-Abadi—respondió Charlie.

A David Ribas le vino a la mente el recuerdo del temido terrorista islamista.

—Te felicito por haber impedido miles de muertes —le dijo Qasim David tras conseguir que descarrilara el tren en que el terrorista transportaba bidones con sustancias peligrosas con las que planeaba hacer explotar la estación principal de Bombay, donde pretendía causar una verdadera masacre—. No sé de dónde eres ni de qué país provienes, pero ten por seguro que, aunque hayas ganado esta batalla, nuestra guerra no está perdida. Vendrán más después de mí.

—Los estaré esperando.

Qasim soltó una carcajada y acto seguido apretó la boca, como reteniendo una ira

descontrolada.

—Eres un infiel necio, ignorante, estúpido.

—¿Has acabado?

—No, aún no.

Qasim quitó con sorprendente rapidez el seguro del explosivo que sostenía en la mano e hizo amago de lanzárselo al grito de ¡AlahAkbar!, la conocida y gastada exclamación de *Dios es grande*.

—Y yo también soy grande —dijo David un instante antes de pegarle un tiro en la cabeza.

La granada cayó al suelo al mismo tiempo que el cuerpo de Qasim.

David saltó hacia el otro lado de la vía, donde los vagones descarrillados le protegieron de la deflagración, levantando piedras y más polvo.

Se incorporó y dio la vuelta a los vagones. El cuerpo del terrorista estaba destrozado.

—¿Queréis decir que el atentado contra el consulado de España iba dirigido a mí? —preguntó David.

—Sí —dijo Charlie.

—Tenemos información de que Nabil Abderrahman está importando uranio altamente enriquecido de países como Serbia, Rumania y Uzbekistán —comenzó a explicar Bob—. Hace poco trasladó siete kilos de uranio altamente enriquecido de la República Checa a Rusia.

—Blanquea dinero, vende explosivos plásticos, llevaba a cabo asesinatos y ejerce de espía para el Estado Islámico —dijo Charlie—. Pero su afán es emular a su padre. Conseguir realizar ese atentado con productos químicos letales que su progenitor no pudo culminar por tu culpa. Sabemos que a mayor escala pretende ataques de armas de destrucción masiva contra intereses norteamericanos en la India, como en colegios privados, consulados y en la embajada en Nueva Delhi.

—¿Qué hay del gobierno indio? ¿La CIA les ha informado?

Charlie miró a Bob antes de contestar.

—El gobierno indio no lo ha hecho saber a los medios de comunicación para que no trascienda el hecho de que aún persiste el riesgo de un posible atentado terrorista con armas químicas. También para no molestar a los partidos musulmanes, generadores de alianza y votos al partido central.

—No sabemos quién hizo explotar el vehículo con explosivos contra el consulado de España, pero sí conocemos a ciencia cierta que Nabil lo ordenó.

—¿Cómo sabía que iba a estar yo en el consulado?

—Posiblemente te habrían estado siguiendo —contestó Bob—. Si hubieras estado aquí mismo, hubieran reventado esta cafetería empotrando contra la puerta aquella motocicleta cargada de explosivos.

Charlie se inclinó sobre la mesa.

—No podemos compartir información confidencial con la inteligencia india porque hay grandes posibilidades de que se filtre a Nabil. Hasta ahí llega su influencia. Es como la fiabilidad que tenemos de los servicios internacionales de información pakistaníes, conocidos como ISI, en su lucha contra el terrorismo islámico, que es verdaderamente nula.

—Ya desde antes del 11-S los islamistas radicales del ejército pakistaní se infiltraron en las filas en los servicios de inteligencia —añadió Bob—. En la India es un caso distinto, debido a su idiosincrasia. Como el asesino judío de Issac Rabin, ¿no fue un hindú quien mató a Mahatma

Gandhi? Los indios tienen el enemigo dentro, como un quiste debajo de la piel.

—Sí, deberían hacer algo más que poner orden en el país —comentó David con apatía.

—Pensamos que Nabil vendrá a la India durante los días de la cumbre del G-7 —dijo Charlie.

Hubo un silencio entre ellos.

—¿Entonces? —preguntó Bob a David esperando la confirmación por su parte.

—Lo eliminaré —contestó muy seguro de sí mismo.

—Si queremos volver contactar contigo para informarte de la llegada de Nabil... —comenzó a decir Charlie.

—El mismo procedimiento —le interrumpió David—. Tenéis un número y de esa centralita ya me lo harán saber.

—Eres precavido, ¿eh? —comentó con sorna Charlie.

—Así he ido sobreviviendo y no voy a cambiar ahora mis normas.

Tercera Parte
Verdades o Mentiras

19

Estaba sentado en un sofá al lado de la cama donde yacía Laura García. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo fijamente, pensando en la traición que le había infligido su mentor y amigo Julián Fernández.

La realidad de saber que el Cervantes había ordenado su muerte lo había decepcionado: nunca pudo pensar que la organización de Inteligencia pudiese caer tan bajo. A pesar de ello intentaba dominar sus emociones y suprimir aquellas que afloraban a la superficie, produciéndole rabia y ganas de vengarse.

La preocupación e inquietud giró rápidamente de Nabil Abderrahman a Julián Fernández. «¿Cómo ha podido tomar esa decisión?». «¿Qué presiones habrá recibido para estar de acuerdo en matarme? Ha caído tan bajo que ya demuestra una falta de empatía absoluta». Ya habría tiempo de saldar cuentas con Julián, ahora tenía que concentrarse en un hombre. Se reuniría con Hassena y planearían de qué modo aproximarse a Nabil.

Laura abrió los ojos y lanzó un leve gemido. Observó a David, que permanecía sentado en el sofá frente a ella. Le recibió con una sonrisa, un gesto forzado que demostraba hasta qué punto la habían afectado los últimos acontecimientos. Antes de pronunciar palabra, se le quebró la voz debido a las emociones embargadas. Se vio obligada a aclararse la garganta.

—¿Dónde estamos?

—En la habitación de una clínica privada.

Los ojos de Laura se clavaron en los suyos.

—¿Se sabe quién fue el autor del atentado?

—Un joven ultra fanático y que no tenía muchas ganas de vivir. Como suele ocurrir, era de origen humilde, educado en un internado de formación extremista. Una madrassa intolerante y estricta. Por eso solo conocen los preceptos coránicos, nada más, de ahí que no puedan acceder a ninguna oportunidad de empleo...

Mientras él le contaba lo sucedido, ella se iba poniendo cada vez más tensa, hasta dejar ver la tirantez de los músculos de su cuello.

—El cuento de nunca acabar. Acabó siendo carnaza fácil. ¿Quién lo ha reivindicado?

—El Estado Islámico. Una célula creada y financiada por un hombre llamado Nabil Abderrahman.

—Me suena. ¿No es un millonario y filántropo marroquí?

—El mismo. Pero esa imagen le sirve de pantalla. En la sombra dirige una célula terrorista del Estado Islámico.

—Y luego dicen los llamados expertos analistas de inteligencia que ya se ha extinguido. Lo único que piden a Alá es morir como *shahids*, como mártires, llevándose a unos cuantos occidentales por delante.

—Después del atentado se han sucedido por las calles de Bombay altercados entre hindúes y musulmanes, pero las fuerzas de seguridad han controlado la situación. Sobre todo, por la mala imagen exterior que podría dar la ciudad en plena organización de la cumbre del G-7. En la India conviven ambas religiones hasta que la chispa salta y estallan luchas encarnizadas. Todo tiene su origen en la división de la India tras la independencia. Nehru apostaba por una India de mayoría

hindú mientras que Jinnah abogaba por un Pakistán exclusivamente musulmán. Los refugiados a oleadas comenzaron a moverse de un lugar al otro, y estallaron las matanzas.

Hubo un silencio entre ambos

—Quienes hacen explotar bombas no están regresando a la esencia del islam —añadió Laura—. Sus líderes distorsionan lo escrito en el Corán. Deforman pasajes enteros para que puedan justificar su odio.

—Escriben un guión propio.

—La esencia del islam no aboga por el asesinato en masa. En su búsqueda de querer regresar a las doctrinas esenciales del islam, ellos buscan argumentos que justifique el terrorismo, cogen con pinzas lo que quieren y lo sacan de contexto.

—Y encima han matado a más hermanos musulmanes que a judíos o cristianos.

—Quienes asesinen a inocentes están destinados a ir al infierno. Eso de convertirse en *shahid* es el mayor lavado de cerebro que están infligiendo a jóvenes musulmanes. Pero si hasta Mahoma se negaba a bendecir la sangre de un suicida que por agonía de una enfermedad se hubiera quitado la vida...

—Es un hecho constatado que los imanes en las madrasas de la India están inculcando a jóvenes en wahabismo, el credo más intolerante y peligroso dentro del islam. Y ¿sabes por qué? —preguntó David.

—Porque reciben donaciones de Arabia Saudí.

—Un buen número de jóvenes indios están sufriendo un adoctrinamiento que los llevará directamente al fanatismo. El máximo culpable hoy en día es la célula de Nabil Abderrahman.

—Debe de arder entre las llamas del infierno por toda la eternidad.

Tras un silencio, David preguntó:

—Dime, ¿por qué Julián tomó la decisión de matarme?

Ella lanzó un profundo suspiro.

—Por lo visto conforme han ido pasando los años te has convertido en verdugo y terrorista.

—Querrás decir en un enemigo del mismo estado al que he estado protegiendo y sirviendo.

—David...

—Prácticamente David Ribas no existe, habrá pensado Julián; voy a dar la orden de matar a una persona cuya propia existencia ya es ilegal, así pues, qué más da, ¿verdad?

—Las bases de datos de agencias extranjeras de inteligencia te han detectado, han identificado patrones de actividad que se han ido atribuyendo a sola una persona. En sus omnipotentes servidores figura tu nombre. Esas misiones que has ido cumpliendo en el pasado han tenido un denominador común. Puede ser que hayas sido fotografiado en alguna ocasión, en algún aeropuerto, que hayas dejado tus huellas. Es cierto que no existes oficialmente, pero el Cervantes ha recibido presión por agencias aliadas para que se te elimine de la circulación porque no quieren a un asesino profesional español rondando por el mundo, estableciendo los dictados de si debe o no morir un terrorista.

David, enfurecido, se aproximó a la cama. Ella se le quedó mirando fijamente.

—Si no os gustan las reglas, cambiad de juego —dijo rechinándole los dientes con el índice alzado, apuntando hacia abajo.

El teléfono móvil de David sonó en el interior de su bolsillo antes de que pudiera seguir hablando.

Era Hassena. Se apartó, fue junto a la ventana. Le comunicaba que uno de los americanos había llamado a la centralita y dejado un mensaje. Quería darle un fichero sobre Nabil

Abderrahman. Le estaría esperando en una hora en la esquina de Sonawala Croos Road, número 2. Una vez más la jefa del crimen organizado le advirtió que fuese precavido.

—Es hora de irse —dijo a Laura tras colgar y guardarse el móvil en el bolsillo—. Volveré a verte en otra ocasión. Descansa.

—Y tú intenta cuidarte.

David sacó la pistola que llevaba guardada a la espalda y le guiñó el ojo.

—¿No lo intento siempre?

20

Aparcó la moto en una calle paralela. El hecho de querer verlo de nuevo en tan poco tiempo le había encendido la alarma. No habría ningún fichero, desde luego. Quizá alguna otra información confidencial acerca de Nabil Abderrahman que no pudieron compartir en la concurrida cafetería. Pero tal vez incluso pudiera ser una trampa.

Se acercó al vecino puesto de té y pidió uno. Mientras se lo bebía a pequeños sorbos, escudriñaba a todas las personas que merodeaban por el lugar, así como los vehículos que circulaban. No percibió nada sospechoso.

Pensó que los extranjeros llegarían unos minutos tarde, o quizá le estuvieran observando. Alzó la vista, desde las ventanas de un edificio de negocios podían estar vigilándole.

Decidió caminar hasta la bocacalle. Era un lugar estrecho. Desde allí observaría a todas las personas caminando por la calle Sonawala Croos Road, y aproximándose al número 2, que no era más que la sucursal de un banco.

Vio a un indio con la camiseta apretada, mostrando sus enormes músculos, bebiendo té. Era el típico adicto al gimnasio en la India, inflado de esteroides. Después de dar el último sorbo, aplastó el vaso con una mano y lo lanzó a la papelera. Al devolverle la mirada a David echó a andar a paso vivo hacia él.

—Hola. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Te llamas David? —le preguntó con un marcado acento hindi del Rajastán, al tiempo que esbozaba una media sonrisa.

—Esas son muchas preguntas. ¿Por qué no empiezas tú a decirme quién te envía a buscarme?

El rugido del motor de un camión junto al sonido de unos bocinazos de un autorickshaw amortiguaron el ruido que pudiese producir un tercer hombre por detrás. Le sujetó los brazos a David por la espalda, mientras el musculoso le golpeó en pleno estómago. En el momento de doblarse, se giró, consiguiendo soltarse. Al mismo tiempo lanzó un duro golpe al musculoso con el canto de la mano, rompiéndole la nariz; el grandullón cayó de espaldas con las manos ahuecadas en su estragado rostro. Apartó al hombre que tenía detrás, levantó la pierna e impactó con fuerza en sus genitales, y el hombre se quedó sin aliento durante un instante. Detrás de él, el musculoso sacó una pistola. David fue más rápido y, sin dudarle, le metió una bala en la cabeza.

—No me mates —suplicó el otro.

David le golpeó un derechazo, dejándole inconsciente.

21

Las auxiliares de vuelo distribuyeron galletas y cacahuets entre los pasajeros. Abdel Metalsi pidió una copa de champán. No siempre podía aprovechar que viajaba solo y que nadie sabía quién era; viajaba con identidad falsa. Ya habría tiempo de pedir penitencias. De sobra sabía las costumbres contrarias al islam de su líder, aunque su comportamiento se viera justificado para pasar desapercibido en Occidente.

Dio un sorbo. No le gustó. Sabía horrible. Dejó la copa en la bandeja. Se agachó un momento para extraer de su maletín una serie de fotografías de treinta por cuarenta centímetros tomadas por satélite. Cualquiera que las viese no dudaría en pensar que era una zona llena de chabolas posiblemente habitadas por migrantes trabajadores. Las observó un instante y las volvió a guardar.

El avión de Alitalia aterrizó a la hora prevista en el Aeropuerto Internacional Indira Gandhi, situado a 16 km del centro de la ciudad de Delhi.

Cuando hubo pasado los controles sin problema alguno, atravesó la terminal y desapareció entre el enjambre de un grupo ruidoso de viajeros italianos que salían en grupo.

Fuera, a las ocho de la mañana, el aire ya se notaba pegajoso y denso. El calor seco de la capital llegaría a ser insoportable a lo largo del día.

«Maldito clima», refunfuñó entre dientes mientras se ponía las gafas de sol.

Le fue a recoger una furgoneta blanca Force Traveller sin ventanas en los laterales.

Desde el exterior cualquiera podía pensar que estaba destinada para el uso de transporte de mercancías.

Se dirigieron al norte de la ciudad. Excepto por el tradicional saludo musulmán ninguno de los dos habló durante el trayecto.

Llegaron a un arrabal limítrofe con el estado vecino de Uttar Pradesh. Una bruma tóxica flotaba en el aire. El camino estaba sin asfaltar, lleno de grava, cubierta de barro y trillada por los neumáticos de camiones que tiraban desechos en las inmediaciones.

Las viviendas estaban hechas con cartones, ladrillos y chapas metálicas, y en ellas habitaban miles de personas: fealdad y miseria absolutas.

La gente quemaba a poca distancia plásticos y enseres desechables. En aquel lugar la falta de adecuadas condiciones de salubridad hacía permanente el fantasma de todo tipo de enfermedades, como el cólera.

Observando el exterior desde su asiento, Abdel sentía su corazón bombeando sangre a un ritmo enloquecedor. Su cabeza calva permitía ver una vena que palpitaba.

El conductor se giró hacia atrás, esperando una orden. Tenía el pliegue del cuello de la camiseta empapado de sudor, formando un cerco oscuro. Miró a Abdel con gesto inexpresivo y este asintió; entonces, el conductor aparcó en un terreno de gravilla y apagó el motor.

Abdel abrió una bolsa de plástico y sacó dos trajes para la manipulación de materiales peligrosos, propuestos de sistemas de respiración autónomos. El conductor se fue hacia la parte trasera y ambos se pusieron encima de sus ropas los trajes plateados.

Ambos miraron por las ventanas el exterior. Dentro del vehículo no había aire acondicionado y el calor estaba comenzando a resultar insoportable. Fuera, el polvoriento aire agitaba los saris y la ropa lavada que colgaban de alambres y cuerdas. A pocos metros había construcciones

destartaladas, algunas a medio construir. Pero el impactante paisaje lo formaban las cientos de chabolas salpicadas por multitud de boñigas de vaca y excrementos de otros animales, como perros y peludos cerdos salvajes. Un grupo de monos merodeaba por entre montículos de basura.

Sin mirarle, sin girar la cabeza ni un ápice, la voz de Abdel resultó monocorde y fría.

—Adelante, abre la puerta.

El conductor tiró con determinación la portezuela corrediza y ambos salieron al exterior.

Era un día caluroso, el hedor del humo de turba y miseria de aquella población alejada de la metrópoli flotaba en el aire. Sin embargo, ambas personas estaban protegidas por sus mascarillas.

Unas esqueléticas vacas los observaron con absoluta indiferencia. Una niña de ojos risueños de apenas diez años de edad se quedó inmóvil, mirándoles directamente. Estaba muy delgada y sucia, con el cabello desgredado y ropa hecha jirones. El conductor sintió que le perforaba con la mirada, como si le acusara de lo que pronto iría a suceder.

Abdel sonrió a su acompañante a través del cristal que cubría su rostro. La sangre le latía en los oídos y el oxígeno le corría limpio por la garganta gracias al moderno sistema de protección. Aquella desordenada, deprimente, olvidada y alejada muchedumbre era el objetivo perfecto.

Enseguida niños y demás jóvenes se congregaron alrededor entusiasmados por el aspecto de aquellos dos pintorescos visitantes. Varios perros alargaron el hocico oliendo algo que presentían que no depararía nada bueno. Unos niños pequeños corrían desnudos de un lugar a otro. Un lisiado cojo se aproximó para observarles de cerca, pero su mirada cambió de dirección hacia la tierra desdentada, como si estuviera leyendo la triste historia de las vidas de sus habitantes. Una anciana encorvada pasó por delante de ellos dando voces en idioma guyaratí. Las moscas zumbaban. Mientras, otro grupo de adultos, delgados en extremo, les observaban con unos ojos anormalmente grandes que destilaban un brillo acuoso.

Abdel abrió con sumo cuidado una pequeña caja con tapa azul de muestras de laboratorio, y sacó una ampolla. Su respiración se iba haciendo más lenta, como si ya le costara respirar. Alargó el brazo y lanzó a unos metros de distancia la ampolla, que se rompió al impactar contra el suelo.

La vida continuó. Había gritos y lloros de los más pequeños increpados por sus madres. Los ruidos no cesaban. La gente se reía del aspecto de aquellos dos extraños y de lo que habían lanzado lejos de ellos. Los perros continuaron olfateaban al aire y alejándose de la gente ladraban desde la lejanía.

Un grupo de adolescentes comenzaron a insultarles. Uno de ellos les lanzó una piedra entre carcajadas.

Abdel observaba su entorno mientras los segundos pasaban con lentitud angustiosa. Sentía los profundos latidos de su corazón y el tañido de sus pulsos en sus oídos. El conductor le miró y Abdel le hizo un movimiento con la mano guardando la calma.

Entonces, ambos hombres quedaron fascinados por lo que presenciaron. Antes de que nadie pudiese gritar, ya iba cayendo al suelo todo ser vivo. Muchos metros más allá los habitantes de la barriada iban cayendo con convulsiones. Los perros corrieron, pero ya habían sido infectados. No había forma de escapar. Hubo un silencio sepulcral. Hubo quien viendo la reacción en otras personas echó a correr pero pronto cayó desvanecido.

La gente caía con los ojos como platos y la boca abierta con un sentido grito inaudible de dolor o terror, o de ambas cosas.

Al cabo de una hora por todas partes se percibía un olor cada vez más fuerte a carne putrefacta.

Abdel y el conductor anduvieron por las chabolas, entre muros de adobe con techumbres de

plástico y paneles metálicos. No se oyó a gente llorando o gritando pidiendo auxilio o llamando a sus seres queridos.

El espectáculo era atroz, y el resultado, siempre el mismo. No había ningún sonido, sino el lejano de un avión en el cielo, o el que producían las gruesas botas de los dos hombres contra el suelo polvoriento. Ni siquiera se oía el zumbido de las moscas porque ya habían dejado de existir en la periferia.

Al cabo de una hora absolutamente todos los habitantes habían sucumbido a aquella potente arma biológica, tan minúscula y de apariencia inofensiva.

Al volver al vehículo el conductor a través de su traje protector tragó con dificultad, parpadeó y volvió a mirar lo que tenían delante. La masa enmarañada tirada en el suelo era lo que quedaba de la niña de ojos risueños.

Al salir a mucha velocidad del perímetro de radiación, el conductor frenó en seco la furgoneta, abrió la puerta prácticamente saltando a tierra, cayó de rodillas y vomitó. Abdel se acercó por detrás, levantó una pistola y le disparó en la cabeza.

Sobre la mesa había fotografías de Nabil Abderrahman y Abdel Metalsi.

—Todo un personaje. El entramado de Nabil Abderrahman está felizmente consagrado incluso con el contrabando de droga —le dijo Hassena—. En Irán, Afganistán y Pakistán cultivan amapolas. Luego se trasladan a laboratorios, donde es refinada y se extrae la esencia de morfina. La tercera fase sería el transporte clandestino a Occidente.

—Donde la heroína se convierte en muerte.

Hassena asintió con la cabeza.

—En su afán por adoctrinar a jóvenes en el extremismo más fanático, un imán puede deplorar todo lo occidental, pero no internet y los teléfonos móviles, condenadamente útiles. Pandilla de cínicos. El paraíso del que sueñan estos trastornados mentales no existe. Lo irreal no disuade a los fanáticos. ¿Ves? Son como niños. Si un imán les dice que existe el mago de Oz, son capaces hasta de caminar cogidos del brazo y cantar *Over the rainbow*. —Guardó silencio un instante y le observó muy seriamente—. He averiguado una información ciertamente esclarecedora.

David arrugó el entrecejo. El español sabía que ella siempre podía ir por delante de cualquier investigación por parte del gobierno indio. Tenía tentáculos en todas las esferas sociales. Cómo lo hacía y cuál era su forma de controlar dicha red era su secreto mejor guardado.

—¿Y?

—El dinero que mueven es a través de gente que ni siquiera saben quién es el verdadero contratante en origen —dijo asintiendo, dando énfasis a sus palabras—. Hemos interrogado al que te intentó matar. Desconoce quién es Nabil Abderrahman y ni siquiera ha oído hablar de Abdel Metalsi. Al contratar a gente en la India utilizan el mismo método de mover dinero negro, el mismo patrón de siempre.

—Ya, como el de cambios de divisas, uso de apartados de correos, agencias de viaje fraudulentas, abogados y notarios en despachos diminutos moviendo dinero difícil de rastrear, falsos centros de llamadas...

—Pero hay algo más —le interrumpió.

Hassena se levantó e hizo un gesto para que le siguiera. Pasaron un largo pasillo, bajaron una escalera, salieron al exterior ante la atenta vigilancia de hombres armados, entraron en la parte trasera de un almacén, bajaron otras escaleras y entraron en una amplia habitación. En medio, colgaba de las muñecas el hombre que dejó inconsciente.

Hassena hizo un gesto a la persona que había llevado a cabo el interrogatorio. Este levantó la cabeza del sicario.

—Repite lo que me has dicho. —Endureció el tono de voz para convertirlo en una orden—. ¿Quién te envió a matar a esta persona? —le preguntó señalando a David Ribas.

—Un extranjero.

—¿Cómo se llama?

—Charlie.

—Tratar de dañar mis intereses es una impudencia —le dijo Hassena mirándole con desdén—. Las personas inteligentes ni lo piensan.

—Juro que no sabía que era uno de sus hombres, Hassena *madame*. Perdóneme. No lo sabía.

Ella hizo un movimiento explícito de cabeza hacia el interrogador. En ese instante otro empleado de Hassena entró corriendo y le dijo algo al oído.

En el interior del despacho de Hassena vieron las noticias *Breaking News* en la televisión. El presentador con un tono incitando al alarmismo hablaba sobre la propagación de un virus mortal que se había cobrado la vida de cientos de personas a las afueras de Nueva Delhi. Médicos y especialistas estaban realizando estudios y autopsias de los fallecidos para determinar el verdadero origen de la desconocida enfermedad que había causado aquella tragedia.

En otro televisor de pantalla plana el ministro de sanidad comparecía ante los medios llamando a la calma y recomendaba que los ciudadanos evitasen ser víctimas de las *fake news* que circulaban por las redes sociales alimentando teorías conspiranoicas. Argumentaba que aquella barriada había sido diezmada debido a alguna infección causada por el agua.

Sin embargo, hubo avezados periodistas que le preguntaron por la posibilidad de la teoría del terrorismo, la dispersión de patógenos biológicos y químicos dentro de las chabolas. El político serio, argumentando que nadie querría hacer daño intencionado a aquellas miserables personas cuyas vidas ya de por sí eran trágicas. Además, aducía que ningún grupo terrorista había hecho pública su autoría.

—Espero que esto no tenga relación con Nabil Abderrahman—dijo Hassena a David.

—Por lo pronto voy a ver qué me cuenta Charlie.

—Sí, vete encajando las piezas del rompecabezas. Las situaciones graves requieren medidas extremas.

—Desde luego.

La luz del sol comenzó a ensombrecerse por momentos y luego un tono grisáceo, debido a la contaminación, tiñó el cielo. El día se había deslizado hacia la noche quedando las luces artificiales de encendidos de las calles y edificios, como puntas de alfiler en el negro océano de Bombay.

Era ya avanzada la madrugada cuando en la calle de abajo del bloque de apartamentos Gopali, en el exclusivo suburbio de Bandra, se oyó la llegada de un taxi.

El calor era ya más llevadero, a diferencia de lo que ocurría durante las horas diurnas. La brisa que soplaba desde el mar Árabe se había intensificado y agitaba las cortinas de los balcones, ventilando las habitaciones interiores.

Desde los pisos superiores se pudo oír el vehículo parado en ralentí, con el motor emitiendo el característico ruido de los taxis de Bombay, durante el tiempo que tardó el pasajero en discutir y fijar el precio del trayecto con el conductor. Siendo un turista extranjero, el conductor no había hecho uso del taxímetro para de ese modo cobrarle en destino un precio más elevado.

Un avión sobrevoló la zona. Unos perros ladraban en la lejanía. La puerta metálica de la entrada del edificio chirrió como si alguien estuviera accediendo a un castillo medieval. El somnoliento guardia de seguridad le saludó con un buenas noches que se hizo eco entre el bloque oscuro de edificios.

Se oyó una profunda maldición con acento americano. El ascensor no funcionaba. Tenía que subir a la octava planta por las escaleras. El crujido de pisadas sobre las losas de cemento se iba oyendo cada vez más conforme alcanzaba cada planta.

Las pisadas concluyeron con el ruido de un juego de llaves; los goznes chirriaron, abrió, entró y cerró la puerta tras él, en el mismo instante en que dio al interruptor. Agachó la mirada y vio que estaba pisando un plástico que cubría el suelo. Cuando alzó la vista, su expresión se tornó a terror.

—Pero qué...

—Chsss—le indicó David Ribas con el dedo en los labios. Estaba sentado sobre un sofá, apuntándole con una pistola con silenciador.

—Yo...

David le disparó en una pierna y Charlie cayó de rodillas sobre la lona. Soltó un extraño gemido sujetándose la extremidad.

—Alza la voz y te meto una bala en la cabeza. Dime lo que quiero saber y te llamo a una ambulancia antes de marcharme.

—No sé de qué estás hablando.

David alzó el arma y le disparó en la otra pierna. Charlie no pudo dejar escapar un sonido gutural de dolor. Arrodillado sobre el plástico, la sangre pronto comenzó a ensuciar la superficie.

—Miente y volveré a dispararte. ¿Te contrató Nabil Abderrahman?

—Te juro que yo a él no lo conozco —dijo. Le rechinaban los dientes—. He estado en contacto con un hombre que es su ayudante.

—¿Cómo se llama?

—Abdel Metalsi.

—¿Está aquí en la India?

—Él es el que ha soltado esta mañana esa bomba en Delhi.

—¿Quieres decir que ha usado un arma biológica? ¿Y por qué motivo querría matar a todos esos desgraciados, habitantes de chabolas?

—Ha sido una prueba. Ha querido ver cómo funcionaba. Han estado trabajando en agentes biológicos letales. La segunda y única muestra de laboratorio la tiene Nabil consigo.

—¿Qué agentes biológicos? ¿Ántrax, coronavirus, peste neumónica, criptococosis, fiebre hemorrágica argentina, cloruro de cesio...? Hay para elegir.

—No tengo la menor idea.

—Mientes —replicó con frialdad.

—Te lo juro. Por favor, llama a una ambulancia.

—¿Qué más?

—Ya te lo he dicho, maldita sea. El único que tiene en sus manos otra muestra de esta arma es Nabil. Dispone de un dispositivo portátil, tubo de ensayo o difusor de dispersión de patógenos biológicos y químicos.

—Un arma biológica, y ha hecho una prueba en esa barriada de chabolas... —murmuró David.

—Si se utiliza en un centro urbano, nadie que se encuentre dentro de un radio de acción de la dispersión sobreviviría.

—Un escenario verdaderamente terrorífico.

—Quiere hacerlo en el centro de Bombay. Pero...

—¿Pero?

—Pídeme una ambulancia.

David se levantó, se aproximó y le disparó en un hombro. Charlie cayó al suelo de espaldas.

—¿Pero? —volvió a preguntar.

—Tú mataste al padre de Nabil y él ha jurado degollarte frente a una cámara y difundir el vídeo en las redes sociales.

—Ese era el motivo de tenderme una trampa, de secuestrarme.

—Sí, lo siento.

—¿Y qué tiene que ver querer vengarla muerte de su padre con el atentado que planea aquí en Bombay?

—Que quiere verte a ti antes muerto.

—¿Dónde puedo encontrar a Abdel Metalsi?

—Te lo diré si llamas a una ambulancia. Solo si...

David apuntó hacia abajo y le disparó sobre el otro hombro.

—Aquí las condiciones las pongo yo. No me hagas preguntártelo por segunda vez.

—Hay un almacén de chatarra en el suburbio de Mulund, al noroeste de Bombay. Justo detrás del templo a Hanuman.

David se aproximó, alargó el brazo y le disparó a la cabeza.

Se giró e hizo un gesto con el brazo. De entre la penumbra del apartamento surgieron tres personas. En silencio comenzaron a envolver el cuerpo con el plástico.

David cogió un móvil sobre el mueble de centro.

—¿Lo has oído bien claro? —preguntó a través del aparato.

—Sí —contestó Bob.

—Hazle saber a tu jefe que vuestra organización necesita una purga; tenéis infiltrados.

—Siento lo sucedido, David. De verdad que yo...

Colgó el teléfono antes de que pudiera seguir hablando y se lo guardó en el bolsillo. Mientras

dos hombres sacaban a hombros a Charlie, el tercero con un trozo de tela y un espray limpiaba el apartamento de toda huella que hubieran podido dejar.

Las luces de Bombay, la capital financiera de la India y meca del cine de Bollywood, parpadeaban más allá del paseo marítimo de Marine Drive.

Tras salir de la ciudad conduciendo su motocicleta, se adentró en la zona industrial abandonada al noroeste en dirección a Thane.

El polígono tenía un aire a estudios de cine de los años sesenta. Había edificios achaparrados esparcidos como platós de rodaje.

Hacía muchos años se habían construido inmensos escenarios exteriores para grandes producciones históricas como la aclamada *Mughal-e-Azam*. Conforme se expandió la industria del cine indio producido en Bombay, aquellos inmensos platós acabarían abandonados para ser sustituidos por otro tipo de construcciones en otros estudios, como en el llamado Filmcity de Goregaon, un conglomerado de instalaciones construidas en los años setenta por el gobierno indio para promover la industria el cine.

David caminaba por un terreno lleno de plantas silvestres con un fusil de asalto M4 colgando de los hombros por una ancha correa, lista para ser utilizada.

Una rata cruzó a escasos metros. Se detuvo en alerta ante cualquier sonido que pudiera indicar la presencia de personas en el interior del edificio abandonado. El exterior tenía un aspecto destartalado. Las ventanas estaban cubiertas de contrachapado y de planchas de hojalata.

Después de un instante, continuó. El lugar era un auténtico laberinto. El ambiente estaba impregnado de olor a grasa, combustible y aceite. Oyó un sonido como unas máquinas funcionando, quizá generadores, pensó. Subió unas escaleras de dos en dos escalones, a toda prisa. Desde arriba se percató de que aquel ruido era producido por máquinas de coser. Se agachó en un rincón oscuro y se quedó observando.

Lo que vio confirmó sus peores temores: unas cincuenta personas entre hombres y mujeres, confeccionaban banderas negras del ISIS, llenando la atmósfera de animación y zumbidos. Apretó la mandíbula hasta que notó que le palpitaba.

Al cabo de un tiempo un hombre gritó en urdu que dejaran de trabajar y volviesen al día siguiente por la mañana temprano. Conforme se iban, pasaban por delante de aquel hombre y este les daba a cada uno billetes de quinientas rupias. El silencio tenía un precio.

Durante la siguiente hora David no realizó el menor movimiento y permaneció tan inactivo como un santo hindú en trance de meditación. Tenía la espalda de la camisa pegada a la piel debido al calor.

Tras pasar el tiempo y observar que todos se habían marchado de la nave industrial, salió de la oscuridad para bajar a la penumbra.

Un vigilante montaba guardia, caminando despacio de un lugar a otro.

Tan silencioso se acercó David que el hombre no fue consciente de su presencia hasta que lo tuvo encima. Aferró con su musculoso antebrazo el cuello del hombre, alzándolo. Apretó con fuerza al tiempo que pataleaba frenéticamente, hasta que lo dejó inerte en el suelo.

En un lateral había cajas de madera apiladas. Con una palanca abrió con un chasquido la caja más cercana. Movié las hojas de periódico que envolvían el interior y se quedó mirando fijamente el brillante conjunto de fusiles de asalto. No había números de serie, eran armas esterilizadas,

técnicamente no existían.

El aire nocturno pareció filtrarse a través de los poros de David con un aire fresco que le erizó el vello. Abrió otra caja. Contenía banderas negras.

Dos hombres se aproximaron corriendo por un lateral, David se volvió a tiempo y le metió una bala a uno en la frente y al otro en el pecho.

El hombre que había visto dando órdenes a los trabajadores y repartiendo dinero se acercó levantando los brazos.

—No voy armado, David Ribas.

David salvó el espacio que los separaba, dirigió su puño cerrado contra el estómago del hombre.

—Ni hace falta, Abdel Metalsi.

Dos hombres corrieron a su encuentro disparando sus pistolas. Abdel aprovechó ese instante para salir huyendo del lugar. Eran hombres musculados sobrecargados de adrenalina. David se tiró al suelo al tiempo que apretaba el gatillo de su fusil. Al primero le alcanzaron las balas en el esternón, y al segundo, en la cara.

Se giró buscando a Abdel Metalsi. Lo vio corriendo como una exhalación fuera del recinto. Tomando un vehículo, partió como una exhalación.

Tenía que actuar con apremio. De los bolsillos sacó un explosivo plástico. Colocó uno sobre las cajas de armamento, luego depositó otros tantos en distintos lugares de la edificación.

Salió corriendo y, cuando estuvo en el adyacente descampado, apretó el detonador. De repente, sobrevino un tremendo fogonazo luminoso seguido de ruido y de una ráfaga de aire abrasador.

Era ya entrada la madrugada cuando David Ribas paseaba cerca del río Mithi. La zona era un lugar lleno de matorrales esparcidos en las orillas. Decían que no solo habitaban serpientes, sino que en alguna ocasión habían avistado cocodrilos.

Era un lugar aislado. Se respiraba un olor maloliente, a helechos de muerte. Los ruidosos cuervos, los monos, los insectos seguían enmudecidos a aquella hora intempestiva de la noche.

El río Mithi describía una curva en semicírculo, como si fuera una verruga gigante implantada en la cara de Bombay.

Justo en la orilla se podía ver la carcasa de un desvencijado autobús medio hundido en el fango. A unos doscientos metros al suroeste, en el extremo de la curva, se podía ver las chabolas de una barriada, y desde donde se encontraba David se escuchaba el rumor del tráfico de la periferia de Bombay, invisible salvo por las luces de los vehículos que, semejantes a espadas de luz, penetraban en la oscuridad que reinaba sobre las aguas del río.

Los vecinos habitantes del suburbio de chabolas cercano, aparte de que se respiraba un olor maloliente, no se aproximaban de noche por miedo a ser devorados por leopardos que bajaban a beber agua y buscar víctimas. Pero era un lugar donde David Ribas se llenaba de energía.

Consciente era del peligro que conllevaba su presencia en aquel insalubre lugar, pero era esa la sensación que buscaba: experimentar una sensación fuerte, como un adicto a la adrenalina. Pero aún más, abrir la olla a presión emocional acumulada.

Cuando la vegetación de la orilla del río se volvió demasiado intrincada para continuar andando, se paró en seco. A sus pies la tierra emanaba calor. Alzó la mirada. Por encima de los árboles intentó ver la luna, pero la luminosidad blanca que derramaba la ciudad de Bombay junto con la contaminación del aire impedía ver incluso las estrellas.

Desde la oscuridad oyó el sonido de un animal pesado a escasos metros. David ralentizó la respiración, miró hacia los lados y escuchó. Levantó su fusil. Sintió moverse algo entre los arbustos más cercanos. El animal que fuese se había marchado. Pero algo se movía muy despacio en el suelo. Bajó la mirada: la negrura era profunda e impenetrable. Posiblemente era una serpiente. Espero a que se marchara y se sentó sobre la hierba húmeda.

Con los ojos abiertos se tendió boca arriba, fue estudiando y rememorando todo lo acontecido hasta ahora. «Ten cuidado», recordó las palabras de advertencia de Gurú. « Hazte uno con el arma. Respira hondo».

Se levantó dio unos pasos al frente, se ajustó la Glock al cinto, sacó el detonador del bolsillo y lo lanzó lejos a la oscuridad del río. Luego se quitó el fusil que llevaba colgando y lo lanzó con fuerza a las profundas aguas.

«Concéntrate —se amonestó—. Relaja tu cuerpo, respira de manera regular. Controla las emociones. Tengo derecho a sobrevivir, pero sin angustia y sin miedo. Debo mantener mis emociones a raya, que no contaminen mis recuerdos y no enturbien mis juicios». En voz alta dijo: «¡Soy un superviviente!». Levantó la cara hacia el cielo sin luna y gritó con todas sus fuerzas un alarido desgarrando la oscuridad.

En breve, tras amanecer, la cacofonía de los animales salvajes se reanudaría.

Pocas horas después de la explosión ya habían sido identificados varios cuerpos de las personas encontradas en el edificio abandonado.

Se supo que, aunque procedían de familias de inmigrantes indios, eran británicos de nacimiento. No superaban los treinta años.

El departamento de Investigación y Análisis, la agencia de inteligencia extranjera de la India, descubrió además que los tres componentes de la célula terrorista habían viajado a Pakistán y permanecido allí dos meses y medio.

En el mismísimo Reino Unido les habían lavado el cerebro, inculcándoles los postulados del fanatismo extremo. En las narices de las autoridades inglesas habían sido instruidos por fanáticos predicadores.

En un recóndito lugar del Cervantes, había una sofisticada sala que controlaba absolutamente todo el tráfico clandestino de señales que pudieran emitir los servicios de inteligencia extranjeros.

Lo sabían todo de todos. Julián Fernández se quedó pensando la barbaridad de información que tenía en su poder. Podría incluso utilizar esa información secreta para chantajear a países extranjeros o doblegar a cualquier potencia mundial si se lo propusiese.

Aquellas señales estaban encriptadas; pasaban por una serie de algoritmos heurísticos, programas de software, descifradores de esteganografía y procesadores con cientos de terabytes de datos encriptados tras los cuales los programadores podían averiguar lo que sucedía en los servicios de inteligencia de todo el mundo.

Varun Grover entró en el despacho de Goyo Lebreo y le informó que había escuchado a Abdel Metalsi, ayudante de Nabil Abderrahman, dando órdenes a un grupo de criminales a sueldo ucranianos para secuestrar a David Ribas.

—¿Cómo?

—Es un grupo de una empresa privada paramilitar que opera en todo el mundo.

—Es decir, mercenarios.

—Algo así.

—Pero ¿estos son los que tienen el contrato para matar a David?

—No. Son contratistas ucranianos, habituales del hampa y el crimen organizado en Latinoamérica y en Asia. Han operado recientemente en Venezuela sacando oro del país para trasladarlo a Turquía. Por lo visto, Abdel Metalsi ha contratado sus servicios.

—Si sabes qué empresa es, habrás seguido sus movimientos. ¿Dónde están?

—Aterrizaron ayer en Bombay.

—¿Ayer?

—Nuestros operadores han tardado en dar con esta comunicación y luego la hemos tenido que someter a un programa determinado; estaba encriptada—dijo con tono de disculpa.

—Ahora resulta que cuanto más queremos que siga vivo, todos se proponen acabar con él.

A Goyo Lebreo no le satisfacía ver como el final de David Ribas no se había materializado y, en cambio, había dado todo un vuelco inesperado. Su agresivo empeño en ver a David muerto le corría por debajo de la piel. Consideraba que era una situación inaudita para el Cervantes que de haber estado decidida su muerte se pretendiera ahora que fuese un héroe eliminando a un terrorista y previniendo atentados. Personalmente le parecía inconcebible que Julián Fernández hubiera cambiado de parecer tan rápido, convirtiendo a David Ribas de nuevo en su niño mimado. Pero eran órdenes y había que cumplirlas. Aún más era consciente de que acabar con Nabil Abderrahman era primordial e inmediato, mucho más que pensar en eliminar a David Ribas.

En el despacho de Julián Fernández flotaba una inconfundible tensión.

Julián permanecía sentado muy quieto; su mirada se había vuelto reflexiva. Meditaba sobre cómo resarcirse de la equivocación que había cometido al dar luz verde a la muerte de David Ribas. «¡Cómo he sido capaz de tal cosa!» Acusaba al miedo, a la presión y a la angustia que se cernían sobre él debido a su trabajo. Acabó concluyendo que había permanecido bastantes años

operando en la sombra. «Son muchos años en este mundo secreto, invisible para los civiles». Jamás había considerado abandonar su profesión, pero momentos como este lograban que se lo cuestionara.

Su estado meditabundo fue interrumpido por la súbita entrada de Goyo Lebreo y Varun Grover.

Julián suspiró al verlos.

—Vamos, decidme algo que no sepa.

—Van a secuestrar a David Ribas.

—Eso sí que es una noticia y quién diablos ha dado la orden, porque yo, no.

—Julián, no somos nosotros—se adelantó a decir Varun—. Hemos interceptado una comunicación en ucraniano.

Julián se levantó de un salto, masculló un exabrupto.

—Pues tenemos que impedirlo.

—No podemos permitirnos mandar un equipo operativo, así como así —dijo Goyo.

Varun dio un respingo. Gracias a David Ribas él había sido reclutado en el Cervantes. Además, si no fuera por él, en una ocasión hubiese acabado asesinado por los sicarios de la Mukhabarat, los servicios de inteligencia en Siria. Preguntó indignado:

—Y ¿por qué no?

—Porque su vida no cesa de dejarnos en ridículo.

Julián se rio por lo bajini.

—Pero, vamos a ver, tan rápido como fui hace unos días dando mi autorización para matar a David Ribas, puedo cambiar de opinión y protegerle.

—Pero, Julián, que siga vivo conduce inevitablemente a graves consecuencias. Sugiero que lo dejemos estar y él siga con su propósito de eliminar a Nabil Abderrahman. Quizá ese grupo de mercenarios tarden tiempo en dar con él.

Julián sentía como la ira le burbujeaba en la cabeza. Irguió la cabeza y una expresión acerada asomó en su mirada.

—Si no lo encuentran y lo matan enseguida, Goyo —dijo Julián en tensión—. El lamentable episodio que hemos causado con David Ribas es hora de relegarlo al cubo de la basura de la historia. Esta es una oportunidad de resarcirnos de nuestra metedura de pata. Ahora nos interesa que esté más vivo que muerto.

—De acuerdo, vamos a aparcarnos nuestras diferencias con respecto al futuro de David y vamos a concentrarnos en nuestro objetivo prioritario, que es eliminar de la faz de la tierra a Nabil Abderrahman. Para ello necesitamos que David siga con su predisposición de acabar con él. Pero ¿cómo vamos a prevenirlo o protegerlo en Bombay? ¿Mandamos al operativo Alfa y al resto del equipo?

Julián le dedicó una media sonrisa.

—No, tenemos que informar ahora mismo a Hassena. —Dirigiéndose a Varun, le preguntó—: ¿Qué sabes de ese grupo de mercenarios?

David se despertó sobresaltado, sacudido por una sensación de pérdida. Estaba tumbado en medio de un revoltijo de sábanas húmedas.

Después de deshacerse de sus armas en el río Mithi, estaba muy cansado y era ya muy entrada la madrugada para hacer todo el camino de vuelta en moto hasta su residencia. Por eso había tomado la decisión de pasar la noche en un cochambroso hotel de las afueras de Bombay. Se registró utilizando un carnet de identidad falso y pagó con antelación mediante una tarjeta de crédito vinculada a una cuenta bancaria que no podía rastrearse: el dinero llegaba desde otra cuenta, que pertenecía a una sociedad pantalla.

El aire de la habitación resultaba opresivo. Del adyacente cuarto de baño entraba un olor a humedad, a desinfectante barato sobre suelo sucio. Lavabo, ducha e inodoro estilo indio, para vaciar el intestino en cuclillas. Ideal para pasar desapercibido.

La probabilidad de que los terroristas poseyeran armas biológicas había dado un giro muy importante a la trama. Hassena había puesto a toda la ciudad bajo vigilancia. Tenían en el punto de mira a todos los posibles contactos locales de Nabil Abderrahman.

Miró hacia el techo. Las aspas del ventilador se movían a su máxima potencia. Por un instante le envolvió una sensación de angustia. «Todos negarán conocerte», recordó que le había dicho Julián Fernández. «Falleciste junto con tu mujer en el atentado terrorista contra el hotel Taj Mahal Palace. Hemos ido a tu entierro en Madrid. Así consta en las actas y ficheros oficiales. Si en un futuro apareces por España reivindicando tu pasada identidad, serás considerado un impostor. Tienes que ser consciente de que no existes, tu propia existencia es ilegal».

Bajo las aspas del ventilador de techo, sumiéndose más en sus pensamientos, se daba cuenta de que en la vida solo tenía a dos personas que le motivaban a continuar su lucha diaria, uno era Gurú, y la otra, Hassena. Pero ¿hasta cuándo estarían pendientes de él? La vida de ambas personas también estaba en constante peligro. Si Hassena fuese asesinada por sus enemigos, su vida en Bombay se desmoronaría.

Hasta entonces había considerado a Julián como a un padre. Nunca podía haber pensado que llegaría el día en que le traicionara, que lo quisiera ver muerto.

David se había granjeado muchos enemigos a lo largo de los años. Quien pretendía asesinarlo podía ser cualquiera, desde sicarios rusos o gánsteres indios rivales de Hassena, hasta vengativos terroristas, pero nunca podía haber imaginado que Julián Fernández tomara esa decisión.

De un salto, se levantó de la cama y se sentó en el suelo a meditar con las piernas cruzadas, la espalda recta y las manos descansando sobre las rodillas. Cerró los ojos. Se concentró en su respiración. Se relajó para sentir los músculos. Al instante consiguió un estado en el que cuerpo y mente se encontraban alineados. La sensación era como si estuviera flotando en la atmósfera. Solo respiración.

Después de permanecer varios minutos en trance, parpadeó varias veces para aclimatar los ojos, se levantó y entró en el baño. Permaneció un tiempo bajo de la ducha.

Con la toalla alrededor de la cintura se acercó al espejo, inspeccionando su reflejo, mirándose como si fuera la primera vez.

Su móvil sonó. Era un número desconocido. Contestó.

Una respiración nerviosa, unos sonidos guturales. Lloros.

David notó que su mano apretaba el móvil con fuerza.

—Sameer. Sé que eres tú.

Más lloros.

David se apartó el móvil de la boca, soltó un bufido, volvió a acercárselo a los labios.

—Mantén la calma, Sameer. Escúchame. Nos vemos en el parque, en la entrada norte. Tú me esperas allí, que yo ahora salgo.

David se tocó la frente. «¡Pero qué hago, si es sordomudo!».

El chico no dejaba de llorar al teléfono.

David colgó la llamada. Sameer era despierto y sabría que el punto de encuentro era el colegio de Manjit.

Salió corriendo del hotel y se adentró en el tráfico de la mañana.

Tardó tres horas en llegar. Aparcó junto al bordillo y fue corriendo al colegio. Sameer fue a su encuentro. Tenía la camiseta empapada de sudor y pegada al cuerpo. Le abrazó con tanta fuerza que David tuvo que asirle de los brazos y empujarle para que le explicase lo sucedido.

Al cabo de una hora David detrás del volante de un taxi aparcaba en el lado opuesto de una pequeña comisaría de policía situada en un antiguo bungalow de estilo victoriano.

Había poco movimiento y el personal sería más bien escaso. Quizá por este motivo se habían dedicado a recibir sobornos de grandes constructoras. No daba para mucho el sueldo mensual y el patrullar a diario las calles buscando adrede la más mínima infracción para poner multas que no eran registradas y cuyos pagos se metían en el bolsillo. Tenían que buscar un bocado mayor.

Moviendo sus manos de arriba abajo le dijo a Sameer, sentado en la parte trasera, que mantuviera los ojos abiertos.

Agazapados en el interior del taxi, estuvieron escudriñando periódicamente la calle.

Pasó un autorickshaw con dos turistas de pasajeros, vestidos con sandalias y largo kurta de algodón. A simple vista, los típicos turistas extranjeros con ropa cómoda ante las inclemencias del tiempo. Una chica señalaba al conductor algún punto en un mapa y este asentía señalando hacia delante.

Pasaron luego un camión y una ruidosa motocicleta. Aun así, los alrededores de la comisaría no eran muy transitados.

—*Si escuchas disparos, te quedas aquí*—. Le dijo al niño mediante señas.

Sameer le contestó que sí.

—*Si yo no he salido en media hora, entonces vas a Hassena madame a pedirle ayuda, ¿de acuerdo?* —dijo moviendo los dedos al aire. Luego ajustó el silenciador a la Glock.

Sameer le volvió a contestar que sí.

De repente, un jeep Maruti Gypsy se aproximó por la calle y paró frente a la comisaria. Arbaaz se bajó del asiento del conductor. Los acompañantes con los que estuvo en el parque salieron del interior del vehículo. Los tres llevaban uniforme. «Malditos sean», se dijo así mismo David, rechinando los dientes.

—*Pase lo que pase ahí dentro, te quedas quieto dentro del coche. No se te ocurra salir.*

—*No quiero que te pase nada.*

—*A mí no me va a pasar nada* —dijo David sonriendo.

—*Ellos son más.*

—*El número no es lo importante. Ellos no tienen ni idea de lo que se les viene encima.*

Decidió cruzar y dirigirse como un torrente a la entrada del edificio. El aire en la calle ya se notaba pegajoso y denso.

Un autobús renqueante y cochambroso pasó de largo.

David notó el latido de su corazón como el tictac de un reloj de pared. Estaba decidido a acabar con esta situación de una vez para siempre. La ansiedad le secaba la garganta.

Aunque las palmeras de alrededor proporcionaban sombra, los edificios de Bombay impedían que la brisa procedente de la costa aliviara a los habitantes.

Subió los peldaños de la entrada. Se deslizó por las escaleras principales sin cruzarse con nadie. Una vez dentro, se quedó quieto estudiando la disposición de habitaciones y pasillos. Sabía que el edificio solo se componía de una sola planta: la principal y la planta de arriba, donde estaría el comisario.

Teniendo en cuenta la superioridad numérica, David había elegido una pistola con silenciador.

Uno de los compañeros de Arbaaz salió de una puerta lateral sujetando una taza de té. Vio a David de pie, quieto como un palo. Hizo un gesto de desprecio indicándole « ¿qué haces?»

—¡Eh! Mirad quién ha venido a hacernos una visita —dijo dirigiéndose hacia el interior de la habitación por donde había salido.

David se llevó la mano a la espalda. Dos rápidas inspiraciones profundas para oxigenar la sangre. Sacó la pistola Glock con silenciador, adoptando automáticamente la postura isósceles moderna, también llamada dinámica: brazos extendidos y sujetando el arma con ambas manos. Después espiró despacio al tiempo que apuntaba con precisión.

Al hombre solo le dio tiempo de soltar la taza: antes de que cayese al suelo con el líquido marrón caliente recibió un tiro en la cabeza.

Aún sin percatarse de lo que acababa de suceder, Arbaaz inclinó la silla donde estaba sentado leyendo unos papeles, dispuesto a recriminar a su subordinado por haber dejado caer al suelo el té, cuando vio a David Ribas en la puerta levantando la pistola.

—Creo recordar que os hice una advertencia —dijo el español.

El interior no era más que una habitación espartana decorada con muebles de segunda mano y fotografías descoloridas de políticos sonrientes. La pintura verde oliva de las sucias paredes estaba desconchada y a nadie parecía importarle.

Las condiciones habían mejorado desde la independencia de la India, pero en sus corredores parecía resonar aún el eco de los gritos de sus fantasmas. Años pudieran pasar y aun así las dependencias seguirían igual de sucias y cochambrosas.

David adoptó la postura Weaver. Vio que había dos personas. Dos objetivos. Tenía que economizar la munición por los que vinieran después. Así pues, no se iba a permitir errar un disparo. Angostó su cuerpo, colocando el pie en el lado de tiro hacia atrás y girando el lado de apoyo hacia el primer objetivo. Extendió el brazo, con el codo doblado del otro brazo como soporte, algo que permite al tirador emplear un agarre de empuje, un disparo muy estable.

—No —consiguió articular Arbaaz. El proyectil salió del cañón y penetró en su cabeza. La bala con revestimiento metálico produjo una onda expansiva dentro del cerebro y lo vació por la parte posterior del cráneo, y el cuerpo cayó hacia atrás con la silla. En el suelo, sangre y masa encefálica.

El segundo objetivo amagó con sacar su pistola, pero estaba tan nervioso que las manos le temblaban visiblemente. La pistola se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo. Se puso de rodillas. La efusión de sangre y otros restos del cuerpo de Arbaaz hizo que se pusiera a gañir de la forma en que los perros callejeros indios lo hacían al ser espantados a base de palos o piedras. Cuando

agarró la pistola le dio la impresión de que pesaba diez kilos. Se levantó, pero seguía tan tembloroso que no conseguía mantener el brazo extendido. Apretó el gatillo. Estaba encasquillada.

—Un penoso mantenimiento. Gran error —dijo David, entre dientes.

Levantó su arma con el silenciador acoplado y le disparó a la cabeza, yendo a parar la sangre a la verde pared oliva.

Subió por las escaleras a la primera planta. Se podía escuchar en alto volumen la retransmisión de un partido de críquet.

Entró en una habitación. Dos policías estaban frente a un televisor de cincuenta pulgadas bebiendo té caliente, sin leche ni azúcar. Comentaban entre ellos la última jugada realizada, cuando uno se percató de la presencia de David sujetando la pistola.

Cada uno de ellos recibió un solo disparo mortal.

Se guardó la pistola a la espalda.

Cuando salió al pasillo el comisario le apuntaba con su revólver. El arma estaba demasiado alejada del cuerpo, una persona sin experiencia en combate.

David agarró el revólver del policía; retorciéndole la mano, ya supo que era suya. Al mismo tiempo que le arrebatava el arma, le disparó. Su cráneo partido en dos emitió un ruido sordo al chochar contra el suelo.

Un orondo policía hizo amago de salir corriendo escaleras abajo.

—Quietos —le advirtió David apuntándole—. Ven aquí.

—No me mates, por favor —imploró poniéndose de rodillas y levantando los brazos—. No he hecho nada. Si quieres dinero, te lo doy.

—¿Dónde está?

—En una caja fuerte. En el despacho del comisario —dijo evitando mirarle a los ojos y señalando con la cabeza al cuerpo tendido de su superior.

—No el dinero. Manjit.

—¿El viejo? Ahí —dijo señalando una puerta cerrada al fondo del pasillo.

El policía estaba tan obeso que David tuvo que agarrarle del brazo para ayudarlo a levantarse. Antes de ir al otro extremo del pasillo, David no se lo pensó dos veces.

—Antes saca todo el dinero.

Ambos entraron en el despacho del comisario. Una televisión plana estaba encendida. La moderna tecnología de su ordenador y el diseño de su mesa contrastaban con la fea decoración de la habitación. El ventilador producía un ruido inquietante a cada aspa que movía.

El policía sacó enormes fajos de billetes del interior de una caja fuerte situada debajo del escritorio de madera.

—Vaya. Una buena recolecta.

El policía sonrió amargamente.

—Yo nunca he recibido sobornos. Tengo dos hijas. No me mate—suplicó echándose a llorar.

—Termina de sacar el dinero —le ordenó. Estaba sorprendido de la cantidad.

—Sí, sí—dijo sacando más bloques de billetes atados con gomas de colores

—Mételo todo en aquella bolsa —dijo David señalando una bolsa de deporte.

El policía tiró todo el interior al suelo y metió los fajos de billetes.

—No cabe más —dijo desconsolado.

—Busca bolsas.

En el interior de un cajón encontró una bolsa de tela. Cuando consiguió meter el último fajo, la bolsa estaba a reventar.

—Ahora vas a abrir la celda —ordenó David poniéndose en bandolera la bolsa y agarrando la otra.

Rompió a llorar de camino al fondo del pasillo.

Sacó un manojo de llaves.

—Por favor, no me mate. Yo no le hice daño a este señor. Fueron el inspector y el señor Arbaaz. Ellos querían cobrar una comisión a las constructoras para edificar en el parque, donde está el colegio.

Abrió la puerta.

En el interior, el fluorescente del techo estaba protegido por un armazón de alambre para repeler el lanzamiento de objetos. La luz era tenue pero suficiente.

Al fondo una figura se levantaba del húmedo suelo.

—Vámonos, Manjit-ji—le dijo David, utilizando el sufijo para denotar respeto.

Tenía varios cortes en la cara. El ojo derecho, amoratado; la ceja, hinchada. De un profundo corte en la frente le había salido sangre, ahora negra y coagulada.

—David —dijo, dándole un abrazo.

El español sintió su delicado cuerpo, su falta de fuerza física, su debilidad manifiesta.

—Dios mío, ¡pero qué han hecho contigo!

El policía se echó de rodillas al suelo en medio de la celda.

—Juro que yo no lo toqué. Yo no sabía nada. No oí nada.

David se acercó y le dio un golpe en la nuca con la culata de su pistola.

Con Manjit apoyado del brazo, se encaminaron hacia la salida.

Cuando estuvieron en el exterior tuvieron que fruncir el ceño, debido al cambio de la penumbra del interior con el sol. Nada más verlos, Sameer, frente al volante, arrancó y se situó con el coche en ralentí en medio de la calzada. Salieron rápidamente de la comisaria con la cabeza gacha debido al fuerte sol que castiga sin complacencia y entraron en el vehículo.

—Ni lo pienses, conduzco yo —le ordenó David realizando un gesto con el brazo, haciéndole sentarse en el asiento del copiloto.

Sameer se giró hacia el asiento trasero y observó con preocupación el estado físico que presentaba el director del colegio; este le puso la mano sobre el hombro y con un ademán de cabeza y signos con los dedos, le indicó que estaba bien.

Más tarde, de vuelta en su habitación, en la ducha, David sentía dolores en un costado. Todavía no se había repuesto de la pelea con el gigante en el Akhara.

Inclinándose bajo el chorro de agua fría, apoyó las manos en los azulejos. Se frotó con la pastilla verde Dettol la cara, las manos y los brazos.

Tenía que ir a hacer una visita al masajista de Gurú; en aquel momento sus manos y ungüentos eran la mejor medicina para continuar con su misión.

Había dejado a Manjit al cuidado de un especialista en una clínica. Sameer estaría todo el tiempo con él.

Al salir, con la toalla alrededor de la cintura, se encontró de pie a Hassena y dos de sus guardaespaldas personales.

Ella les dijo que se fueran. Su rostro expresaba enfado. David era consciente de lo que se le venía encima.

—Pero ¿qué te crees que estás haciendo? —le recriminó. Su voz sonaba estridente, indignada. David no sabía dónde meterse. Fue abriendo cajones y sacando ropa limpia—. ¿Empezar una guerra con un tiroteo propio de pistoleros callejeros?

David alzó el pulgar, pidiendo tiempo. Se metió en el baño.

—Fue un error desde el principio la idea de ayudar a Manjit a construir el colegio —dijo Hassena alzando la voz para dejarse oír.

—Él se hubiera negado a recibir tu ayuda y el curso escolar hubiera comenzado sin tener un techo para protegerse de las lluvias del monzón —contestó desde el interior del baño— Al menos les saqué trescientas mil rupias que habían obtenido en sobornos y que van a parar a la compra de uniformes para los más pequeños, material escolar y las reformas en el colegio.

—Esto se nos ha ido de las manos.

David salió del baño cambiado.

—¿Se ha limpiado la comisaría?

Los ojos negros de Hassena le observaban fijamente.

—A esta hora el edificio que albergaba la comisaría está demolido. Los cuerpos los hemos hecho desaparecer. Va a salir en las noticias una nota de prensa sobre un escape de gas, para que nadie husmee en el desaguisado que has cometido.

—Bueno, pues ya está.

—No, no está. Esas personas recibían sobornos de empresarios influyentes con dinero puesto en inversiones. Mahatma Gandhi...

—Por favor —le interrumpió—, que menciones tú, una musulmana, a Gandhi me llena de optimismo para creer que las luchas entre religiones en este país se podrán evitar con sensatez.

—Guárdate el sarcasmo, español. Mahatma Gandhi convirtió la rueda en símbolo de la libertad de un pueblo...

—De la economía, Hassena, de la economía. Ahora eres tú quien interpreta los hechos a su conveniencia.

Hassena soltó un bufido y movió la cabeza de un lado a otro.

—Mahatma Gandhi convirtió la rueda en símbolo de un pueblo....

—La rueca como símbolo para coser su libertad económica —le volvió a interrumpir—. Hilar su propio algodón, vestir su propio sari y agarrar con las dos manos sus propias vidas, es decir, coser su libertad. Eso es lo que de verdad quería decir Gandhi.

Ella le señaló con el índice al aire.

—Llevas ya mucho tiempo conmigo para saber que en la India la verdad no solo es algo muypreciado, sino peligroso.

—No permitiré...

—Ojo. Cuidado con tus palabras, David —dijo alterada Hassena—. Soy yo la única persona que permite, o no, que se tomen decisiones. Que se construyan o no apartamentos en el terreno del colegio y en el parque no es decisión tuya. Perfectamente puedo construir un colegio con mejores instalaciones para Manjit en cualquier otra zona de Bombay, y un club de críquet para ese niño sordomudo y sus amigos. Si a mí no me conviene llevarme mal con esos empresarios, permitiré la construcción. Sin control, el poder no es nada. —Esperó unos segundos para que calase su última frase—. No voy a permitir que mis negocios se desmoronen si aquí cada cual actúa a su libre albedrío.

Hubo un silencio en la habitación. David miraba a través de la ventana. «Sin control, el poder no es nada», le retumbaba en los oídos. Se merecía la reprimenda, lo sabía, pero era consciente de que lo que había hecho era lo correcto, y ella también lo sabía.

—Desde luego, tanto tú como ese Manjit sois los dos muy cabezones, por eso os lleváis tan bien. —Notó que David se tocaba el costado—. He visto antes los moratones y las marcas en tu cuerpo. ¿Por qué no vas a un especialista?

—Tengo pensado ir a ver a Gurú a la Akhara—David sonrió—. Incluso en los lugares más oscuros hay posibilidades de que surja la luz.

—Sí, dímelo a mí. La compasión puede provenir de los lugares más inesperados. Bien, pero si no te pones mejor, tendrás que ir a un médico. —Dio un resoplido y alzó el índice al aire como advertencia—. Ante situaciones extremas no vuelvas a tomar decisiones a la ligera. Me lo dices y tomamos la mejor decisión conjunta para resolver el problema. ¿Lo has entendido?

—Sí, mamá —contestó cabeceando.

Ella meneó la cabeza y sonrió.

Cuando tuvo la carretera despejada condujo la moto a toda velocidad.

Los camiones gruñían y bramaban por las carreteras a la vez que emitían columnas de humo negro asfixiante. En ocasiones, fuera de las ciudades, en las carreteras de la India, el esqueleto de alguno de ellos se suele ver a los pies de la carretera. Transportaban una asombrosa cantidad de productos, muchas veces rebasando el límite de sus capacidades. Las carrocerías estaban cuidadosamente pintadas con escenas históricas y representaciones, gloriosamente mezcladas, del budismo, el cristianismo, el hinduismo, el sijismo y el islam. Del guardabarros colgaban lazos negros, para evitar el mal de ojo.

Fue encontrándose con tráfico en la carretera. Estaba entrando al norte de Bombay en hora punta. Por su experiencia fue cogiendo atajos. Fue girando con maestría y adentrándose por una serie de calles.

Antes de ir al Akhara iba a visitar a Laura García para saber de su recuperación.

Ya estaba llegando a la clínica privada cuando en un lateral de una calle poco transitable vio un autorickshaw volcado. Un indio que a simple vista debía de ser el conductor, estaba discutiendo airadamente con una joven de apariencia extranjera

Por lo que pudo percatarse enseguida, el conductor culpaba a su pasajera de haberle incitado a ir más rápido causando el vuelco del vehículo al tomar la curva.

La joven extranjera, de pelo rubio, liso y largo sujeto en coleta, vestía un top ajustado, una camisa de manga corta abierta, y una falda de colores florales estampados. En bandolera llevaba un gran bolso de tela.

Cuando el español aminoró la marcha y se acercó a la zona del incidente, la joven fingió sorpresa.

—Quizá pueda usted ayudarme y quitarme a este hombre de encima —dijo ella con un marcado acento inglés que daba a entender su origen británico.

David se quedó con los ojos fijos en aquella atractiva joven, sin percatarse de que un tercer hombre con brazos largos y musculosos se aproximaba por su espalda y le golpeaba en la cabeza.

Semiinconsciente notó el contacto del cañón de una pistola en un costado y oyó una voz que le recomendaba guardar silencio.

La joven se agachó y le inyectó un sedante. Se levantó e hizo un gesto alzando el brazo. Un coche Honda Civic de color blanco dio marcha atrás. Al aproximarse el conductor salió del vehículo y entre todos llevaron a rastras a David hasta introducirlo dentro del portaequipajes.

La joven cerró el maletero de golpe, dio instrucciones a los hombres y emprendieron la marcha a toda prisa.

Al cabo de cinco minutos el vehículo paraba en el interior de un parking de unos grandes almacenes.

De una furgoneta con los cristales tintados salió un hombre con una cajita en sus manos. El vehículo estaba oculto a la vista, ya que estaba aparcado deliberadamente entre dos columnas de hormigón, apartado incluso del resplandor de los fluorescentes cenitales.

La joven abrió el maletero del Honda Civic. El que había ejercido de conductor ataba con una cuerda de nilón las muñecas de David, y otro le clavaba de nuevo una jeringuilla sin más miramientos en algún lugar del brazo.

—No lo queremos muerto —dijo la mujer—. Al menos no de momento.

—Tranquila —contestó el hombre—. Es potente pero no tanto como para matarlo.

Lo volvieron a situar en posición de feto en el interior y cerraron el maletero.

Tras reanudar la marcha por la ciudad de Bombay, el estado de las carreteras empeoró y el terreno, con sus baches y gravilla, se hizo más accidentado.

El vehículo se detuvo en una carretera sin asfaltar en el extrarradio de la ciudad. El conductor salió al exterior, abrió el maletero y le puso una capucha de tela a David Ribas, que se mantenía profundamente sedado. Con ayuda de otra persona lo sacaron y se lo llevaron en volandas.

Cuarta Parte
La Redención de David Ribas

El suelo de baldosas blancas estaba sucio. En los laterales había muebles mal alineados, cochambrosos y viejos. La estancia estaba llena de moho y humedad, con cajas llenas de trastos en los rincones.

Se encontraba semiinconsciente cuando le despojaron de su ropa. Le dejaron en calzoncillos. Le cogieron por los brazos y piernas y lo tumbaron sobre un tablero. Lo ataron con cinturones de hebilla por la cintura, primero, y luego por las muñecas y los tobillos.

Sus recuerdos del viaje eran fragmentarios. Le había parecido escuchar a sus captores hablar en una lengua eslava, posiblemente el ruso o ucraniano.

Sobre su cabeza aún colgaba la bolsa negra. Un hombre se acercó y le clavó una aguja en el brazo derecho para despertarlo.

David Ribas se movió, tosió. Un hombre le quitó la bolsa de la cabeza. Parpadeó. Excepto por un punto de luz al fondo de la estancia, todo estaba sumido en la penumbra.

Pudo percatarse de que habría unas cuatro o cinco personas. Los nerviosos movimientos, el olor, la respiración los delataba.

Por su aspecto, David dedujo que eran exmilitares, todos ellos con músculos obtenidos mediante esteroides.

Intentó mover las muñecas, pero como los tobillos, las tenía atadas con anchas correas de cuero.

—No podrás soltarte —le dijo un hombre en inglés con fuerte acento ruso desde algún lugar oscuro de la estancia.

Sintió resentimiento e incluso un poco de miedo. ¿Se estaría haciendo mayor? ¿Cómo lo habían localizado? Mentalmente, barajó posibilidades. Le habrían estado siguiendo días anteriores, conociendo su rutina diaria.

Le habían fallado su proverbial capacidad de observación y su instinto, y se había dejado llevar por un carácter y una actitud en la que Gurú siempre había hecho hincapié como dos de sus mayores defectos a corregir.

Había sido un inteligente plan. Habían recogido pistas, interpretado patrones, vigilado, y esperado a que apareciese David Ribas.

Su visión no resultó tranquilizadora cuando observó que en un rincón había un carrito donde estaban expuestos toda variedad de relucientes instrumentos de acero inoxidable, diseñados para operar o infligir dolor.

Pasaron unos cinco minutos y el alcance de su visión periférica captó a una nueva persona entrando por la puerta semi abierta; la luz le dio en el rostro y tuvo que cerrar los ojos.

El hombre se acercó a su rostro con estudiado aire desdeñoso.

—Hola, David Ribas.

—Bienvenido, ponte cómodo —le respondió el español con una sarcástica sonrisa. No pretendía ser gracioso pero un impulso incontrolable le empujaba a hacerlo. La última vez que lo vio echó a correr, escapando en coche de la fábrica.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

—¿Debiera, Abdel Metalsi?

—Dejemos clara una cosa —dijo mirándole fijamente— Eres un agente extranjero metiendo las narices en asuntos que no conciernen a tu país. ¿Te ha mandado Hassena o el servicio secreto español? —preguntó levantando los brazos al aire encogiéndose de hombros. David permaneció en silencio—. La tortura produce resultados óptimos. Me imagino que lo sabrás. Por cierto, me da recuerdos una persona.

—Qué considerado.

Abdel le golpeó con el puño cerrado en la cara. Era el típico golpe de una persona no acostumbrada a pelear, por consiguiente, se hizo daño en la mano.

—De una cosa estoy seguro: eres un tipo muy testarudo —dijo tocándose los nudillos con la otra mano—. Mataste al padre de Nabil Abderrahman. Y vas a pagar por ello.

—Ah, sí, me acuerdo de Qasim al-Abadi. Un cobarde como tú que quiso salir corriendo antes de ser *shahib*.

Abdel hizo un gesto a un extranjero de pelo rubio y este golpeó en la cara a David, una y otra vez.

Atado y desnudo de aquella forma, era consciente de que los siguientes minutos de su vida serían muy difíciles de soportar. Intentó mantener los ojos abiertos, pero se le fueron cerrando, y quedó con la cabeza colgando: había perdido la consciencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abdel en inglés.

—Los sedantes que le hemos puesto tienen sus efectos...

—Creo que los golpes que le has dado no han ayudado... —comentó otro.

—Lo quiero despierto.

La mujer entró en la habitación con un maletín, sacó una jeringuilla que clavó en una cápsula, aspirando el líquido sin medir la dosis, y luego en un brazo de David Ribas.

La droga le despabiló de golpe. Parpadeó semiinconsciente. Vio a su captor de pie frente a él, fulminándolo con la mirada. El dolor mezclado con el zumbido en los oídos le causaba un dolor terrible.

Había aprendido en el Akhara de Gurú que la mente podía dominar la realidad ante cualquier situación extrema. Concentrándose en controlar el dolor podría encontrar un efecto analgésico, gracias a los opiáceos del cerebro.

El cinturón que le ataba la frente estaba ardiendo. Calculó que llevaría horas en aquella posición.

Abdel Metalsi chasqueó con los dedos. El español sintió como unas manos surgidas de la nada lo amordazaban con una gruesa cinta aislante marrón.

Por un momento el corazón comenzó a latirle muy deprisa, pero, aplicando una serie de enseñanzas que había aprendido, dominó de inmediato sus emociones y conservó la calma. «No dejes que las emociones te desconcentren. Concentración es lo que necesitas ahora».

Siempre había sabido que su vida pendía de un hilo ante el peligro que lo acechaba casi a diario, agazapado en la sombra, pero jamás pensó acabar de aquel modo.

—Quiero que me hables sobre la ruta de contrabando que utiliza Hassena —Los ojos de Abdel Metalsi brillaron de furia—. Ella trafica con piedras preciosas y oro. Sé que hace negocios con países africanos y con Rusia. Quiero que me digas todo acerca de sus negocios, nombres de las personas que tiene a sueldo en aduanas, contactos en aeropuertos, puertos marítimos y qué clientes tiene en el extranjero. —David permaneció en silencio haciendo esfuerzo por controlar su mente—. Tarde o temprano hablarás.

Hizo un gesto con la mano. Lo volcaron sobre la bañera, el agua rebosó por los lados debido a

la caída.

Casi un minuto después lo levantaron. David tosió y un chorro de agua salió de su boca. Respiraba deprisa y entrecortadamente. Tenía los labios amoratados. Mantenía una calmada resignación ante lo inevitable de la situación. Que le matasen de un modo u otro le daba igual, era consciente de que se encontraba ya en su ataúd.

—Ten por seguro que hablarás —volvió a repetir—. Yo te recomiendo que lo hagas ahora y así acabar el suplicio. Hasta las personas más obstinadas acaban hablando porque terminan quebrantándose. Es solo cuestión de tiempo.

Mentalmente vio a Cristina frente al hotel Taj Mahal, invitándole a dar de comer a las palomas. David sonrió con ese recuerdo.

—Encima te parece gracioso, ¿eh?

Se puso unos guantes de látex y un mandil grueso de carnicero. Anteriormente había degollado a gente y le gustaba hacerlo. En un campo de entrenamiento en Marruecos se ganó el apodo de «el médico» por amputar manos y pies. A sus víctimas incluso les rebanaba el lóbulo de una oreja y la punta de la nariz. Le complacían las súplicas y los alaridos.

—Veamos qué tenemos por aquí —dijo acercándose al carrito de instrumentos médicos, estudiando con falsa intensidad aquel despliegue. Se encogió de hombros y seleccionó un fino escalpelo.

David respiró hondo, consciente de que en breve transitaría de un mundo a otro. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

Abdel se acercó y le hizo un lento corte desde la ingle hasta la rodilla. Permaneció callado todo el tiempo. Irritado por su fuerza de aguante, le clavó muy despacio el escalpelo en un costado. Sintió lo mismo que si le hubieran colocado sobre la piel la hoja de un cuchillo al rojo vivo en la carne.

David soltó un grito animal e inarticulado.

—Estarás pensando que te encontrabas en el lugar equivocado y en el momento equivocado, ¿no es así?

David Ribas seguía guardando silencio.

—¡Habla! —gritó con desesperación.

David miró fijamente hacia un rincón oscuro. En el lado opuesto la mujer se miraba las uñas con una expresión de falso aburrimiento en el rostro.

—Te haré una proposición —añadió cambiando de tono—, te dejaré salir con vida de aquí si hablas. No me obligues a cortarte vivo en trocitos.

David le miró fijamente.

Cuando creía que iba a recapitular, sonrió forzosamente.

—Así que has decidido seguir sin responderme. Muy bien. Cuando acabemos contigo lanzaremos tu cuerpo frente a lo que ha quedado del consulado español. No tendrán más remedio que analizar tus huellas y extraditar tu cuerpo en pedazos. Hasta muerto te causaré problemas. Los medios de comunicación sabrán de ti y se cebarán con tu organización de inteligencia.

David reunió las fuerzas suficientes como para encogerse de hombros.

Abdel hizo un gesto al ruso que tenía a su lado y este golpeó dos veces el rostro de David. Magullado, sangrando y abrumado por el dolor, entró en una nebulosa de tormento y perdió el conocimiento.

Cuando David Ribas volvió en sí, se encontró sentado en una silla, con las manos atadas a la espalda, al respaldo. Observó su ropa: un mono naranja. Sentía que el costado lo tenía vendado.

No querían que se desangrara. Alzó la vista. Frente a él había una cámara digital sobre un trípode.

Abdel Metalsi hizo un gesto con la mano y mientras un hombre quitaba las esposas a David y se las ponía con las manos hacia delante, otro colgaba detrás una bandera negra del Estado Islámico.

—De rodillas —bramó, empujándole con fuerza contra el suelo.

Cayó de golpe de rodillas con un dolor tremendo.

Abdel le tendió un papel de tamaño cuartilla.

—Vas a leer esto delante de la cámara —le ordenó, al tiempo que daba un chasquido con los dedos para que un hombre comenzase a grabar.

El español con las manos atadas lo leyó por encima para sí mismo. Empezó a palparle la vena del cuello y tuvo que esforzarse en controlarse para evitar que se le acelerase el pulso. «Me llamo David Ribas, de nacionalidad española. Soy el asesino de un hombre inocente, llamado Qasim al-Abadi, y voy a pagar por ello...». Tiró a un lado el papel.

—No voy a leer nada.

Abdel hizo un gesto al cámara, este dejó de grabar y junto con la mujer se fueron de la estancia.

—Lo leerás o degollaré delante de ti a una persona muy querida.

Al cabo de un instante los dos captorees volvieron arrastrando a Laura García. El sudor pegaba el flequillo a su frente, las mejillas las tenía hinchadas. Un ojo lo tenía tan inflamado como una pelota de golf. En el otro le estaba saliendo un derrame.

—¡David!

La mujer le golpeó en la cabeza y la tiró al suelo hacia delante.

—Pagarás por eso —dijo David entre dientes. Mantuvo la mirada fija en Abdel Metalsi, haciendo lo posible por no verse afectado anímicamente ante la presencia de Laura.

—Si cooperas, ella vivirá.

—David, sé fuerte. No hagas nada pensando en mí. Ya lo tengo asumido.

—No asumas nada—dijo David con la mirada sostenida en Abdel Metalsi—. Si la sueltas, leeré lo que quieras.

—No lo hagas, David. Olvídate de mí.

La mujer le agarró el mentón y la obligó a volver la cabeza hacia ella.

—Vuelve a hablar y seguiré golpeándote.

Laura le escupió en la cara y ella le abofeteó tan fuerte que la tiró al suelo.

Abdel sonrió observando aquella escena.

—Quiero que la dejes en el mismo sitio donde la secuestrasteis, y desde allí ella me hablará a través de un móvil. Entonces leeré delante de la cámara el testimonio que quieras.

— ¿Te crees que soy estúpido? —preguntó Abdel. Sacó su pistola del cinto, apuntó hacia abajo, y disparó a Laura. Ella soltó un gruñido.

—¡Laura! —gritó David.

Abdel se aproximó agarrando por los hombros a Laura, forzándola a ponerse de rodillas.

La bala le había perforado la piel cerca de las costillas del lado izquierdo. Era una herida sangrienta. Su respiración era entrecortada, parecía que no le llegaba el aire, jadeante.

—Con suerte, morirá desangrada en las próximas horas. Lees la nota, y dejaré que esta infiel viva, dejándola de vuelta en la clínica.

David y Laura se miraron.

Él asintió.

—De acuerdo —dijo David. Cogió la cuartilla de papel del suelo.

—No lo hagas, David —suplicó Laura.

Abdel hizo un gesto al cámara y este comenzó a grabar.

—Yo... David Ribas... —tiró el papel hacia un lado y se quedó mirando a Laura.

Abdel soltó un grito, un exabrupto en árabe.

—¡Ya he tenido suficiente!

Cogió el escalpelo, se puso detrás de David Ribas, le echó la cabeza hacia atrás y comenzó a decir en inglés entrecortadamente frente a la cámara:

—El infiel ciudadano español David Ribas va a pagar por la muerte de nuestro querido líder Qasim al-Abadi, asesinado...

Se oyeron ruidos en la habitación de al lado. El cámara se giró e intentó sacar su arma, pero fue demasiado tarde, recibió una bala en el pecho. Los otros rusos alzaron sus fusiles; tan solo uno de ellos tuvo tiempo de apretar el gatillo, incrustando la bala en el techo. Todos cayeron acribillados. La mujer dio unos pasos hacia delante empuñando su arma; no le dio tiempo ni de apuntar a un blanco: una bala le penetró en la cabeza.

Abdel tiró el escalpelo y salió corriendo por una puerta lateral. Pero alguien le golpeó en plena cara con un rifle y cayó al suelo inconsciente.

Después de haber rematado en el suelo a todos, el grupo formado por cinco hombres se llevó del lugar a David y a Laura, a toda prisa.

29

En el sueño profundo en el que estaba sumido, su maestro Gurú le decía señalándole con el dedo: «Des hazte de las toxinas del pasado. Leva el ancla y sigue adelante».

Fue necesario ponerle una inyección para despertarlo y una segunda para estimularle el sistema nervioso.

—¿Dónde está Laura? —preguntó a Hassena, de pie junto a él.

—A pocos metros de aquí. En la habitación de al lado. Ha tenido mucha suerte, el disparo fue limpio y no causó mayor daño.

Un ventilador eléctrico removía el calor.

—¿Cómo diste con nosotros?

—Tus “amigos” españoles.

—¿Y eso?

—A veces el hecho de pedir ayuda no es un signo de debilidad, sino un síntoma de fortaleza —puntualizó Hassena—. Ahora te quieren vivo.

David exhaló un suspiro. Estaba tumbado en una camilla, el costado lo tenía vendado. Tenía todo el cuerpo lleno de cardenales y cicatrices.

—Es increíble como los viejos métodos de tortura nunca cambian.

—Para el terrorismo, el ciberespacio e internet se han convertido en herramientas propagandísticas indispensables. Sin embargo, en términos generales, los viejos métodos continúan siendo, con mucho, los mejores. Hoy en día incluso se puede imprimir un arma introduciendo un programa y el material y la impresora te escupe un molde.

El doctor entró acompañado de una enfermera. Saludaron muy cortésmente a Hassena.

—Ya tiene usted limpias todas esas cicatrices, pero, ojo, ese profundo corte en la pierna aún tiene que cerrarse del todo —le explicó el doctor poco antes de aplicar una gasa sobre una de las heridas que tenía en el hombro—. Y tiene además una costilla fracturada. Le puedo dar un analgésico.

—No, gracias, doctor.

—Sé de gente a la que una costilla rota le ha perforado los pulmones. —David negó con la cabeza—. Muy bien. Pues de momento procure resguardarse de la humedad, manténgase alejado del sol, no puede usted hacer ningún tipo de deporte, quédese en habitaciones con aire acondicionado. Cuanto más tiempo guarde reposo, mejor.

El doctor hizo un gesto a la enfermera y esta le tendió una jeringuilla.

—Esta medicina le dará energía. Es algo fuerte. Así pues, me disculparé si le causo dolor.

—Adelante —masculló David.

Luego la enfermera comenzó a limpiarle y cambiar las sábanas.

Las rozaduras causadas por los cinturones en muñecas, tobillos y en la cadera estaban cubiertos de ungüentos que fueron cambiados minuciosamente.

Mientras le atendían, Hassena cogió el mando del televisor colgado en la pared y lo encendió. Fue cambiando de canales hasta que dio con las noticias nacionales. El reportaje era sobre la conferencia del G-7.

Tan pronto el doctor y la enfermera salieron de la habitación, dijo a Hassena.

—Necesito eliminar a Nabil Abderrahman, cuanto antes.

—Dame tiempo para preparártelo. Ahora mismo tengo a gente trabajando en ello.

—¿Tienes con vida a Abdel Metalsi?

Hassena miró su reloj de pulsera.

—De momento, sí.

Él sonrió.

—No dudo que tus métodos serán más efectivos de los que ese miserable me ha infligido.

—Sin duda. —Hassena se acercó a la camilla—. En tu estado, con la posibilidad de que la costilla rota se te clave en un pulmón ¿crees que podrás terminar con Nabil Abderrahman?

—Tú tienes el remedio. Tan solo tienes que dármelo.

Hassena le observó durante un instante. Sabía lo que le estaba pidiendo: una dosis de una droga que anteriormente había experimentado: un compuesto químico parecido a la metanfetamina, un neurotransmisor que causaba un potente estimulación psíquica durante un corto periodo de tiempo.

30

El helicóptero Robinson R44 no era una aeronave muy espaciosa. Se utilizaba principalmente para uso turístico.

El motor se encontraba al ralentí cuando dos personas que transportaban a una tercera como un saco se aproximaron agachadas por debajo del rotor. Sujetándolo uno por las axilas y el otro por las piernas, consiguieron sentarlo en uno de los asientos traseros. Le ataron el cinturón de seguridad y cerraron la puerta.

El piloto aceleró las turbinas, y el pasajero se despertó. Abdel Metalsi se vio atado de muñecas y tobillos, y soltó un grito.

—Adelante —dijo uno de los hombres al piloto.

Las aspas fueron aumentando velocidad hasta lograr despegar. Rotó un poco, se desvió hacia un lado, mantuvo el tren de aterrizaje y se dirigió al sur.

Fábricas, edificios bajos y muchos árboles dieron paso a un paisaje devastador. Paredes de ladrillo anaranjado, techos de chapas metálicas y plásticos, era una barriada de chabolas enorme.

—¿Dónde me lleváis?

—Pronto lo sabrás —contestó con una sonrisa el hombre de al lado. Tenía una mata de pelo negro, peinado hacia atrás. Apenas tenía frente.

Cruzaron una carretera ancha, sobrevolaron un pequeño puerto de descarga y continuaron hacia el sur. Pasaron sobre unos terrenos urbanizados, las viviendas iban sucediéndose en un veloz desfile hasta que surgió otra zona inmensa de chabolas.

—Cinco minutos —anunció el piloto.

El hombre que ocupaba el asiento del copiloto se giró hacia atrás e hizo un gesto de asentimiento a su compañero. Era el momento de hacer preguntas.

—Me vas a decir cuándo viajará Nabil Abderrahman a la India o tendrás que bajarte aquí mismo.

—Estás loco.

El hombre tocó el hombro del piloto y este subió el morro y redujo la velocidad, dejando el aparato estacionario. Abajo se veía una zona rocosa deshabitada. Las olas del mar Árabe golpeaban con fuerza.

Entonces pasó por encima de Abdel y abrió la puerta.

—Loco o no, te bajas aquí mismo—dijo desabrochándole el cinturón.

—De acuerdo, de acuerdo.

El hombre volvió a ajustar el cinturón alrededor de su costado.

—Llegó esta mañana con pasaporte diplomático y el nombre de Malik Rahim.

—¿Dónde se hospeda?

—En el ITC Maratha de Andheri.

El hombre volvió a tocar el hombro al piloto. El helicóptero se inclinó para que la puerta se abriese por su propio peso. Luego el piloto niveló el aparato para que la presión del aire no cerrase la puerta.

Eran mil metros por encima de las rocas.

Abdel gritó e imploró. El hombre tuvo que golpearle en la cara para poder desabrochar el

cinturón. El segundo hombre sentado en el asiento de copiloto se puso de rodillas e inclinado hacia atrás golpeó una y otra vez a Abdel, que no dejaba de agitarse e intentaba desplazarse más hacia el interior de la aeronave.

Tras soltarle los cinturones que mantenían la espalda sujeta al asiento, los dos hombres consiguieron empujarlo de sus anchas caderas a través de la puerta abierta, hacia el fuerte chorro del rotor, hacia las rocas.

Luego el piloto invirtió la rotación del helicóptero, la puerta se cerró de golpe, el rotor mordió el aire aumentando las turbinas su potencia y el morro puso su dirección para comenzar el trayecto de vuelta.

Laura García abrió los ojos. Se dedicó a mirar los confines de la estancia. Se encontraba mucho mejor. Pero durante un momento que se le hizo muy largo tuvo un sentimiento que nunca había experimentado, una gran claustrofobia. No quería estar sola, quería salir. Pero vio a David durmiendo en el sofá de forma silenciosa y se tranquilizó. Se quedó observándolo.

Laura había perdido la cuenta de las numerosas relaciones que había tenido con hombres. Era consciente de que ellos no acababan de conocerla, no podían. Su trabajo era lo primero. No era de extrañar que ella misma se cansara rápidamente de ellos. Pero David Ribas era distinto. Él la admiraba por sus convicciones y, ahora, iba más allá, incluso a sabiendas de los sacrificios personales que había estado dispuesta a cometer, su asesinato, un hecho para la causa que la definía.

Laura sabía que él la comprendía sin necesidad de darle ninguna explicación. Con la mirada fija en algún lugar de la estancia se preguntó qué razonamientos había utilizado David para convencerse en reunirse con ella, si sabía que era una trampa. «La verdadera razón es que confía en mí», pensó.

Se preguntó cómo había llegado al punto en el que obedecer sobre matar a un compatriota como David Ribas podía parecer razonable. Decididamente, tenía que meditar sobre ello más tarde.

Al cabo de un rato, ella también se quedó dormida. Al cabo de un tiempo el ruido de una enfermera colocando una bandeja de comida, la despertó.

—David —murmuró.

Él se puso de pie y la besó en la frente. El aire acondicionado les refrescaba, y más a lo lejos podían oír el ascensor poniéndose en movimiento. La enfermera, después de recoger la bandeja del día anterior, salió de la estancia.

David respiró hondo, suavizó su expresión y relajó los hombros. Le dolían tremendamente las caderas y las piernas. Verdaderamente se habían ensañado con él. Aun así, se esforzó por mantenerse erguido. No estaba acostumbrado a dejar que le notaran en la cara el estrés o la preocupación.

—Solo puedo decir una cosa —dijo finalmente Laura—, que es un privilegio haber aprendido a quererte hasta el punto de cambiar la medida de valor que tiene tu vida.

David meneó la cabeza.

—No creo que a Julián Fernández le guste tu sentencia.

Laura rehuía su mirada.

David cogió el mando a distancia y encendió la televisión plana colgada de una pared. Cambió los canales hasta dar con uno nacional de noticias. Hablaban en hindi sobre lo sucedido en Delhi.

Laura se inclinó ligeramente.

—¿Otro atentado?

—Sí, pero de otro tipo —contestó girándose hacia ella—. Un ataque biológico a las afueras de Nueva Delhi

En un canal de noticias nacionales el ministro de sanidad indicaba en una rueda de prensa que

podía haberse producido un contagio a través de cierto alimento o condimento usado en la elaboración de comidas caseras, ya que los fallecidos eran migrantes y pobres. Aducía que las primeras pesquisas señalaban al consumo de pescado procedente de aguas contaminadas, como la de los afluentes del río Yamuna. Después de que hubiera visto sus efectos, argumentaba que se le hacía difícil creer que un virus pudiera ser letal para tantas personas. Finalmente, llamó a la calma y comunicó que estaban estudiando qué alimentos podrían estar implicados y su posible procedencia.

En otro canal de televisión las imágenes mostraban calles llenas de cuerpos cubiertos de telas de colores vivos. El locutor explicaba que los expertos sanitarios desconocían si se trataba de un caso aislado o un brote de algún virus. Otros, sin embargo, albergaban la posibilidad de una fuga en una vecina planta química, donde se habría producido un accidente. Los médicos advirtieron del número alarmante de pacientes que estaban llenando las clínicas y los hospitales. Asediados por la muchedumbre cuyo estado de salud empeoraba progresivamente, argumentaban que desconocían el origen de aquella enfermedad.

—¿Nabil Abderrahman?

David apagó el televisor y asintió.

—Hicieron una prueba con esa gente. Ahora que hemos conseguido eliminar a su célula, él mismo quiere organizar una matanza en Bombay.

—¡El congreso del G-7!

—Por supuesto, el lugar y el momento es el propicio. Mañana estarán reunidos todos los dirigentes mundiales. Tengo solo un día para poder frenarlo.

—¿Por qué no alertar a las autoridades?

—Muchos están sobornados. No se conseguiría nada pidiendo su arresto. El único medio para conseguir evitarlo es eliminarlo lo antes posible.

Laura giró la cabeza hacia la ventana. Sentía un ovillo en el estómago. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró. Tenía que quitárselo de encima. Decidió hablar del tema.

—¿Cómo supiste que pensaba matarte?

—Lo sospeché al ver tus pupilas; estaban dilatadas a causa de alguna sustancia que habías tomado para calmar tus nervios. Lo he visto mucho en terroristas islamistas y en criminales, que para templar sus nervios toman ciertas drogas. Tú presentabas los mismos síntomas.

—¿Te iba a disparar estando drogada?

—No, para no embotar tus otros sentidos y a la vez mantener templados los nervios, te habrías tomado alguna sustancia.

—Eres admirable. Y aun así, ¿no hubieras hecho nada para impedirlo?

—No.

Mantén los labios firmes. Sus ojos estaban húmedos. Estaba decidida a no llorar, pero por su expresión parecía a punto de hacerlo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde mi llegada? ¿Dos, tres días? Dios mío, tengo la sensación de que ha transcurrido un mes —resopló y volvió a fijar sus ojos en él—. ¿Nos volveremos a ver?

David asintió.

—Por supuesto —dijo afectuosamente.

—Hoy en día existe tal cantidad de fanáticos islamistas, células durmientes y lobos solitarios deseosos de hacer daño que parece inevitable que suceda una tragedia. España corre un peligro mortal, y tenemos que estar unidos para proteger a sus ciudadanos.

—Hay que admitir esa realidad. Pero me da la impresión de que en el Cervantes no quieren

aceptarla.

Laura meneó la cabeza.

—Creo que tú y Julián debéis reconciliaros.

—El haber dado su aprobación para asesinarme no ha sido lo más prudente. No sé quién es el loco, pero yo me considero bastante cuerdo.

—Juntos habéis evitado muchos atentados.

—Lo sé, pero meterme a mí en el saco no creo que haya sido lo más prudente.

—Estoy de acuerdo. Ha sido un error garrafal haber dado la orden. Eres una buena persona que quieres hacer algo bueno por el mundo.

—Soy un asesino, Laura. Aunque no nací siéndolo, ahora lo soy. —Hubo un silencio entre ambos. David continuó—: Un día, personas como Nabil Abderrahman querrán detonar una bomba en una ciudad española. Querrán matar a seres inocentes, niños, ancianos, bebés... Cuando eso ocurra, tú y el equipo del Cervantes tenéis que estar en el lugar y en el momento para impedirlo. Porque tanto tú como Julián Fernández no podríais soportar una nueva tragedia en vuestra conciencia.

Ella asintió, alargó la mano y ambos se la estrecharon.

—Mantente vivo —Laura cerró los ojos en un gesto de frustración—. Por toda la información que tienes, para ciertas personas no es seguro tenerte en circulación—. Resopló. Luego sonrió pretendiendo cambiar de aspecto—. Por lo que veo te cuidas el físico. ¿Haces jogging? —preguntó con sorna.

—Solo cuando andan a por mí.

Ella se echó a reír.

—Soy consciente de que moriré algún día —dijo con un semblante serio.

—No es bueno hablar así, David —repuso Laura—. La respuesta es dentro de muchos años y mientras duermes plácidamente.

—Cuando las personas hacen balance de su vida, ¿cómo se lo plantean?

—¿Quieres decir que cómo podrían obtener justificación de sus acciones? —Le observó con una expresión inquisitiva, se remitió un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Estoy segura de que todo este tiempo no solo has estado cumpliendo con tu deber, sino que los terroristas a los que has ido matando poco a poco han ido expiando la desazón que anida en tu interior por no haber podido evitar la muerte de Cristina, ¿verdad?

Un hombre entró sin avisar e hizo una señal a David, él asintió con la cabeza y miró su reloj. Acto seguido entraban cuatro personas más.

—Aún tengo a personas que me quieren muerto y no conviene que haya alguien cercano a mí que puedan utilizar como objetivo para hacerme daño. No quiero que vuelva a suceder. Por eso te van a trasladar estos hombres al aeropuerto. Destino, Madrid, España. Julián ha fletado un vuelo con asistencia sanitaria. Confía en ellos porque darían la vida por ti si fuese necesario.

—¿Hombres de Hassena?

—Así es.

—Me hubiese gustado conocerla.

—Ella fue quien me advirtió de tus intenciones. Para serte sincero no me gustaría verte en su presencia. Dejémoslo en que ella haya enviado a sus mejores hombres para custodiarte hasta el aeropuerto.

—Al menos dale las gracias de mi parte.

—Descuida, se las daré.

—Y gracias a ti por salvarme la vida. Quizá me lo merecía por el hecho de haber venido a Bombay con la intención de matarte. Decir solo «lo siento» creo que no sería suficiente.

—No pienses más en ello, de verdad.

—Gracias —volvió a decir, esta vez más cariñosamente.

Cuando los hombres empujaron la camilla e iban a salir de la habitación ella se aferró a la mano de David, que permanecía de pie. Tenía tantas cosas que contarle... Quería confesarle todos sus secretos, abrir su corazón.

Juntó la mano de él a su mejilla y la besó antes de que los hombres empujaran la camilla para trasladarla a una ambulancia que, camino al aeropuerto, cruzaría toda la ciudad bordeando el tráfico a toda velocidad con la sirena encendida.

El ascensor le llevó al aparcamiento subterráneo.

Junto a una columna vio su Royal Enfield. Hassena se había encargado de que la tuviera en perfectas condiciones. Encontró las llaves pegadas con cinta aislante debajo del guardabarros delantero.

El profundo ronquido de la moto le hacía retremblar los huesos. Con una costilla rota mantuvo la espalda recta para poder inflingir el menor daño posible a su pulmón derecho. Estuvo circulando durante media hora hasta que estacionó frente a una tienda de artículos de decoración.

Desde el exterior daba la imagen de ser la típica tienda destinada para turistas donde se vendía todo tipo de productos hechos en la India, desde bolsos de cuero falso, cojines gujaratis con pedrerías, estatuas de madera y demás. Sin embargo, la puerta reforzada de capas de aluminio estaba cerrada.

David pulsó el timbre de un interfono. Instantes después, como si fuese la puerta de una enorme caja fuerte, se abrió lentamente y él entró.

Atravesó un corto vestíbulo y accedió a una amplia sala. Todos los productos expuestos a la venta parecían caros, para una clientela exclusiva: para los turistas extranjeros con poder adquisitivo alto. Solo abría la tienda cuando tenía programada la llegada de un grupo numeroso de turistas. Mientras tanto el local lo hacía uso para el contrabando y otro tipo de actividades.

En una fotografía enmarcada en la pared se veía al gerente junto a un sonriente expresidente de los Estados Unidos. El español la observó para luego dirigir una mirada llena de incredulidad al orondo y pequeño gerente que permanecía callado detrás del mostrador. Era conocido en el crimen organizado como, doctor Warsi. Con el pelo teñido de negro como el tizón, y la cara salpicada de viruela, su tosco rostro destilaba determinación y aspereza.

—Esa foto no te la sacaste en esta tienda.

—Me la traje de la otra tienda que conoces en Agra. Fue el año que el presidente visitó el Taj Mahal. —Levantando los brazos al aire, añadió—: Da cierto prestigio a mi negocio. —Observó a David de arriba abajo, y preguntó—. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien.

—Vamos adentro. Tengo todo preparado.

Recorrieron un estrecho pasillo en cuyos laterales las estanterías estaban llenas de viejos artículos de decoración hechos en madera y metal: jarrones, relojes, figuras de madera, campanas, lámparas de mesa y más espejos con marcos en nácar o en madera de mango.

Al llegar al final de la estancia, cruzaron otra puerta pesada de aluminio más gruesa que la principal y accedieron a una habitación que a simple vista parecía una mezcla entre peluquería, biblioteca, farmacia y taller de carpintería.

Un gato salió corriendo detrás de lo que David pudo percatarse de que era una rata. El hombre le hizo sentarse en un sillón parecido al que antaño usaban los peluqueros.

De un cajón sacó una caja de madera de cuyo interior extrajo una jeringa y un bote pequeño de cristal. Luego solapó una aguja esterilizada a la jeringa.

Metió la jeringa en dos pequeños tubos de ensayo. Cuando lo tuvo todo listo dio un leve chasquido con los dedos a la jeringa.

—Bueno, pues esto ya está listo —anunció muy serio—. El efecto durará no más de veinticuatro horas.

—No necesitaré más.

El doctor Warsi alzó la palma de la mano.

—Tras este tiempo tus defensas se debilitarán. Tendrás mareos y puede que pierdas el conocimiento. Necesitarás asistencia médica.

Se aproximó a David y le pinchó con la jeringa el brazo derecho.

—¿Sabes cuánto puede pagar un laboratorio extranjero por esta droga?

David echó la cabeza hacia atrás, observando el techo: estaba sintiendo un ardor interior.

—No.

—Millones de dólares —dijo sonriendo y observando los efectos en el rostro del español—. Si Hassena quisiera, podría comercializarla.

—No lo hará —contestó David de manera cortante.

—Sí —dijo el doctor Warsi asintiendo, cambiando el semblante—. Demasiado peligrosa. Si cayese en las manos equivocadas, podrían hacer mucho daño a la humanidad. Ahora cuenta lentamente desde diez hacia atrás.

Como arte de una técnica auto hipnótica fue quedándose dormido. La dosis era tan fuerte que cayó en un profundo sueño.

Se vio así mismo en un mundo lleno de nuevos y viejos caminos, donde los terrenos son traicioneros. El rostro de Julián Fernández le advertía que en su nueva vida en la India no habría refugios seguros, que su vida estaría dominada por más mentiras que verdades. «Y vendrán a matarte. Tarde o temprano querrán acabar contigo». Ya no sabía si estaba viviendo en la realidad o en un mundo de ficción. Se proyectaron varias imágenes sin previa conexión entre ellas. Anteriores operaciones encubiertas en el extranjero se sucedían. Veía rostros de terroristas a los que había dado muerte a lo largo de los años. De súbito, el rostro de su mujer apareció. «¿Por qué lo permitiste? Cuando más lo necesitaba, ¿por qué no estuviste a mi lado?», le preguntó. La voz de Julián surgió de nuevo: «Lo único que puedes ofrecer a Cristina es la venganza».

—David, despierta. —La voz se abrió paso en el cerebro abotagado del español.

Le hizo inhalar de un frasco, que de súbito le volvió a la realidad.

David rechinó los dientes. Se levantó. Tenía la sensación de encontrarse absolutamente renovado. No sentía molestias en el costado ni en el hombro. Se tocó el rostro, la pierna, nada; la mandíbula, por los golpes recibidos, ya no le dolía. Estaba ágil, despierto, como si se hubiera tomado una cafetera entera, pero sin mostrar signos de hipertensión.

El pequeño hombre le indicó un rincón de la habitación. David se aproximó, se agachó y tiró de una alfombra estilo kilim polvorienta, dejando a la vista una tramilla de metal. Tiró para sí y le indicó a David el interior.

Bajó por la trampilla pisando unos escalones de madera que crujían a cada pisada. La habitación subterránea estaba construida de hormigón y madera sheesham. Las estanterías que ocupaban las paredes desplegaban una variedad de potencia de fuego propia de un almacén militar, hasta lanzamisiles tierra-aire.

Dedicó varios minutos a revisar pacientemente el armamento y cogió lo que pensaba que necesitaba.

Del interior de un baúl sacó una bolsa de tejido canvas y metió dentro lo que había escogido, una pistola HK45 Tactical con silenciador y un cargador. Luego subió las escaleras, cerró la trampilla y la tapó con la sucia alfombra.

El pequeño hombre estaba frente a dos portátiles.

—Suite 327. Cuarta planta. Saliendo del ascensor a mano izquierda.

Repasaron el plan de seguridad por la cumbre en el hotel ITC Maratha. Diagramas aparecían sobre las pantallas. El hombre marcaba con el ratón señalando a David las entradas y salidas, el número de ascensores y su localización, las ventanas, el acceso del personal y cosas parecidas. Además, le indicó, una vez que lo tuviera en su poder, dónde debía llevar para su destrucción el tubo de ensayo o difusor de dispersión de arma biológica.

Después sacó un maletín parecido al de una caja de herramientas. Lo abrió en dos partes. En el interior había todo tipo de polvos, cremas y productos de maquillaje.

—¿Qué identidad quieres suplantar esta vez? Con el aspecto que tienes, el turbante siempre te ha quedado bien. Además, tendré que maquillar esos moratones.

Los testigos solían recordar solo los detalles más aparentes, como el color y el dibujo estampado de una camiseta o la presencia de una gorra o turbante.

—Seguiré siendo un *sardarji*—contestó ladeando la cabeza de la forma tan distintiva de los indios.

Al cabo de diez minutos, con turbante, gafas con montura negra y la bolsa en bandolera circulaba con su motocicleta Royal Enfield a toda velocidad por la carretera Sahar Airport Road en dirección al hotel ITC Maratha, en la zona este de Andheri. David Ribas estaría a la altura de la rabia que los terroristas islamistas le habían generado desde la muerte de su esposa. Nabil Abderrahman no tenía ni idea de la ira que había desatado.

Cuando llegó a las inmediaciones tiró la bolsa a un contenedor de basura adyacente al edificio del hotel, cuyo perímetro era un hervidero de miembros de los servicios de seguridad.

Frente a la entrada, David hizo cola hasta que el personal de seguridad le llamó para que se aproximara.

En la entrada exterior previa a la rampa empinada que daba acceso al parking y al pórtico había un control de seguridad: miraban los bajos de los vehículos, inspeccionaban los interiores, anotaban los nombres de los visitantes, datos de contacto y motivo de la visita, y pasaban el detector de metales.

Pero lo mismo sucedía para la entrada de personal. Cinco hombres uniformados llevaban al cinto, a un costado, sendas pistolas Taser. En los laterales de la entrada había dos garitas con paramilitares. Las banderas de Estados Unidos, Reino Unido, Francia y demás países integrantes del G-7 ondeaban y chequeaban con la de la India, país anfitrión.

Un grupo de obreros trabajaba en colocar una gran pancarta en el exterior del edificio, dando la bienvenida a los delegados extranjeros con el logotipo de la cumbre. Primero habían llegado al hotel un contingente de los delegados extranjeros, secretarios, consejeros y corresponsales. Durante el día continuaron llegando los jefes de Estado y sus séquitos con reservas en el hotel ITC Maratha y en otros lugares de la ciudad, fuertemente protegidos. La cumbre daría comienzo el día siguiente por la mañana.

David le entregó al miembro de seguridad su tarjeta de empleado, que escaneó en un ordenador: «Amarinder Singh. Segundo jefe de cocina». Tras cotejar la foto de perfil que aparecía en la pantalla con su rostro, le devolvió la tarjeta.

Un guardia portando un detector en la mano, se adelantó.

—Bájate de la moto y pasa por el arco —le dijo señalando el artilugio de madera.

David obedeció. Por detrás esperaban más empleados subidos en sus motos e iban llegando nuevos coches. En breve se efectuaría el próximo cambio de turno en los departamentos.

Se oyó un pitido. Dos miembros de seguridad le señalaron hacia un lado. Manos arriba, piernas separadas, mirada al frente. Uno de ellos le fue pasando muy despacio el detector. Los paramilitares permanecerían atentos. Los de atrás miraban de reojo sus relojes y resoplaban, pensando que se incorporarían a sus puestos con retraso.

La máquina emitió un sonido a la altura del bolsillo derecho de la chaqueta.

—¿Qué lleva ahí?

David sacó unas llaves.

—Deben de haber sido las llaves de casa —dijo—. Mis disculpas, se me olvidó sacarlas del bolsillo. Aquí están—contestó sosteniendo en el aire un llavero con dos llaves.

—De acuerdo, puedes pasar.

—Date prisa, que ya bastante nos has hecho perder el tiempo —añadió otro.

Aparcó en el reservado para motocicletas. Un empleado empujaba un carro lleno de altos cubos negros de basura. David y él se cruzaron en el camino de la entrada. El hombre dejó caer la bolsa que previamente había tirado en el contenedor.

David entró. El jefe de recepción, pulcramente ataviado, le estaba esperando en la entrada.

Era un hombre de Hassena. Hizo un gesto con la cabeza al musculado de seguridad apostado en la puerta. Cuando David cruzó, el personal de seguridad le ignoró; en cambio, a los empleados que llegaban atrás les paró para verificar su ficha, pasar de nuevo un registro y recordarles que tenían que firmar en el libro de entrada.

Sin mediar palabra, David le siguió por un pasillo que llevó a otro y a otro, de donde iban saliendo y entrando empleados de diferentes departamentos.

Le hizo entrar en un vestuario. Se aseguró de que no había nadie en el interior. De una taquilla sacó un uniforme de camarero, que tendió al español.

David se cambió, sacó el arma de la bolsa, la cargó, puso el silenciador y se la guardó debajo de los faldones del uniforme. Se miró al espejo a través de las lentes transparentes. Su aspecto de camarero sij con gafas le pareció irrisorio. «Vaya pinta».

Caminaron uno detrás del otro hasta el fondo del pasillo. Tras cruzar varios departamentos y subir unas escaleras, entraron en la sala habilitada para las conferencias de prensa de los líderes de Estado ante la flota de corresponsales extranjeros. Cada silla tenía un papel que colgaba de su respaldo anunciando a qué cadena de televisión o radio estaba reservada.

David señaló los conductos de aire por donde entraba el aire filtrado proveniente del sofisticado sistema tecnológico.

—Que cierren durante veinte minutos como máximo el sistema de ventilación y aire acondicionado.

—No puedo ordenar hacerlo. De lo contrario me cuestionarían los motivos.

David llamó a Hassena y se lo pidió.

—Eso lo puede hacer mi equipo hackeando la red del sistema informático del hotel, sin ningún problema. ¿Qué más?

—Haz que manden un equipo de seguridad para hacer barridos electrónicos e inspeccionar la zona del equipo de ventilación.

Tras colgar le pidió al empleado que le llevara por el camino más corto para acceder al ascensor del ala este sin pasar por el vestíbulo.

Salieron por una puerta lateral y, continuando con celeridad, cruzaron la cocina y posteriormente llegaron a un ascensor. Entonces, el empleado se fue.

David subió a la cuarta planta. Salió y caminó por el pasillo enmoquetado hacia el fondo con un andar lento y despreocupado.

Desde una sala con las paredes desconchadas pero con una tecnología nada desdeñosa y envidiable para los técnicos del Cervantes, Hassena visualizaba los movimientos de David Ribas al haber intervenido su equipo de hackers la red interna de las cámaras de seguridad.

Cuatro hombres estaban posicionados frente a la puerta de la habitación 327. Uno de ellos señaló al empleado que se aproximaba. Hizo un comentario jocoso sobre los sijos y sus compañeros se rieron.

En el interior de la habitación Nabil Abderrahman estaba controlando el tráfico en clave de los servicios de inteligencia indios en busca de noticias sobre la cumbre cuando oyó el ruido de algo pesado golpeando la puerta, como si fuera el efecto rebote de un empujón para caer acto seguido al suelo.

Se pegó a la mirilla y vio a un camarero sij con una pistola en la mano pasando por encima del cuerpo de un miembro de su seguridad privada.

Corrió hacia el dormitorio. Abrió de golpe el armario y se arrodilló frente a la caja fuerte.

Mientras, David había accedido al interior de la habitación haciendo uso de una llave

electrónica.

Nabil tecleó el código en el panel y la pequeña puerta se abrió. De su interior sacó una pistola de nueve milímetros SIG y un difusor bioquímico de una pequeña caja hermética.

Salió al salón, se quedó quieto observando al intruso. Percibió la tensión en torno a la boca del *sardar* que tenía enfrente y la ira apenas contenida en sus ojos, bajo el turbante sij.

—¿Quién eres?

David Ribas no dijo ni hizo nada. Permaneció de pie clavándole la mirada. Solo cuando Nabil hizo amago de levantar su arma, David le disparó en el brazo haciendo que se cayera su pistola.

—¿Sabes lo que es esto? —gritó fuera de sí, apretando los dientes, levantando la ampolla.

David le disparó en el brazo opuesto, haciendo que el difusor rodara por el suelo hasta un rincón de la pared.

Nabil cayó de rodillas presionando uno de los brazos que más dolor le producía. Se palpaba en él una tensión de miedo.

—Eres el español David Ribas, ¿verdad?

Sin contestarle, David fue a recoger el tubo, pero Nabil se lanzó contra él y uno cayó encima del otro sobre una mesa llena de restos de comida del servicio de habitaciones. La pistola se desprendió de la mano de David y saltaron por los aires platos, tapaderas metálicas y cubertería.

Nabil se giró, pero David le asestó un golpe con el puño en plena tráquea y le hizo una llave, inmovilizándolo.

Quiso gritar, pero ya era demasiado tarde. Le tenía aferrado por el cuello y le estaba tapando la boca. Nabil comenzó a resoplar y forcejear violentamente. Intentó sin éxito hacerse con la pistola de David que tenía cerca.

Inesperadamente, David sintió una punzada en el costado que le hizo aflojar la fuerza con la que presionaba el cuello de Nabil. La costilla fracturada probablemente estuviera tocando peligrosamente un pulmón. Nabil aprovechó para estirar el brazo hacia la pistola. Con todos sus músculos en tensión comenzó a empujar el brazo de su opresor. Pero no podía alcanzarla. Se sentía estremecido. Levantó la vista. Como si estuviera seduciendo a un perro desconfiado, alargó el brazo hacia él. Por un irresistible dolor, David aflojó.

—Únete a mí —dijo Nabil apretando los dientes—. No te pido que creas en mi causa. —Puso los músculos de la mandíbula en tensión—. Podrás tener todo el lujo que quieras.

Sabedor de que el dolor en el costado podría causarle la pérdida de consciencia, extendió el brazo buscando un objeto con el que poder golpearle. Su mano se extendió por los platos rotos y la cubertería. Los dedos agarraron un cuchillo pelador de fruta con el mango de madera, y lo acercó a la nuca del hombre.

Nabil levantó la vista horrorizado.

—¿Unirme yo a una escoria como tú?

La cara de Nabil adquirió un color grisáceo, pronto entró en un shock hipovolémico. Tenía los dientes apretados, los músculos de la mandíbula en tensión. Brotó de él un sollozo profundo, un horrible quejido, tembloroso. Comenzó a babear. David le apretó más el cuello con el antebrazo y le clavó la punta del cuchillo en la base del cráneo. Los brazos de Nabil dejaron de forcejear gradualmente y los músculos se relajaron. Todo terminó, desapareció cualquier halo de luz de sus ojos. Lo tiró a un lado sobre el suelo de madera.

Se tumbó boca arriba jadeando. Llamó a un número. Enseguida vendrían a limpiar la habitación y se desharían de los cuerpos. Recogió el difusor bioquímico. Era momento de irse.

Antes de tomar el ascensor de vuelta, con una mano en el costado, levantó el difusor hacia una

cámara de seguridad apostada en un rincón del techo del pasillo. Vigilando sus movimientos en la pantalla, Hassena cogió su móvil y marcó un número para dar paso a la operación final.

Tras pasar por encima de una pesada cadena que solía bloquear la entrada, paró la moto en el interior de un enorme vertedero de chatarra. Todo tipo de vehículos desvencijados y piezas inservibles se encontraban apilados. Se les prendía fuego varias veces por semana. El lugar parecía representar un mundo apocalíptico. A pocos metros una enorme pila de neumáticos ardía, desprendiendo al cielo un humo negro tóxico.

Tres hombres le estaban esperando cerca de un agujero vertical de cincuenta metros de profundidad revestido de hormigón. Por orden de Hassena habían llenado el fondo de un producto químico que disolvería el contenido mortífero del veneno al tomar contacto. David sacó la pistola y la dejó caer al fondo oscuro. Luego sacó el tubo de ensayo de su bolsillo y, sin más miramientos, lo tiró también. Se escuchó un sonido como el ruido que hace un globo al explotar. Acto seguido un camión descargó en el interior toneladas de cemento.

Frente a un afluente del río Mithi, David observaba el paisaje. Los cuervos sobrevolaban los alrededores con sus interrumpibles graznidos, un grupo de niños rebuscaba plástico o cualquier otra cosa para vender de entre los escombros acumulados en las orillas, los bocinazos del tráfico de la ciudad se podían oír, los altavoces de una mezquita llamaban a los fieles a la oración obligatoria, un hombre en una barca recogía botellas y bolsas que flotaban en el agua del río y de entre las chabolas de enfrente se apreciaba una lejana melodía de una popular canción de una producción de Bollywood, donde el héroe bailaba entre un limpio campo de girasoles en Suiza y poco después en las nieves de una estación de esquí.

Sacó el móvil y marcó un número de teléfono.

—¡David! —contestó Julián Fernández.

—Te puedo asegurar que Nabil Abderrahman ya no volverá a hacer ningún mal a nadie.

Desde el otro lado de la línea Julián exhaló un largo suspiro. Hubo de admitir que David se había convertido con el paso del tiempo en una persona muy inteligente con una temible resistencia, fuerza y capacidad intelectual.

—En las noticias ya están comentando su desaparición, además de la de su personal de seguridad. Sumado a las medidas previas a la cumbre del G-7, ahora mismo Bombay es una ciudad fortificada. En todos los lugares públicos, sean centros comerciales u hoteles, hay detectores de metales y paramilitares vigilando. Y las estaciones de trenes y el aeropuerto están completamente blindados.

—Ya.

—En Bruselas Nabil tenía mucha influencia. Los eurodiputados que tenía a sueldo y los empresarios lamentarán su pérdida, pero más aún los líderes del Estado Islámico, que veían en él a la persona capaz de emular a Osama bin Laden. Ahora muchas más personas andarán detrás de ti.

David sintió una punzada de desconfianza.

—Sí, quizá demasiadas.

—Quiero que sepas que no ha sido nada personal.

¿Mentiras apiladas sobre montones de mentiras? David Ribas ya no sabía si él estaba siendo

completamente sincero.

—Entonces, ¿por qué querías que me asesinaran?

—No lo entiendes, David. Los tiempos cambian. Había recibido presión por ciertas personas..., ya sabes, de arriba..., que te veían como una herramienta que debería estar fuera de la circulación por el hecho de saber demasiado. Lo siento. Lo siento, de veras. Te puedo asegurar que evitaré que se vuelva a tomar esta resolución contra ti. El mundo está en constante cambio. Ellos creen que hoy en día la gente mala no muere a manos de su enemigo sino por la acción de un programador. Un misil disparado desde otro continente o incluso desde las profundidades del mar. Todas las atrocidades que se comentan en palabras los jóvenes de hoy en día las ven multiplicadas por diez en las películas de acción o incluso en los videojuegos. De ahí salen los nuevos reclutas: ven la acción y desean emularla. Ahora los servicios de inteligencia se dedican a fichar ese tipo de perfil, el adicto al ordenador. Desde cómodos asientos puedes apretar un botón y a través de un dron cargarte un convoy lleno de terroristas islámicos. ¿Por qué aceptar el error humano teniendo una persona como tú en la calle? Esas personas poderosas te han visto como prescindible. Pero yo ya no lo veo así. Más que nunca el operativo desenvolviéndose en países extranjeros, el agente infiltrado, de campo, el policía a pie de calle..., nunca antes he visto que fuera tan necesario como en los tiempos que corren. Un ejemplo es la operación que has llevado a cabo.

Hubo un prolongado silencio.

Eran conscientes de que el camino hacia una reconciliación era inmensamente difícil para ambos.

A lo lejos un camión se acercó marcha atrás a una orilla del río, levantó su remolque y descargó ruidosamente su mercancía de residuos. Una enorme nube de polvo se alzó al cielo. Gaviotas y cuervos se abalanzaron. Los niños saltaron de júbilo, con sacos y palos corrieron al lugar en busca de desperdicios que pudieran posteriormente vender.

Julián reflexionó antes de preguntar con voz queda:

—¿Adónde irás?

David sintió que apretaba el móvil con fuerza contra la mejilla y relajó la mano.

—A algún lugar más seguro del que estoy ahora mismo —repuso mirando al horizonte. Su tono era monocorde y frío—. ¿Te acuerdas de aquello que dijo el profeta Jeremías hace más de 2500 años y que tú me lo repetías con relación a los terroristas islamistas? «De la misma manera que el etíope no puede cambiar el color de su piel y que el leopardo no puede desprenderse de sus manchas, los que están acostumbrados a perpetrar el mal persisten en ese mal incapaces de hacer el bien». Era cuestión de tiempo que tuviera que enfrentarme con un terrible juicio. Un juicio en el que me condenasteis a muerte. Tú, Julián, fuiste el juez.

Exhaló, miró hacia el fondo de su despacho y tras unos segundos, dijo:

—Una vez más te pido perdón. Hoy en día nos encontramos con una nueva amenaza, el terrorismo biológico, los agentes patógenos aéreos letales y las sustancias químicas. Estoy convencido de que con los virus se encontrarán antídotos tarde o temprano, pero con el terrorismo, no. Es una pandemia inherente que estuvo, está y estará presente. Tú eres una pieza valiosa del engranaje en la lucha con este mal, probablemente eres hoy el mejor agente operativo que ha existido.

David observó a su alrededor. Estaba en medio de un terreno lleno de matorrales y hierbajos.

—Porque además no existo, ¿verdad?

Julián desesperado pasó de nuevo la mirada por su despacho. El error que había cometido había acabado erosionando la relación personal entre los dos. Querer ganarse de nuevo su

confianza no iba a ser fácil: estaba mentalizado de que nunca más gozarían de la misma relación que mantenían.

—Desde luego es un valor incalculable—contestó en tono cansado, pero era la verdad—. Eres invisible y no existes. En tu posición puedes encargarte de misiones, que, sin ser visto, nadie más puede llevar a cabo. Pero te hago una proposición. —En ese momento se sintió como quien lanza un bote salvavidas a alguien ahogándose en el mar. Su actitud estaba a medio camino entre la paciencia y la condescendencia.

—Dime. —La debilidad de su antiguo mentor le ponía furioso. Con todo, se sorprendió de que le temblara la mano con la que sujetaba el teléfono móvil.

—Vienes a España a vivir.—Hablaban tranquilo, con parsimonia, dando a entender que era un argumento premeditado, analizado con antelación—. Te daría una nueva identidad. Aun así, recuperarías tu vida en tu país. Verías a amigos y familiares. Recibirías una pensión que te daría más que suficiente para viajar al extranjero las veces que quisieras y disfrutar de placeres de los que estando ahí en la India te privas. Ir a la playa, por ejemplo. Dar paseos como un ciudadano más sin estar pendiente de que haya alguien vigilándote o en la sombra a punto de matarte. Tendrías una vida como Dios manda. —Siguió diciendo—: Se acabaría lo de matar. Significaría, de alguna forma, pisar el freno.

A David le rechinaban los dientes.

—Durante este tiempo he matado por vosotros y, ¿cómo me tratas? Me lanzas un hueso. ¿Cómo voy a olvidar que diste la orden de asesinarme? —Lanzó un profundo suspiro, casi con desesperación. Julián guardó silencio y él llenó el vacío—. Menos mal que me caes bien.

—David... —titubeó Julián—. Quiero que sepas que te deseo mucha suerte.

—A estas alturas los dos sabemos que en la supervivencia la suerte casi nunca tiene nada que ver.

Sin más preámbulos, lanzó el teléfono a la profundidad del río, se dio la vuelta y caminó hacia su Royal Enfield.

En aquel momento hacía un tiempo fresco y tonificante. A pesar de ser la temporada de calor, soplaba un viento agradable.

Pasó de largo el distrito de chabolas y conforme circulaba se fue perdiendo en aquella concentrada inmensidad humana de una ciudad llamada Bombay.

Nota del autor

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he hecho uso de los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas, son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo.

Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Gracias, querido lector, por compartir conmigo este vínculo, tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Si disfrutaste de BOMBAY SIN SALIDA, cualquiera de estas opciones son perfectas para continuar con la aventura de David Ribas en la India:

[EL OPERATIVO](#)
[EL ATENTADO](#)
[EL SECUESTRO](#)
[BOMBAY EXPRESS](#)

^[1] Bebida dulzona y refrescante hecha con yogur, pimienta y otras especias.

^[2] Nombre para referirse despectivamente en la India al hombre blanco.